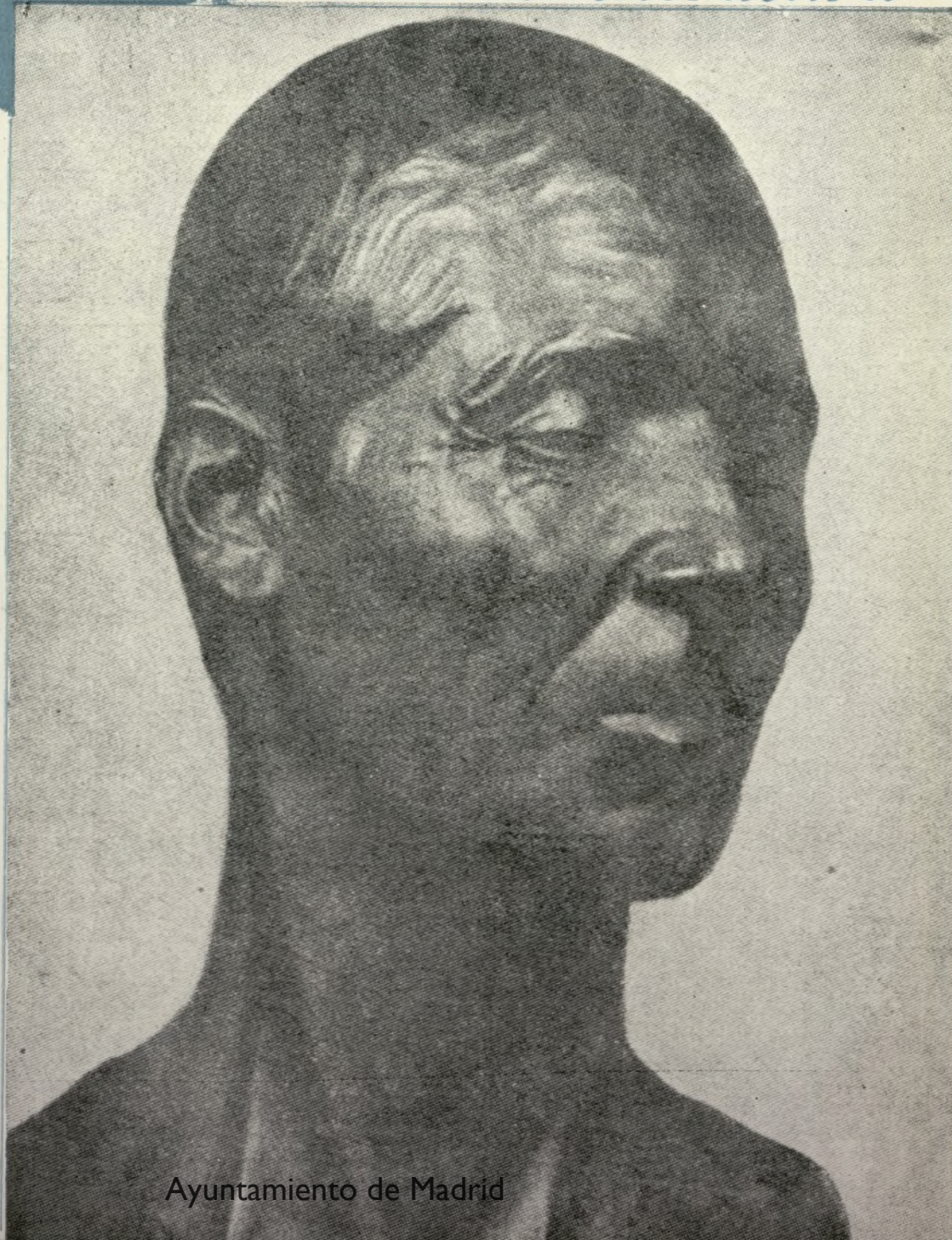


# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



**Federica Montseny:** El dolor de crear.—**Eugen Relgis:** La estética de la vida.—**Conrado Lizcano:** El canto del libro de Cela. — Dos pájaros de un tiro. — **Puyol:** La ruta sin fin. (Novela fantástica y real).—**Dr. Pedro Vallina:** Un gran medicamento: el agua.—**Adolfo Hernández:** Los Esperanzados (pieza dramática en un acto). — **John Hewetson:** Apoyo mutuo y evolución social.—**Carpio Carpio:** Cadenas de nuestro siglo.—**Angel Samblancat:** Entuerto «standard».—**Alejandro Berkman:** Kronstadt. — **Fritz Brupbacher:** Marx y Bakunin.



ENERO 1954 **37**

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRs.

Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

### *El minezo de Almaden*

Nuestra portada rinde hoy homenaje a la obra del escultor español Julio Antonio (Julio Antonio Rodríguez Hernández). El artista, siendo muy joven, marchó a Madrid, donde trabajó en el taller del escultor Blay, del que pronto se independizó. Laboró solitario, intensamente, y recorrió España, Francia e Italia, a veces con las humildes alpargatas, y a veces a lo gran señor.

Producto del estudio de estos viajes es la serie de bustos titulados «La Raza», donde palpita su vigoroso estilo racial, conservados en el Museo de Arte Moderno de Madrid.

Su obra, muy reducida por haber fallecido muy joven, víctima de la tuberculosis, descuella genialmente, entre los monumentos, con el erigido en Tarragona a las víctimas de 1811.

Julio Antonio nació en Mora de Ebro en 1889 y murió en Madrid, en 1919, o sea a los treinta años de edad.

El grabado que reproducimos representa uno de los bustos de la serie «La Raza» dedicado al minero de Almadén.

## GENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny,  
4, rue Belfort, TOULOUSE  
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 % de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire,  
C.C.P. 1197-21, 4, rue Belort,  
TOULOUSE (Haute-Garonne).



# EL DOLOR DE CREAR



ODA creación supone un esfuerzo siempre doloroso. Aun en aquellos en que es fácil, en que el pensamiento fluye fecundo y la forma es dócil, significa un lento proceso interior de gestación.

Zola explicó, de manera magistral, en «La Obra», la tragedia del pintor, enloqueciendo ante la fatalidad del color que le escapa, de la expresión fugitiva, de los matices inasibles.

Todos los grandes creadores han conocido esa angustia, ese sufrimiento, ese lento desgarrar que produce la obra, al nacer. Como el feto rasga las carnes de la madre, así el libro genial, el cuadro cumbre, el descubrimiento decisivo, agota, devora, con frecuencia estropea para siempre. A veces el cerebro se va consumiendo a lo largo de toda una producción. Al esfuerzo, al desgaste de la creación, se unen muchas veces las enfermedades y los vicios. Emilia Bronte, John Keats, Jean-Marc Guyau, Katherine Mansfield, tuberculosos; Maupassant, Toulouse-Lautrec, Baudelaire, víctimas del treponema pálido; Verlaine, Van Gogh, Dicenta, Nerval, consumidos por el «delirium tremens»; Beethoven, Dostoyewski, sublimizando la miseria física y llegando a la cima de la creación por la suma de todos los sufrimientos materiales y morales, son otros tantos ejemplos de ese dolor de crear de que es tributaria la humanidad, precisamente por medio de sus elementos de élite.

Y si de lo individual pasamos a lo colectivo, si de lo abstracto pasamos a lo concreto, vemos el dolor de crear constituyendo la gloria y la tragedia de las generaciones que se han ido sucediendo en la historia de los hombres.

Cada conquista arrancada a la naturaleza, cada secreto descubierto, cada paso hacia adelante, creando nuevos órdenes sociales, ¡qué esfuerzos inauditos, qué raudales de sangre, qué luchas sin cuento ha significado!

La propia ciencia es de ello el ejemplo más flagrantemente. Para encontrar un microbio, vencer sus estragos, localizarlo, aislarlo, crear su antitoxina, ¡cuántos enfermos sacrificados, cuántos hombres de ciencia consumiendo su vida, dándola muchas veces! Hoy parece pronta a ser vencida la lepra. Para llegar a ese resultado, ¿se sabrá jamás la cantidad de médicos, de enfermeras, de misioneros que

han muerto, sepultados vivos en el fondo de las leproserías?

Hoy la lucha contra el cáncer es la gran cruzada de la medicina y de la cirugía modernas. ¿Pueden contarse la cantidad de radiólogos que en ella se han ofrecido ya en holocausto? ¿La suma de enfermos que han muerto despedazados por los bisturís, en búsqueda febril del virus, del microbio, del parásito, de la causa misteriosa, aun no localizada? Sin embargo, esa lucha y ese sacrificio constituyen el esfuerzo de creación de la ciencia, buscando remedio a los males que aquejan a la humanidad, pugnando por redimirla de ellos.

En el aspecto social, ese gran drama de la creación adquiere características grandiosas. Para crear nuevas fuentes de trabajo y de vida, ¡cuántos millones de hombres han muerto!

Cada acueducto, cada carretera, habla del esfuerzo colectivo del pasado. Esclavos ayer, obreros hoy, los brazos de los hombres, agotándose, consumiéndose, deritiéndose sus existencias en combates gigantescos contra todas las dificultades, lo han hecho todo en el mundo.

Ayer construyeron las rutas por las que extendióse por la tierra el arte, la cultura, el comercio; hoy los saltos de agua con los que se crean la luz, la energía, el progreso.

Si los hombres han podido irse liberando, venciendo de los Césares y de los dioses, de los explotadores y de los sacerdotes, ha sido por un esfuerzo de creación moral, filosófica, política, que ha significado sacrificios individuales y colectivos aun más cruentos que los realizados en la ciencia y en el progreso mecánico. Como en el proceso de gestación literaria o artística, filosófica o científica, cada revolución producida en las costumbres y en el orden social establecido, ha representado un desgarrar terrible.

\*\*\*

Cabe preguntarse: ¿Es justo esto? ¿Es natural? ¿Es inevitable?

Puesto que se produce inalterablemente en todas las escalas y aspectos de la vida, debe serlo. Pero hoy los hombres se rebelan contra algo que parecía establecido, doblemente legitimado por la Naturaleza y por las religiones, por los dogmas y por las costumbres: «Parirás con dolor», «Ganarás el pan con el sudor de tu frente».



Los médicos modernos se esfuerzan en suprimir el dolor del parto, en hacer de la creación humana un acto desprovisto de sufrimiento. Y se nos anuncia que si la energía atómica, en lugar de aplicarse a la destrucción, a la guerra; en lugar de ser utilizada sólo con vistas al aniquilamiento de la humanidad, se aplicara a la paz, al progreso, al trabajo, reduciría a lo mínimo el esfuerzo humano. Con ella todo sería posible: las lluvias a voluntad; el calor o el frío dosificados; las estaciones prolongadas y trasladadas de hemisferio: el trópico refrigerado y los Polos convertidos en climas cálidos. Las tierras increíblemente fecundas, y todo el trabajo hecho hasta ahora por los brazos de los hombres, efectuado por esas fuerzas misteriosas, totalmente dominadas y manipuladas, hechas tan simples y de uso tan vulgar como son hoy la energía eléctrica y los rayos X.

Lanzados ya en plena euforia, podemos imaginar el mundo como una inmensa Arcadia, donde no existirán ni las inclemencias del invierno, ni los trabajos rudos, agotadores; donde el hombre no tendrá más que alargar la mano para obtener cuanto desee.

Sólo que inmediatamente surge la necesaria pregunta: ¿Quién administrará todo esto y quién decidirá de la aplicación pacífica de esa terrible fuerza?

Por desgracia hoy se halla en manos de aquellos que están más interesados en que el orden actual subsista; en que el mundo viva arrastrando las maldiciones bíblicas. La paz hoy daña demasiados intereses. Y toda revolución social, moral, filosófica, política, choca con los prejuicios, los privilegios, los dogmas, las costumbres, las tradiciones, los intereses establecidos.

Para conseguir reducir cada día el esfuerzo humano, la humanidad ha debido realizar esfuerzos gigantescos. Para vencer las enfermedades, los vicios, las miserias, la humanidad ha debido sacrificar constantemente los mejores de sus hijos. Sabiendo donde están el bien, la justicia, la libertad, la felicidad que se persiguen como un ideal y como un sueño, la humanidad ha debido arrastrarse por el fango, vivir miserable, oprimida, expoliada, perdiendo sangre por mil heridas. Para alcanzar hoy el beneficio de descubrimientos destinados a trastocar completamente el orden de las cosas establecidas, ¡cuánto deberá luchar todavía, esforzarse y desangrarse!

\*\*\*

¿Es justo el dolor? ¿Es moral? ¿Está en la naturaleza y en la vida?

El cristianismo resolvió que así era. Aconsejó la resignación, pero prometió la bienaventuranza en otra vida a aquellos justos que la merecieran.

La filosofía lo aceptó, haciendo del estoicismo la más alta virtud moral, el ejemplo del coraje y de la virilidad bien templada.

Los hombres se han acostumbrado a él, considerándolo una manifestación de la propia vida.

La poesía encontró en el dolor una fuente de exaltación. Fué considerado un afrodisíaco del espíritu y una forma de elevación de la conciencia.

Sin embargo, aun aceptándolo, aun creando en el dolor, aun siendo la vida de los hombres una serie escalonada de sufrimientos, todo hombre normal se rebela contra él, lucha contra él, procura redimirse de él. ¿Hay algo más horrible que los alaridos de una mujer en pleno trabajo de alumbramiento? ¿Qué hombre sensible no se rebela contra esa iniquidad de la Naturaleza? Como hoy la medicina se esfuerza en evitar ese suplicio, la sociología pugna por crear las fuentes de progreso, las condiciones de existencia que hagan del trabajo un placer, una distracción, un derecho, no un martirio impuesto por la miseria y la injusticia.

Al dolor de crear, una humanidad equilibrada, sana física y moralmente, armoniosa y liberada, podrá oponer mañana la alegría de la creación, del esfuerzo fecundo sin sufrimiento. En el tiempo y en el espacio, en lo conocido y por conocer, encontrará el hombre otras fuentes de inspiración que eleven su espíritu y proyecten el vuelo de su inteligencia hacia nuevas cimas.

Hijos del cristianismo, educados por las emanaciones de su doctrina de renunciamento a todo goce y a toda alegría, necesitaremos probablemente mucho sol y mucho aire libre para respirar a pleno pulmón, para concebir la vida como una plenitud, como la realización de un ideal humano de fuerza, de belleza y de salud.

Pero, aun cargados de cadenas, aun atados a todos los dolores impuestos por la sociedad y la vida que crearon tradiciones, rutinas, prejuicios y privilegios; aun agotándonos una vez más en nuestra lucha renovadora y liberadora, seamos ya hoy ejemplos vivos de alegría y de esperanza, de creación interior de nuevas energías vitales, levantadas sobre lo que haya en nosotros de más sano, de más fuerte, de más bueno y de más armoniosamente libre y equilibrado.

Federica MONTSENY

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### *“La Vida y los Libros”*

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)



# LA ESTETICA DE LA VIDA

I



La expresión estética de la vida—el título de esta conferencia—es la traducción de una palabra sintética: *Bioestética*, de reciente formación y circulación en lo concerniente a las artes. Pero la raíz de esta palabra indica claramente que se trata, primeramente, de la biología como punto de partida en toda investigación acerca de las manifestaciones de la cultura humana, y por consiguiente también del fenómeno estético. No es una mera afirmación paradójica, si decimos que la estética es tan vieja como la humanidad misma y que las diversas formas de arte—la música y la poesía, la pintura y la escultura, la arquitectura y el teatro—tuvieron sus etapas de progreso intelectual, moral y espiritual, a pesar de la lucha permanente con o contra la naturaleza para la conservación de la especie humana. Esta lucha no es, en el fondo, más que el combate para la satisfacción individual de los dos instintos fundamentales: el hambre y el amor, que caracterizan no sólo al hombre, sino, en diferentes grados de intensidad y de conciencia, a todo ser organizado.

Quizás, ciertas personas no están conformes con este punto de partida o de vista en relación con la estética. Muchos creen que la estética en general constituye un dominio cerrado, accesible a pequeñas minorías, a los iniciados que sobrepasan las miserias de la existencia cotidiana. Como la ciencia, la metafísica u otras manifestaciones de la inteligencia humana, la estética sería el privilegio de los individuos superiores, «evolucionados», como se dice, y de ciertas categorías sociales. Pero, para los que no ignoran que existe una tendencia hacia la unidad en todos los dominios de la actividad humana y que ninguna obra es viable sin el influjo de la vida universal, sin el intercambio de fuerzas creadoras, sin el equilibrio entre la materia y el espíritu, para los que no abandonan el terreno firme de la realidad biológica, la estética—todas las artes—es también en fenómeno general humano, posible y accesible a todo individuo que quiere superarse, es decir, subir de un peldaño a otro, en la escala de la animalidad y de ésta a los dominios de la creación voluntaria y consciente.

Así, pues, no podemos esbozar aquí el concepto de la estética de un modo teórico, abstracto o filosófico. Hay tantos conceptos estéticos como estetas o historiadores de las artes. Sería hacer alarde de pedantería si quisiéramos exponer, aun brevemente, la historia de la estética o disertar sobre temas trascendentales, como lo bello en la historia y sus correlaciones con el bien y el mal, con la verdad o la moral.

El profesor G. F. Nicolai, autor de valiosas obras sobre la psicología fisiológica, cree, como biólogo, que al principio las artes se van desarrollando independientemente del sexo. Las artes deben su origen al hecho «que ayudaban o, al menos en la mente de los primitivos, parecían ayudar a la satisfacción de las *necesidades vitales*». Si las artes nacieron por causas utilitarias, la *estética* vino posteriormente; y, mucho más tarde, vino «su mezcla con el sexo», que con el tiempo se ha hecho tan íntima que hoy nadie puede negar que todas las artes están más o menos relacionadas con sen-

timientos sexuales». Pero, a la inversa de como piensa Freud, «no fué el sexo el que se ha sublimado en las manifestaciones artísticas, sino que los hombres han sublimado, endiosado e idolatrado el sexo o, más bien, la sexualidad ficticia del hombre moderno». La palabra *ficticia* nos parece inadecuada; sería mejor hablar de una sexualidad exagerada o artificializada por influencias psíquicas, lo que resulta de la frase siguiente: «Cuando los hombres dejaron de ver en el acto sexual un simple acto natural, y empezaron a descubrir en él un fondo sentimental que merecía considerarse con sentimentalidad y respeto, lo aureolaron con los diversos productos de la actividad artística que ponían a su servicio» (1). Se trata, pues, de una sublimación en el sexo, que no es la única que las artes han sufrido. Antes, según Nicolai, las artes se han sublimado en religión y moral. Si la sublimación en el sexo es «biológicamente la menos importante» o si «acaso se podría ver en ella un signo de decadencia», eso es una cuestión que se puede discutir.

Lo que interesa, en mi modesta exposición, es—como dije al principio—el punto de partida, vale decir: el carácter biológico de la estética. Así se puede llegar de la biología a la estética, y dar a la estética los elementos vitales para su desarrollo progresivo de una generación a otra, de un pueblo a otro, de una época histórica a otra. Si unos creen que las artes tienen como impulso el deseo de evasión de la penosa y trágica «condición humana» y, como finalidad, la creación de nuevas normas superiores de vida, ellos no deben olvidar que tanto el impulso como la finalidad de las artes están íntimamente, orgánicamente vinculados con la realidad biológica del hombre y con el medio natural y social en el cual se manifiesta su existencia efímera. Hablando de las artes, no podemos ignorar los sentidos que sirven a las correlaciones del hombre con su ambiente: el tacto, el oído, la vista. Esto es tan evidente, que parece inútil insistir. Pero hay investigadores de los instintos—como Havelock Ellis—que han consagrado volúmenes a este propósito y que nos facilitan mucho más que los teóricos de la estética abstracta, el conocimiento de los secretos de las artes. Damos aquí un solo ejemplo. Hablando de la vista, dice que ella nos proporciona la base por la cual llegamos a admirar y a comprender las artes; siendo el más estético de todos los sentidos, la vista nos sirve también para ejercitar la función animal de la nutrición: «No es, pues, de extrañar que desde el punto de vista de la selección sexual sea el sentido de la visión el sentido supremo para nosotros, y que los pensamientos amorosos del hombre sean una meditación perpetua de la belleza». («La selección sexual en el hombre», ed. Partenon, Buenos Aires, 1947).

Este ejemplo es suficiente para demostrar que los factores sexuales y extrasexuales de la belleza han estado siempre unidos entre sí. Existe una «inevitable acción y una reacción, asimismo inevitable, en toda impresión que produce la hermosura». En los hombres y, según ciertos biólogos, hasta

(1) Cf. «Análisis del psicoanálisis a la luz de la psicología fisiológica», páginas 180-181, ed. Beta, Buenos Aires, 1953.



en los animales. También algunos que se ocupan del «concepto estético de la belleza», como el filósofo G. Santayana en su obra «El sentido de la belleza», reconocen la realidad del elemento puramente biológico en la constitución de la belleza. Citamos: «Toda la parte sentimental de nuestra sensibilidad estética, sin la cual sería ésta perceptiva y matemática más bien que estética, es debida a un movimiento, siquiera sea remoto, de nuestra organización sexual». Y este autor concluye, después de un amplio análisis psicofísico: «Podemos decir que para el hombre la naturaleza toda es objeto secundario de pasión sexual, y que este mismo hecho es debido a la intensa belleza que para él tiene la naturaleza».

¡Estamos lejos de las especulaciones abstractas de los estetas que se dirigen solamente a un restringido círculo de «iniciados»! Pero todo hombre sensato puede comprender esta frase de K. Groos, autor de una obra sobre el placer estético, citada por Havelock Ellis: «Es un error fundamental creer y afirmar que la emoción sexual no tiene valor estético alguno. Por el contrario, tiene tanto o más que las emociones del terror y la piedad; pero dicha emoción debe estar debidamente subordinada al efecto estético general y total». Y Remy de Gourmont, mucho antes, ha escrito que la idea de la belleza no es una idea pura y sin mezcla, sino que va íntimamente unida al concepto ideal del placer físico... El arte es cómplice del amor. Cuando éste desaparece, no hay arte; cuando el arte se pierde o se oculta, el amor se convierte en una necesidad fisiológica». El novelista Stendhal ha presentado esta verdad expresada por de Gourmont, «cuando definió la belleza, diciendo que era una promesa de felicidad».

De lo expuesto, resulta que el concepto de la estética tiene correlaciones biológicas con la belleza del ser humano y de otros seres de la naturaleza. Muchos opinan, como Collin Scott, que «la belleza femenina es el prototipo de la belleza ideal». Partiendo del punto de vista biológico, hasta un espíritu realista como Havelock Ellis reconoce que, en el transcurso de los siglos, «la belleza y el concepto que de la belleza tenemos se han desarrollado sobre una base más amplia que la del impulso sexual y también que nuestro concepto de lo bello, aun en aquello que se refiere a la forma humana, es hasta cierto punto *objetivo y puede por lo tanto ser sometido a una ley*» (subrayamos nosotros).

Podríamos citar a muchos antropólogos, etnólogos e historiadores del arte que han insistido acerca del elemento objetivo que hay en la belleza. Para Ellis, el carácter objetivo de la belleza queda demostrado por el hecho de ser éste «en gran parte la expresión de un perfecto estado de salud. Un cuerpo armónico y bien desarrollado, de musculatura perfecta, de piel elástica y bien coloreada, unos ojos brillantes y un porte distinguido y grácil, son condiciones de un estado de salud, esenciales a una perfecta belleza».

Hemos dado un ejemplo de aplicación de las realidades biológicas a las nociones de estética y belleza y esto, relacionado con un solo sentido: la vista, y por consiguiente, con las artes plásticas. ¡Cuántas consideraciones se podrían hacer acerca de los otros sentidos: el oído (la música, la poesía, el teatro, que solicitan también la vista), el tacto, el olfato, o del conjunto de la sensibilidad humana! Y, siguiendo la espiral, descendente y ascendente a la vez, de la evolución en todos los dominios, desde la biología hasta la filosofía, la ética, ¡en cuántas formas podríamos seguir las manifestaciones del sentimiento estético, elemental por sus raíces vitales, complejo por sus correlaciones y transmutaciones, siempre atractivo y anhelante por sus finalidades que pueden ser resumidas en esta fórmula: superación del individuo por sí mismo y comunión de los individuos, así evolucionados, en la gran fraternidad de la belleza, que en esencia es una síntesis armoniosa entre la humanidad y la naturaleza terrestre y cósmica!

\* \* \*

Si el individualismo constituye, en el cuadro del humani-

tarismo moderno, para algunos un método capaz de resolver numerosos problemas que parecen antagónicos, para muchos interestuales no es más que una simple actitud y para otros un sistema de autoperfeccionamiento. El individualismo puede considerarse también como una ley, como una resultante del proceso universal de la vida. Pero la lucha por la individualidad halla sus expresiones más ricas y más variadas en el dominio estético de la vida humana.

Pues existe, en primer lugar, una estética natural. Nuestro planeta, con su cielo estrellado o nublado; con sus innumerables paisajes marinos o montañosos; con su arquitectura mineral y sus cristales; con su vegetación lujuriente y tan multiforme, con sus selvas inextricables y con las maravillas de su flora; con sus mundos de seres, desde los protozoarios minúsculos y los mariscos de tan diversos matices hasta los minuciosos insectos y hasta los volátiles fulgurantes, y desde el grácil antilope y el perro fiel hasta los carnívoros monstruosos y los gigantes macizos como ciudadelas, nuestro planeta, con todas sus manifestaciones de vida, obedece a leyes fatales que dan a «la lucha por la existencia» el aspecto de una horrible carnicería, donde hay vencedores y vencidos. Sin embargo, para el hombre consciente y dominador, esta vida del planeta presenta armonías sin fin y bellezas con frecuencia perfectas, que llegan a ser el manantial inagotable de sus propias inspiraciones estéticas.

La estética humana tiene, evidentemente, sus fundamentos en la estética natural: copia, reproducción, composición—o variación y deformación de los elementos dados—. Somos prisioneros de nuestros órganos. Encerrados en nuestro cuerpo, no podemos evadimos de este imperio terrestre lleno de fatalidades... Con todo, el esfuerzo estético ha proporcionado al hombre una libertad interior consoladora, ofreciéndole los espejismos de los horizontes desconocidos y esos ideales que, de una a otra cima, le hacen aspirar a la perfección.

En el decurso de las civilizaciones—que constituyen una sucesión de épocas culturales—la estética ha seguido ya el impulso de la religión o ya el imperativo de la moral laica; hoy procede también de la base firme de la ciencia. Si la Verdad hace penetrar con mucha lentitud su resplandor a través de las tinieblas de la naturaleza y de la vida, y vence con gran esfuerzo a la ignorancia; si el Bien no reina entre todos los pueblos, persistiendo en un reducido número de conciencias meditativas y en el alma de los «pobres de espíritu»—tanto menos lo Bello (a pesar de sus innumerables y formidables manifestaciones, a pesar de su eterna existencia en la Naturaleza y de su presencia permanente entre nosotros en las ciudades y en los museos) halla lugar en el pensamiento y en el corazón de la mayoría. Hállase condicionado, en efecto, por el progreso científico y moral y, asimismo, por el progreso económico.

Del propio modo que las demás manifestaciones culturales, la estética se ha desarrollado según leyes que *parecen* independientes de las leyes sociales. Ella ha progresado a pesar de los desastres guerreros, cuyos horrores y vanidades han contribuido al recogimiento del hombre en sí mismo y a su aislamiento en una preocupación creadora que lo eleva por encima de la miseria social.

Hoy en día, el problema del «arte por el arte» está considerado, por la mayoría de los teóricos de la estética, como pretexto de vana dialéctica. Toda especie de arte, como toda manifestación cultural, tiene una tendencia y sufre el influjo del medio natural y social, en la misma medida que el del «temperamento» y el de la «personalidad» del artista, y que—en último análisis—no son tampoco más que la resultante de diversas influencias biológicas, psicológicas, éticas y económicas.

Pero el arte posee una *intuición* de la vida, que le hace penetrar mejor, prontamente y con firmeza, en el corazón de las cosas y en el alma del hombre. Más que el moralista o que el sabio, él tiene el poder de despertar en su semejante «las cuerdas durmientes» de la paz y de la solidaridad por la emoción purificadora de lo Bello.



Los jefes guerreros de los pueblos y los «príncipes de la Iglesia» se han servido de la magnífica sugestión del arte para consolidar su dominación. Es éste un hecho evidentiísimo. La riqueza de las catedrales y el fausto de los palacios se convirtieron en armas auxiliares en manos de los potentados religiosos y temporales. Fué la fascinación ejercida por el aliño del arte lo que ha conservado el fetichismo de las multitudes por las instituciones sociales. Lo que imponía el respeto hacia el pontífice y el emperador, era el arte que les revestía y que les encuadraba, al menos tanto como su séquito llevase la espada unida a la cruz. Si Rafael y Velázquez han servido al arte, han contribuido mucho también al prestigio de las potencias políticas.

El arte no era, sin embargo, una práctica cotidiana para la multitud. El arte pertenecía solamente a un número de privilegiados y sólo se mostraba a la muchedumbre en los «días grandes». Tan sólo con el progreso de la cultura, comenzó el arte a popularizarse—pero pronto degeneró en manifestaciones que, lejos de elevar el alma y de iluminar la conciencia, no hacían sino irritar los sentidos. El arte ha sido prostituido y mercantilizado en estos tiempos de «valorificación» universal. La influencia, buena en un principio, de la burguesía liberal del siglo XVIII y principios del XIX, se ha hecho nefasta bajo el reinado de la burguesía parasitaria y vulgar del capitalismo militarista.

Más aún que en la sociología, en la moral, es en el dominio de la estética donde se manifiesta una reacción más pronunciada del espíritu moderno. Ella se halla en estrecha relación con la evolución social. A pesar de que en la estética, aún más que en los otros dominios, las actividades individuales adquieren con frecuencia el aspecto de confusiones tumultuosas; a pesar de que el arte se haya trocado en un refugio aristocrático de los que se creen la «élite» creadora, así como la «aristocracia» política que se quedó sin sus torreones feudales en la manera creciente de la democracia, existe, sin embargo, un número bastante crecido de teóricos que reconocen que el arte no es independiente del medio social. Estos se esfuerzan en hallar relaciones armónicas entre los artistas y la muchedumbre, y poner el arte al servicio de la civilización general, desarrollando el sentimiento estético de los pueblos.

\* \* \*

Nombremos entre estos últimos a Gerardo de Lacaze-Duthiers, cuya prodigiosa actividad es poco conocida (1). Desde hace cuarenta y cinco años, él construye su obra crítica—prehistoria, sociología y estética—sobre principios personales, al mismo tiempo realistas e idealistas. Es uno de los precursores de la «vida estética» de la humanidad.

Citaremos entre sus obras *El ideal humano del arte*, que es un ensayo de estética libertaria, y *El descubrimiento de la vida*, considerado como el libro más hermoso que se haya escrito desde Ruskin sobre la filosofía del arte. La idea central de esta obra es la siguiente: «El arte es el descubrimiento de la vida». El ideal estético, generador de la obra de arte, no es ni la copia ni la deformación de la vida, sino la transposición de ésta por síntesis: el hombre «descubre» la vida, creándola de nuevo por medio de la obra de arte. La estética es la «ciencia de la vida», y la crítica es «el sentimiento del arte», el arte juzgando al arte. La crítica debe ser creadora y debe «descubrir la estética de la vida». El fondo del arte es el amor. «El arte y el amor se confunden y la crítica es la vida comprendida y sentida». Lo bello es una síntesis viviente entre la lógica del pensamiento

y la emoción del corazón. El arte es la verdadera oración del hombre moderno y éste no puede ser utilitario, sino útil.

En su *Culto del Ideal y la Aristocracia*, expone Lacaze-Duthiers las relaciones del arte con la sociedad. La democracia no es para él ni mejor ni más bella que la aristocracia. El autor considera a la sociedad dividida en dos campos destinados a combatirse sin piedad: 1, la aristocracia, compuesta de individuos libres, sinceros, desembarazados de tradiciones y cuyo único ideal consiste en embellecerse por contacto directo con la vida, reaccionando contra el medio mediante la «acción de arte». Esta es la aristocracia del pensamiento, «el partido de la belleza», opuesto a 2, la mediocracia, que comprende a todos los arribistas, a los pseudoartistas, a los falsos pensadores, a los políticos, a los moralistas, a todos los «brutos» parasitarios o utilitarios fijados en un medio social. La mediocracia es el «partido de la fealdad», contra el cual ha escrito también Lacaze-Duthiers una obra (950 páginas) *Libertad del Pensamiento* estudiadas las escuelas filosóficas, sociológicas, literarias y artísticas. No comprueba en todas partes más que el triunfo de la estupidez, a la cual vuelven hoy todos los honores; a la barbarie organizada opone el ideal estético de la vida y profetiza (1913) que «el patriotismo de los negocios nos amenaza con una guerra universal».

Para Lacaze-Duthiers, el arte puro es una idea inconcebible, puesto que siendo el arte una función de la vida, hunde sus raíces en la humanidad. Pero el arte ya no es social; es asocial, amoral, apolítico; no tolera compromisos con una clase cualquiera de la sociedad. El arte es individualista y se funda sobre el egoísmo creador. «El santo egoísmo artístico» es una de las fuerzas de la vida consciente. Y partiendo de ahí, el autor aspira al refugio en la «torre de marfil», pero en una torre viva, abierta a todas las corrientes y a todos los ecos de la Naturaleza y de los hombres. Habiendo soñado en otro tiempo con un socialismo estético, Lacaze-Duthiers ha vuelto—después de crueles experiencias—al artista que conserva su autonomía creadora, pues es creando para sí mismo como crea también para los demás.

El artistócrata es un superartista que armoniza sus actos con su pensamiento. La emoción con cuya ayuda vuelve a crear el artista la vida de la Naturaleza, es una «acción de arte» que purifica la vida y hace una obra de arte de la existencia del hombre. De la propia manera que el superhombre de Nietzsche se halla caracterizado por la «voluntad de la potencia» y el individualismo de H. L. Follin por «la voluntad de la armonía», el superartista de Lacaze-Duthiers es una voluntad de potencia estética que tiende a la creación de lo bello, sin compromiso moral, político o religioso de ninguna especie. Así, «en la vida presente», se persigue el ideal de una manera continua.

Para resumir, Lacaze-Duthiers hace de la estética una ciencia concreta y viviente que puede reemplazar a todas las demás, puesto que es ella la que condiciona y dirige, siendo también la única regla de la vida consciente y voluntaria. Las diversas opiniones sobre este sistema han sido recogidas por Joseph Rivière. Entre otras, hallamos las de Rémy de Gourmont, de André Suárez y de Romain Rolland. Estos pensadores aportan su homenaje al trabajo de Lacaze-Duthiers y simpatizan con las convicciones de este precursor de la artistocracia. «Desde el día en que ha tomado la pluma—escribe Manuel Devaldés en el libro que le ha dedicado—se ha ocupado de estética, ha examinado el arte bajo todos sus aspectos, se ha cuidado de la hermosura... Ha ensanchado el objeto de la estética y del arte y lo ha colocado en la vida misma del hombre. En ese sentido, de simple estético, se ha vuelto lo que yo llamaré un bioestético. Formulando el concepto de «vida obra de arte», ha creado esta doctrina de la artistocracia para la designación de la cual se me permitirá forjar la palabra, en un sentido más general, de «bioestética»... A concepto nuevo, vocablo nuevo... La bioestética sera la ciencia de la belleza cuando

(1) Joseph Ricière es el primero que ha dado una amplia bio-bibliografía crítica sobre Lacaze-Duthiers (1920). El libro de Manuel Devaldés: «Gérard de Lacaze-Duthiers et la Bioesthétique» (Bibl. de l'Aristocratie, Paris, 1934) puede ser considerado, por la claridad de su exposición y por su rica documentación, como el mejor estudio crítico consagrado al autor de «La unidad del arte».



se haya de considerarla en una vida conducida como una obra de arte... Esta ciencia está por construir, casi enteramente. Lacaze Duthiers ha suministrado el material y de la mejor calidad. Ha tenido precursores. En Inglaterra: John Ruskin, William Morris, Oscar Wilde. En Francia, entre los más conocidos, el filósofo José María Guyau. Pero el pensamiento de esos estetas «difiere por muchos lados del de Lacaze-Duthiers, que no se ha manchado ni de los di-

versos misticismos de Ruskin, Morris y Guyau, ni del dilettantismo altivo de Wilde. En fin, a su encuentro, Lacaze-Duthiers, ha hecho de la bioestética el objeto más o menos único de su actividad intelectual: la estética de la vida... «Me he uncido a esta tarea inmensa», dice; «le he dedicado mi vida entera y veo nacer cada día, a medida que avanzo en mis búsquedas, nuevos problemas que por sí mismos hacen nacer otros»... (1).

(1) El ideal estético de la vida, no es sólo un anhelo proyectado en el porvenir. Fué también una realidad en ciertas épocas históricas:

«Para los griegos, el arte no era un interés privado de algunos, del que se disfruta como de algún deporte, sino una actividad creadora íntimamente ligada a toda su vida social, y sin la cual no se podría imaginar en manera alguna su existencia. Los helenos fueron tal vez el único pueblo que ha sabido hacer de la vida misma un arte; al menos no conocemos ningún otro pueblo en que se exprese tan pura e

impresionantemente la conexión más estrecha del arte con todos los demás aspectos de la vida personal y social. Una comuna como Atenas... gastaba sólo para el fomento de su teatro y de sus espectáculos mayores sumas que para las guerras con los persas, cuyas invasiones amenazaban la existencia política de la vieja Helade». (Rudolf Rocker: «Nacionalismo y Cultura», ed. Imán. Buenos Aires, 1942, pág. 379).

Eugen RELGIS

# EL CANTO DEL LIBRO DE CELA

## DOS PAJAROS DE UN TIRO



RACIAS a la amabilidad de un amigo costariqueño, han caído en mis manos, como lluvia de agosto, los recortes de sendos artículos publicados en el «Diario de Costa Rica», en réplica a la reproducción anterior de mi artículo crítico «Un libro manchado de sangre».

Pido, en principio, disculpa a los lectores sensibles de ese remoto país por haber dado a este deshilvanado trabajo un título tan malsonante, tan de cacería furtiva, tan inocentemente alusivo que se presta, como el seisdoble, a ser jugado de una u otra forma.

Confieso que no me guía el propósito de meter en el zurrón de la mordacidad y el menosprecio a las dos piezas sanguinolentas de mis impugnadores. No cultivo el «tremendismo» y empleo ese rótulo, tan castizamente castellano, para ahorrar al lector dos trabajos alusivos al mismo tema en edición diferente. Al lector hay que procurar darle mascado el pan duro de las polémicas, y sobre todo de las polémicas literarias, que, si se prolongan demasiado, llegan a no tener ni pies ni cabeza. Conste, pues, que no escribiré más sobre el tema.

AL SR. SANTOS PARRILLA.

«España, Camilo J. Cela y su Novela». Así con este

título tan estirado y gomoso como una vieja liga, aparece el artículo-réplica de ese «señor» en el «Diario», fecha 1.º octubre. Leído de cabo a rabo se desprende fácilmente una diferencia de tesis fundamentalísima, básica, incoercible.

El ve a España desde la cloaca del franquismo; yo desde el altozano luminoso de la Libertad y de la Justicia social. ¿Merece la pena seguir una polémica desde ángulos tan inconciliables?

\*\*\*

El Sr. Parrilla no añade nada nuevo a la vieja tesis (tísica) del espíritu reaccionario, clásicamente conventual y conservador de la España arcaica (que tan ricamente desentrañara la pluma viril de Marcelino Domingo) y toda la retórica de esa «juventud nacional nueva, vigorosa y sana (!) que surgió en el 36, apartando a codazos a las «izquierdas y a las derechas» para elevar a Franco sobre las ruinas ensangrentadas de la República.» Todo eso se me antoja una de esas murgas que en los días de carnaval pasaban ejecutando un burdo pasacalles, cuyos ecos se pierden (¡menos mal!) y totalmente al volver de la esquina.

No pongo en duda que Santos Parrilla, tenga aun en su cuerpo las cicatrices más o menos honrosas de



su aporte a la guerra de España, y hasta los codos raídos por los «azules chaqueteos» en las frías estepas moscovitas. A nosotros aquellas cicatrices, ya se nos borraron. ¡Los años no pasan en balde, Sr Parrilla! Ahora lo que tenemos son heridas abiertas, frescas, dolorosas, como clavellinas de sangre caliente, que nos ocasionan la lucha contra la tiranía fascista en el interior de España. Las razzias que organizan en Barcelona los esbirros de Quintela (jefe de la policía represiva) cazando a tiros a los militantes confederales y a los jóvenes libertarios, cuando van a subir al tranvía o regresan del trabajo a sus hogares macilentos; las ejecuciones sumariales en el tétrico «Campo de la Bota»; la caza humanicida de los campesinos por las encrucijadas de la resistencia, andaluza; las torturas en los calabozos de la jefatura de policía de Barcelona a los redactores y distribuidores de «Solidaridad Obrera» clandestina; el asesinato inicuo y cobarde del socialista Centeno en los sótanos de la Dirección General de Seguridad; el dolor de la juventud española, sin pan y sin porvenir que cruzan a diario las aguas fronterizas del «Moluya», yendo a dar con sus huesos en los fríos cuarteles de la Legión Extranjera de Bel-Abés.

¿No sabe nada de esto, el Sr. Parrilla? ¿Qué plácida es la vida en Costa Rica, tumbados sobre la hamaca del conservadurismo y a donde sólo llegan los ecos de la patria lejana por el tubo prefabricado de la propaganda oficial! Además, aunque lo supiera lo ocultaría. ¡Impone tanta prudencia el tener que conservar la línea del nuevo destino hispánico-falangista!

De la crítica puramente literaria «peor es meñallo». ¿Que el autor de aquel desgraciado artículo «Un libro manchado de sangre», «demuestra haber leído muy poco? No es dable ir ahora a pesar y a separar la paja y el grano que ambos hayamos podido engullir en el curso de nuestra vida de lectores: pero una cosa es cierta: que si todos los libros de la escuela naturalista o romántica, «tremendista» (¡ay qué vocablo!) o coexistencialista, son del calibre ético social o pedagógico del de «La Familia», de P. Duarte; si todos los personajes-tipo, dignos o no de ser imitados fueren como el reo de Extremadura, irremediablemente, gustosamente, iríamos a buscar al filósofo inglés para exclamar con él aquello de: «Cuanto más trato a los hombres más quiero a mi perro».

Por lo demás lamento, muy de veras, que a Camilo J. Cela (cuyas méritos de escritor no quise nunca poner en duda), le salgan abogados con toga flechada en la entretela. Aunque fueran compañeros de armas en las filas espúreas de Franco, allí tampoco «están ya todos los que son, ni son todos los que están». Si parejo al talento lleva Camilo un buen corazón, si siente un amor sincero a su país dolorido, al pueblo que más sufre del mundo moderno, tiene mil ocasiones de demostrarlo. Esta es una de ellas. Que le diga a Santos Parrilla que abogados con flechas yugadas, o svásticas, defensores que levanten el brazo o cierran el puño, más denigran que ennoblecen una causa justa.

#### A DON GUY:

Su artículo, que aparece en el «Diario» del 27 de

septiembre, lo titula amigablemente: «En defensa de Camilo». Con mucha más limpieza, con mayor ecuanimidad y dominio del tema, Don Guy hace una crítica meticulosa de mi artículo, y no vacila en introducirse por la tupida selva del análisis retrospectivo de la novela (de Zola a Cela) y de las diferentes tendencias literarias actualmente en marcha.

¡Qué noble y hábil contendiente este «Don Guy»! El arma que aquí emplea es de las que pinchan más hondo: ataca con la enseñanza.

«Don Guy» hace una defensa lúcida, amistosa y un poco parcial (como todas las amistades), del autor de «La Familia de Pascual Duarte». Reconozco que se llena de razón en algunos aspectos. Uno de ellos cuando se refiere al aporte que ha hecho este nuevo retoño de la literatura ibérica, al prestigio de las letras y al buen nombre del país de Cervantes, de Ganivet y Unamuno, en el concierto de la literatura universal de ahora.

Es verdad que cuando escribí mi artículo-crítica conocía poco la obra varia del escritor gallego. Sólo «La familia de P. Duarte», «Pabellón de Reposo», y algunos recortes periodísticos. Aquí en la Orania, donde todo el mundo habla el castellano («esa lengua que para tantas cosas sirvió»), como dice el propio Cela en una de sus «Cartas del otro mundo» nadie, absolutamente nadie salvo los emigrados, sabe leer en la cartilla.

Aquí no se conoce la producción en español de los últimos años. La literatura que nos llega procede de allende el Atlántico, y a una cadencia casi colombiana. Hay alguna muralla oficial que impide el paso a través del lago mediterráneo y del Pirineo, de los libros y la prensa que se editan en la Península. Razón les sobra a los franceses de la IV República, a los que se batieron el cobre frente a nazis y fascistas, para adoptar medidas de esta naturaleza, ya que la España de Franco, el Estado totalitario falangista, el animador y cómplice de los carniceros mundiales del 39 al 45 no desaprovecha la menor ocasión para introducir por los pliegues de las fronteras la tarántula de su conspiración liberticida; su inquina ancestral a los Deberes del Hombre y a los Derechos del Hombre; al «proletariado militante», a los principios eternos de la educación por la ciencia y la cultura.

El pueblo francés tenía tres vecinos indeseables: Mussolini, el fanfarrón; Hitler, el loco; y el cínico de Franco. Los dos primeros han desaparecido. Uno tostado, como grano de mazorca, en el agujero de la Cancillería; el otro en posición porcina. Queda el tercero que aun está vivo y coleando gracias a Dios (Pío XII) y al dólar norteamericano.

¿Pero es terriblemente fatal, al hablar de literatura, el tener que desembocar en el mar proceloso de los problemas, y de las angustias político-sociales de nuestro tiempo? ¿Es que no hay manera de poder dar a «Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César»?

Ahí está «la madre del cordero», estimado «Don Guy». Me hace usted culpable de haber querido sacar conclusiones exclusivamente políticas del libro de Camilo, para arrimar el ascua a la sardina de mi bando ideológico. Me endosa una carga de pasión,



recogida en el dolor inmenso del pueblo español, en la España lacerada, rota y trágica actual, que vació inicualemente sobre la pristina inocencia literaria del pobre Camilo. Más que yo el propio Marañón saca lecciones y afectos de ese jaez a lo largo de su incoloro prólogo. Léalo de nuevo. Además el arte ¿no es el tubo de escape de todos los gases reivindicativos y pasionales que se agolpan en el alma individual y colectiva? ¿Es separable la literatura de la realidad-ambiente? ¿Cómo siendo Camilo J. Cela el exponente de la tendencia realista moderna no va a ser «fiel a su geografía y al calendario levantando acta de lo que ve, lo que oye, lo que siente con tremendo o inocente realismo»?

¿Qué móvil perseguía Cervantes (aparte la bagatela de la gloria) al crear su Don Quijote, sino el combafir uno de los vicios más desarrollados en su época: la nociva afición a los libros de caballerías? ¿Qué matices reflejan las obras señeras de Blasco Ibáñez: «Entre naranjos», «Sangre y arena», «El intruso»? Y los «Episodios» de Pérez Galdós, ¿no rezuman el almibar purísimo del idealismo y del recio temperamento del pueblo en los sucesos convulsos de la vida nacional? Y «La Hermana San Sulpicio» de Palacio Valdés? Y tantas y tantas obras maestras de la literatura ibérica, ¿es que no las consagra (aparte la riqueza de estilo) el sentido típicamente ambiental en que se producen los personajes, con sus dolores, sus alegrías, sus maldades, sus bondades, sus sueños, ideales y humanismo, su impulso creador al arte y a la vida?

No nos engañemos. A veces tomamos por oasis lo que son meras sombras de dunas jugando en el horizonte de nuestros deseos. No niego el talento de Camilo J. Cela, su forma maestra de escribir y componer la novela pero... ¿qué móvil le empuja a crear ese siniestro personaje de Duarte que es una pesadilla, un mal sueño, colgado en el vacío lúgubre de la noche de España, «en ese medio típicamente extremeño, intransferiblemente español, y con idéntica vena retórica»?

¿Es que a Alonso de Quijano podemos sacarlo de La Mancha aunque se diga que la irradiación de su personalidad es más o menos cósmica? ¿Se concibe Hamlet fuera de la Corte danesa? ¿Pueden vivir los personajes de la novela gorkiana en otras tierras que no sean las suyas propias? ¿Qué sería de Juan Luna el estoico anarquista de «La Catedral», transplantado a las naves frías y ampulosas de Nuestra Señora de París?

No, «Don Guy», a pesar de las elucubraciones «dialogistas» del doctor Marañón (en cuyo prólogo parece que los conceptos juegan al escondite), «La Familia de Pascual Duarte» será juzgado por la historia y la crítica internacional, benévola u malévola, como un tipo simbólico nacido en España en cuya vida y alma, para mí artificiales, lleva los rasgos del temperamento y de la realidad cultural y social ibéricas.

Un solo ejemplo entre tanto: En la edición hecha en alemán de «Pascual Duartes Familie», que nos cuenta el propio Cela, aparece en la portada de tela roja «la plazoleta de un pueblo que parece marroquí». Ese editor extranjero no ha sido más intuitivo que el ¡sabio Marañón! Predispone a los lectores a ver a Pascual Duarte y su drama a través del paisaje

intrínseco de su patria ibero-musulmana. Simultáneamente, ¿ha querido dar también la razón a Alejandro Dumas cuando dijo que: «¡Africa empieza en los Pirineos!».

Si llevo el agua al molino de la política (qué triste concepto, a mí que soy enemigo, a carta cabal, de ella), es porque precisamente ese libro ha sido escrito en el momento más crucial, más vandálico y contradictorio de nuestra historia. Camilo, «fiel a su calendario y a su geografía» refleja en esas páginas el clima moral desgarrado y morboso que siguió a la clausura de la guerra civil. «La Familia de Pascual Duarte» nació en los años 39 al 41. La pluma medrosa del escritor pasa como sobre ascuas ante los sucesos terribles que provocaron los generales facciosos. Pero en sus páginas están simbólicamente danzando los monstruos de esa trágica realidad moral, de ese desquiciamiento de todos los valores que se operó en nuestra tierra con la lucha fratricida y el triunfo negro del fascismo.

¿Qué lástima que la amapola del talento literario de Camilo José Cela, expresado en ese su primer y más célebre libro, naciera en aquel clima huesudo y espantoso!

Merece recordar el verso delicado de Quevedo dirigido a aquella florecilla que encontró a su paso por las proximidades de un cementerio, creciendo en el fondo terroso y oscuro de una calavera:

Pobre flor que mal naciste;  
que mala ha sido tu suerte.  
Al primer paso que distes  
te encontraste con la muerte.  
El cojerte es cosa triste,  
el dejarte es cosa fuerte;  
pues respetarte la vida  
es dejarte con la muerte.

Y lo que le reprocho justamente a Camilo J. Cela es el no haber sentido el impulso de acercarse a la «España Virgen» como lo hacíamos con aquella moza, a la que cortejábamos «para pasar el rato» pero queriéndola también un poquito; el no haber contemplado, aunque más lejos que Georges Bernanos, la perspectiva terriblemente poética de «Los cementerios bajo la luna»; el no haber sentido enganchado en su pecho como un gancho punzante el signo angustioso de la interrogación: «¿Por quién doblan las campanas?»

Yo le reprocho, también, al autor de «La Familia de Pascual Duarte» el no haber sabido (o querido) interpretar, aupado sobre la baja realidad de post-guerra, ese admirable estoicismo popular, la fuerza y las esperanzas creadoras, ese soplo vital de humanismo e idealismo, que ha ventilado siempre la entraña viva de nuestro pueblo, ayudándole a sobrevivir a todas las grandes catástrofes de su historia.

Esa es la misión alta de los escritores. Lo contrario puede ser hasta «pasatiempo» de los escribientes. He ahí lo eterno, lo demás es transitorio. Y la literatura, la verdadera literatura de nuestro tiempo, está para eso o no sirve para nada.

C. LIZCANO



# La zuta sin fin

Novela fantástica y real

## CAPITULO IX

El desierto infinito, angustioso, llano como el mar, limitando con el desierto. Nada: arena. Está saliendo el sol.

(Pasa en línea recta una formación de hombres europeos, entre militares y civiles, como forzados o ilotas, en completa depauperación. Algunos no pueden seguir a los dromedarios que montan sus jefes, antiguos caravaneros y con jáquimas y agujones obligan a los cansinos y retusos a acelerar el paso. El ruido extraño de las pisadas produce dentera. Como un borrón pardusco en la arena amarilla diábase el hombre que está orando, humillada la frente y los brazos extendidos, sin que los gritos, los latigazos, las carreras de las maltratados interrumpen el sopor en que se halla sumido. Viene otro hombre corriendo y cae herido junto al derviche que hace oración).

ATTILIO. — ¡Por favor, hermano!

EULOGIO. — ¿En qué puedo servirte?

ATTILIO. — Estoy herido. No vienen por mí porque saben cómo quedo aquí impedido para huir, y primero es llegar a la nueva concentración que recogerme. Dame agua.

EULOGIO. — Si queda y no tienes escrúpulos de las fieras, con sumo gusto.

(Vuelve a poco con la vasija de tierra embutida en la arena).

— ¿Ves? Ni gota. Se la han bebido.

ATTILIO. — ¡Sangre! ¡Sangre!

EULOGIO. — Echate en ese hoyo, que es mi lecho, que es todo lo que tengo. Haz tiras la ropa, sujeta la sangre de la herida con todas tus fuerzas, a ver si en el entre tanto alguien nos asiste.

ATTILIO. — ¿Dónde estoy?

EULOGIO. — En los huesos de la mar: en el desierto.

ATTILIO. — Hice porque me mataran de una: cuando vengan me tomarán para seguir matándome.

EULOGIO. — ¿Sabes confiar?

ATTILIO. — ¿En qué o en quién?

EULOGIO. — En qué no sé decirte; en quién sí.

ATTILIO. — Yo, en nada ni en nadie.

EULOGIO. — Las fieras esperan que yo les traiga agua, y son fieras.

ATTILIO. — Y tú ¿monje?

EULOGIO. — Miserable tierra.

ATTILIO. — Mira a lo que conduce el creer (por mí hablo): me encuentro en un charco de sangre.

EULOGIO. — Junto al asno salvaje, que ayudarte quiere y no se ve capaz.

ATTILIO. — ¡Agua... agua!

EULOGIO. — Espera que me abra una vena.

ATTILIO. — ¡Ne te hieras! La sangre ni refresca ni quita sed. ¡Yo estoy siempre sediento!

EULOGIO. — Busca la fuente más conveniente a tu sequía: la verdad mana en todas partes.

ATTILIO. — Bien quisiera hallarla. Ando a secar las fuentes y no la encuentro. Yo siempre tengo sed.

EULOGIO. — ¿Probaste a beber luz?

ATTILIO. — La luz que me alumbraba eran mi adorada y mi hija: han muerto. A mí la sed me brota del corazón ardiendo, hermano.

EULOGIO. — ¿Y padre y madre tienes?

ATTILIO. — No... y yo tampoco me tengo. El verdugo mató a mi padre y a mi madre, los verdugos a mi mujer y a mi hija, el verdugo y los verdugos a mí, poco a poco.

EULOGIO. — ¿Por qué los mataron y por qué te matan?

ATTILIO. — Entre fieras no se puede ser hombre.

EULOGIO. — Empieza por saber si tú que así hablas has sido tu propia fiera, viendo qué hay en ti destruido por tu mano.

ATTILIO. — Primero que el propio quise el bien común. Yo a mucho que me dí a los demás y no tengo propio. Yo vine al mundo ya repartido.

EULOGIO. — ¡Ah!

ATTILIO. — ¿Qué dices?

EULOGIO. — Si eres tuyo, el desierto te amilánará: molestarás a la soledad y la arena te declarará su enemiga. En las riberas de la penitencia donde te hallas, nadie sino tú ha de sembrar las flores. Todo se pierde aquí—el lenguaje, la memoria, casi la humana apariencia—con el afán de encontrarse uno mismo. Como el mar, esto sólo quiere lo suyo, y lo extraño lo expulsa. Cuando hagas gozos a las estrellas con tu llanto podrás considerarte del yermo, el cual, como una gran corriente, sin tú saberlo, te arrastra... te arrastra...

(Attilio, traspuesto, no oye. Toma Eulogio el cuenco y echa a andar—personaje del Greco—, alongándose su sombra en la arena. A la mente del herido acuden sus diez años de cau-



tiverio, poblándose el lugar de fantasmas: la guerra fratricida con sus horrores, el empuje de la revolución y el episodio aislado de la monja, en la que iba a profesar Mínima, que ha muerto. Y la pequeña Máxima. Y Andrea, siendo para la niña otra madre. Y la libertaria Cruces, abrazada al espectro de Liberto Huerta, su compañero, en el momento no se sabe si de morir o resucitar. Atroz zarabanda de congojas y sobresaltos, que de terrores pasados y presentes habla. Llega Caín, en la mano la quijada con que mató a su hermano Abel).

CAÍN. — Ego...

ATTILIO. — ¿Quién eres?

CAÍN. — La sangre de Abel, y la sangre posterior a mi hermano. ¿Y tú?

ATTILIO. — En la arena está escrito.

CAÍN. — Impreso en todas partes está mi nombre: Caín.

ATTILIO. — Dame agua.

CAÍN. — No brota de este venero sino sangre: la protoarma del protohomicida Caín el labrador. El cuerno de la sangre sostenido en mi mano levantada desde los albores de la vida. Por Caín, que mató a la Humanidad en su hermano Abel, siendo éste pastor.

ATTILIO. — ¿Por qué?

CAÍN. — Por celos de Dios. Mis presentes no le eran gratos, ni mis celos (que amor significan), ni yo mismo. Como naciese como mano armada, la esgrimi para matar la envidia, e hice víctima a mi hermano.

ATTILIO. — ¿Vienes a ensangrentar el desierto?

CAÍN. — ¡Sí, vengo!

ATTILIO. — Harías mejor en hispir la arena y echarle. Descárgate de ese inconveniente, déjalo caer, descansa...

CAÍN. — No es para mí quietarme. «Errante y extranjero serás en la tierra...» Yerro desde entonces y aun no he empezado a andar. A Caín, eje del mundo, nadie le conoce.

ATTILIO. — Pero todos le odian.

CAÍN. — Por providente.

ATTILIO. — ¿Tú, creador del color rojo? ¡Eres la destrucción y representas la muerte amarilla! Caín, fuente ingente de sangre, sin cesar de manar. La mujer, pariendo, perpetúa tu raza, la cual tiene tu marca, pecado original imborrable. Con sangre siembras y con sangre riegas. Y los ríos de sangre salen a los mares de sangre. Sangre las montañas, de donde fluye desatada en torrentes. Sangre el fuego. Sangre la luz. La vida y la muerte están impregnadas de ti, que eres sangre... sangre... sangre...

CAÍN. — Una piedra arrojada no sé porqué mano recorriendo un trayecto interminable a la velocidad de una exhalación. Dios, inmisericorde, no ve que me canso. «Andarás hasta la consumación de los siglos». Señor, mi hermano me ha perdonado ya. ¿Y Tú no? Por grato que Abel te fuese, y por gratos que te fuesen sus presentes, ¿vale menos mi contrición que la vida de mi hermano?...

(Attilio vuelve a quedar solo en la arena urente. Una larga procesión de hombres y bestias detiéndose junto al sablón donde se halla tendido, y el que hace de cabeza de la misma desmóntase de la cabalgadura y le habla.)

EZAEL. — ¿Es tu sangre la que reluce?

ATTILIO. — Tú lo has dicho.

EZAEL. — ¿Te han vencido bestias, hombres o la mano invisible del que todo lo puede?

ATTILIO. — La bestia humana me ha herido.

EZAEL. — Pide justicia, si tu negocio es de ley, y se te hará, que varones rectos y de entendimiento no faltan.

ATTILIO. — ¿Has visto que ahorquen a la justicia... y menos por un extranjero?

EZAEL. — No te comprendo.

ATTILIO. — ¡Que son de pró los que me afligen con inatacables calvarios e interminables crucifixiones!

EZAEL. — Gente de paz te rodea. Alzate de la arena y ven con nosotros.

ATTILIO. — ¿Sobre qué cometido?

EZAEL. — En el primer caravanserrallo que hagamos algo se te dirá.

ATTILIO. — Sois demasiado desinteresados.

EZAEL. — Quisiéramos no haber visto tu sangre, debiendo taparla a fin de que no malogre el motivo feliz de nuestra embajada.

(A ello se ponen varios hombres de la caravana.)

— Extranjero no sigas ahí: te desalojará y desentrañará el cornejón del desierto.

ATTILIO. — ¿Embajadores sois?

EZAEL. — De nuestro jefe Berechías, siervo de Dios, que tiene un hijo llamado Osín, en edad de casarse. Vamos a Nebrón a pedir para mujer de nuestro joven amo a Xiffa, hija de Nathalién, siendo portadores de mensajes y presentes amorosos.

ATTILIO. — Dispone de mí.

(Le toman varios expedicionarios y le acomodan en una acémila. La embajada reanuda el viaje a través del desierto. — Vuelve el derviche, descargándose la vasija que trae a la cabeza y poniéndole en su sitio. De rodillas hasta tocar con la frente la arena.)

EULOGIO. — ¡Señor Alá, ten misericordia de los hombres! ¡Señor Alá, apiádate de los hombres y no los aflijas con tus castigos! ¡Señor Alá, descarga tu cólera sobre mí y libra a los hombres de tus iras! ¡Si el desierto no es pequeño para tu justicia, aquí me tienes, Señor Alá! ¡Echame cadenas mayores y de más peso; dame más hambre y más sed de ti: prolonga en este erial mi existencia de tierra: aleja de mí el bien de la muerte!... Mira por los hombres, Señor Alá y aquíétalos, y desármalos, y hermánalos, pues que entre ellos se matan! ¡Pon paz entre los hombres, Señor Alá y cóbrate sus yerros de tu siervo...!

(El desierto toma ahora el aspecto de un campo de batalla. Irrumpe a caballo la partida de exploradores, aventando la arena, gritando ferozmente, haciendo fuego con las espingardas. El derviche, todo entregado a la oración, nada oye. Grazna el cornejón, volando bajo el azul urente, en que la enorme moneda solar tiene resaltes cegadores y como una faz burlona que procazmente pestañease. Esparce el terral la arena en combustión. Lluve lumbre. Los dis-



paros de los hombres a caballo no cesan, sonando sus gritos en el desierto igual que blasfemias de condenados. Han matado al monje — pardo borrón caído en la gran lámina amarilla —, a cuyos pies, descalzos, un chacal gusta de su muerte lamiendo sus llagas. Todo el desierto exhala aroma de sangre.)

CAIN (levantando la quijada y mirándola). — ¡La muerte de Abel que mana sangre para que haya vida! ¡Señor, detén mis piés y mis manos, que me canso de andar y de matar!...

FIN

PUYOL

## UN GRAN MEDICAMENTO

## EL AGUA



O hay una medicina para el hombre tan buena como el agua; ni tan barata, porque no es nada, ni tan abundante, porque se encuentra en casi todas partes; y sin embargo, ¡cuántos disgustos he sufrido en esta vida, como médico, para que los enfermos reciban sus beneficios.

Además el agua es un alimento de primera categoría, indispensable para mantener las funciones de nutrición y conservar la vida. Se puede vivir más tiempo sin ingerir alimentos que sin tomar agua.

Cuando hay reservas nutritivas que pueden compensar la carencia de alimentos, el ayuno prolongado no produce grandes perturbaciones, pero la falta de agua, durante varios días, es incompatible con la salud y con la vida, porque el agua se pierde de continuo a través de la piel, de los pulmones, del intestino y de los riñones, y se alteran las principales funciones del organismo.

Un caso típico que ilustra lo que decimos es el del alcalde de Cok, ciudad irlandesa, que como una protesta contra el gobierno inglés hizo la huelga del hambre durante 72 días, muriendo en su empeño. No tomó alimento alguno, pero le inyectaron líquidos que prolongaron su vida.

En un adulto joven, cuyo peso sea de 65 kilos, hay unos 43 kilos de agua repartida en los tejidos. Cuando la pérdida de agua alcanza más de un 15 %, es decir, más de seis kilos y medio de agua, y no se repone con bebidas, sueros y transfusiones, aparecen alteraciones tan graves que pueden ser mortales.

La influencia maravillosa del agua, unida a la sal, se manifiesta potente en el origen de los animales y de las plantas y en su desarrollo, en los medios marinos. Hay zonas marinas pobladas por cantidades asombrosas de animales, que se alimentan unos de otros, sin que puedan consumir más vegetales que pequeñas cantidades de algas y fungoides.

Los diversos pueblos que han habitado nuestro mundo, han relacionado siempre el agua con el origen de la vida y la causa de algunas de las grandes destrucciones de animales y plantas en las diversas épocas de la evolución de la tierra. En la mitología de los pueblos antiguos divinizaron a un Dios de las aguas, rindiendo culto al líquido elemento como fuente de la vida.

Los egipcios adoraban a Nun, al que llamaban «El viejo o primer creador», personificación del océano primordial de donde fueron sacados los elementos de la creación. Neptuno, en el culto romano, y Nereo, padre de las Nereidas o ninfas del Mediterráneo, en la mitología griega, eran representaciones del Rey divino de los mares, el infalible, bondadoso y justiciero que con el tridente levantaba las olas, hacía estremecer la tierra y gobernaba los terremotos. Pegaso era el símbolo de las lluvias torrenciales, la personificación del true-

no y con los cascos hacía saltar las aguas celestes, para fecundar la tierra, o para destruirla. En la leyenda bíblica, Jehová inunda la tierra con las aguas del diluvio, no para fecundarla, sino para destruir, en su ferocidad, a todos los seres vivientes, arrepentido de haberlos creado.

La leyenda, la mitología, y la ciencia concuerdan en asignar al agua una influencia decisiva en el origen y continuación de la vida. Dos bellos libros modernos, verdaderos poemas, se escribieron para cantar las maravillas del líquido elemento: «El Mar», de Michelet, y «El Arroyo», de Reclus.

\* \* \*

De los recuerdos de mi infancia, hay uno encerrado en lo más profundo de mi ser, que se conserva fresco como el primer día, resistiendo la acción corrosiva de los años cuando tantos otros se desvanecieron sin dejar huella alguna. Con frecuencia escapa de su prisión y se aparece reproduciendo unas imágenes tan exactas del pasado, como se me presentaron en la niñez.

Era una amplia alcoba de la casona en que nací, mal ventilada y con poca luz del sol, y en el fondo, al pie de la cama de mis padres, había una cunita, la mía, en la que me agitaba devorado por la fiebre, malito, con una de las muchas enfermedades que sufrimos en la infancia. ¡Mamá, agua!, gritaba a cada momento, hasta enronquecer, porque la sed me devoraba y me hacía sufrir horriblemente. Mi buena madre, que no se separaba de mi lado, y que nada me negaba, me contestaba compungida, elevando los brazos al cielo, como si invocara la ayuda de Dios: «No puedo darte agua, hijo mío, porque te pondrías peor y te morirías». Y tan disparatada creencia era general por entonces y, en mucha gente lo es todavía. Ni una gota de agua que calmara mi sed, ni mucho menos un baño, que me hubiera producido efectos tan saludables. Y deliraba con aquella fiebre tan alta, y en mi delirio veía todas las aguas del contorno, los pozos, las norias, los arroyos, los lagos, los ríos, que tanto abundaban en aquel lugar de Sierra Morena, y que conocía bien por mis excursiones en los campos con otros niños de mi edad. Todo el líquido elemento que yo veía era límpido, fresco, cristalino, brindándome con sus susurros un paraíso de venturas que calmara el fuego que me abrasaba como si estuviera metido en un infierno.

Mi amor a los desvalidos y las persecuciones que he sufrido, viéndome obligado a vivir en medios muy atrasados, ha sido motivo para que sostenga una lucha continua contra los errores, uno de los más funestos el desconocimiento de los beneficios del agua en las enfermedades. Hoy mismo raro es el día que no tenga que intervenir para que se les de agua a mis enfermos, que me la reclaman con palabras suplicantes. Por fortuna la verdad se va abriendo paso, y en los centros más civilizados va desapareciendo tan bár-



bara costumbre. Hace años que en el hospital de Sevilla se puso a la cabecera de cada enfermo un jarro de agua con limón, para que apagasen su sed, medida que hoy se aplica, salvo pocas prohibiciones, en todos los hospitales del mundo.

¡La sed! Los que la padecieron muy intensa no olvidaron nunca la horrible angustia que sintieron. La sensación de sed es más imperiosa que la del hambre. El hambre tenaz que se siente en los primeros días, se desvanece pronto, tres días después, y el individuo se acostumbra y la va perdiendo. Con la sed es diferente: mientras más días pasan, más fuerte es la necesidad de beber, más intensa la sensación y más molesta, y por esa razón, los individuos perdidos en los desiertos se beben su propia orina, o la de los animales que los conducen.

En una ocasión, encontrándome en la provincia de Badajoz, en una excursión que hacía para explorar unas cavernas, me perdí un día extremadamente caluroso en una zona falta de agua y tuve que arrojar a unos cerdos de un charco de agua cenagosa para apagar mi sed.

Un recién operado de hernia, en el hospital de Sevilla, no teniendo a su lado quien humedeciera sus labios, se levantó de noche, destornilló un recipiente de lata que contenía agua caliente para caldear la sala, ya enfriada de madrugada, y apagó su sed terrible hasta apurar la última gota. El infeliz murió a consecuencia de aquella imprudencia.

\* \* \*

La muerte por la sed en los seres humanos no se había estudiado hasta la época de las atrocidades nazis. Durante el transporte por ferrocarril de los prisioneros franceses a Alemania, se observó la muerte por sed, y se comprobó que se producía a consecuencia de la deshidratación general con anuria, hipertensión, delirio, depresión y coma. En la autopsia se descubrió edema cerebral con congestión venosa. El cuadro, clínico y anatómicamente, recuerda el de la muerte por insolación.

La ciencia explica la sed como fenómeno autorregulador provocado por la desecación y el aumento de la presión osmótica en ciertas células cerebrales de la región hipotálamica. La abstención prolongada de líquido o su pérdida, produce depleción del agua corporal y ésta hace aumentar la presión osmótica de los líquidos extracelulares y produce en consecuencia la deshidratación celular, pues el agua sale de las células con objeto de restaurar el equilibrio osmótico. Entonces la sensación de sed induce a reparar el equilibrio trastornado.

\* \* \*

Un adulto de 65 kilos de peso corporal necesita diariamente más de dos litros de agua, que proporcionan un gasto medio de 30 c.c. por cada kilo de peso; pero los lactantes necesitan cerca de 150 c.c. por cada kilo de peso, una vez que tienen proporcionalmente mayor superficie cutánea y mayor proporción calórica que acelera la evaporación del agua y es indispensable darles agua hervida a los niños dos o tres veces al día para que se desarrollen correctamente.

Pues bien, a muchos lactantes se les priva por completo de agua en estado de salud, y cuando están enfermos se les priva con más rigor, así que se presentan en mi consultorio agitados y llorando, y cuando se les acerca un vaso de agua, se la beben y piden más, mejorando como por encanto.

En los meses de verano el calor provoca la sed, y en vez de agua se les da la teta a los lactantes que gritan de sed y este exceso de leche provoca una sobrealimentación que a su vez disminuye la resistencia al calor.

Las necesidades de agua en los lactantes deben de satisfacerse de una manera precisa; porque la privación de agua es motivo de una rápida pérdida de peso y de una elevación de temperatura, anuncio posible de accidentes más graves.

La leche contiene 87 % de agua; la ración cotidiana que asegura las necesidades orgánicas es de 150 gramos por kilo para un niño de menos de dos meses; 125 gramos entre dos y seis meses; 100 a 120 gramos, de seis meses a un año. Así que cuando un lactante vomita o no puede alimentarse, hay que compensar la pérdida de líquido por inyecciones subcutáneas de importantes cantidades de suero.

El volumen de agua que un niño necesita está en relación con la pérdida de calorías representada por la leche ingerida; por lo tanto, los niños que se alimentan con ciertas leches calorígenas (leche seca), tienen un equilibrio hídrico que no admite ninguna falta alimenticia. En algunos de ellos, sin falta cometida, se presenta una elevación de temperatura por falta de agua; son las llamadas «fiebres de la leche seca».

En los síndromes coleriformes, cólera infantil, síndrome neuro-tóxico (Ribadeau-Dumas), que se manifiestan sobre todo por vómitos y diarrea en los lactantes, ocasionando una mortalidad aterradora, la dieta de agua durante veinticuatro horas y más es indispensable para salvar al niño, por el estado de deshidratación en que se encuentra, con frecuencia adicionada de sueros de diferente composición: suero salado isotónico (7 p. 1.000), suero de Ringer, suero glucosado isotónico, suero bicarbonatado al 12 p. 1.000 y otros. El primero es el más empleado a causa de lo simple de su preparación y de su rápida reabsorción.

Las causas del cólera infantil parece que son varias y todavía no bien dilucidadas: el tiempo caluroso, el mal método en la alimentación de los niños que maman con frecuencia de día y de noche, las leches contaminadas o adulteradas, las alteraciones del sistema neuro-vegetativo y las infecciones latentes de la faringe y de las cavidades auriculares.

Lo primero que debe hacerse en un caso de cólera infantil es poner en reposo completo el tubo digestivo por la dieta hídrica; el niño no absorbe más que agua ligeramente azucarada, y sin azúcar si el caso es grave, o una infusión de tila o té ligero. Esta dieta debe seguirse como hemos dicho, por lo menos veinticuatro horas, y cuando haya mejoría, el agua de arroz, el caldo de pollo, de legumbres, las leches preparadas. Luego sigue la realimentación, que ofrece más dificultades que detener la diarrea, siendo las recaídas frecuentes y graves. La leche de la madre o de la vaca hay que evitarla a todo trance, porque obra como un veneno.

Pues bien, es sumamente difícil en los medios atrasados que las madres acepten la dieta de agua siquiera por un día, y a pesar de todas las advertencias que se les hacen, en vez del agua que se les recomienda, siguen dando la leche al niño, como antes de caer enfermo. La muerte es la consecuencia y he presenciado con dolor grande el fallecimiento de millares de niños sacrificados por la ignorancia reinante.

Vamos a relatar un caso típico en que la ignorancia de la madre causa la muerte de su propio hijo:

El pasado verano se presentó una noche en mi consultorio una mujer llevando en sus brazos un niño de ocho meses de edad, enfermo muy grave con el cólera infantil. Presentaba los síntomas de una deshidratación aguda: ojos excavados, fontanelas diprimidas, la mucosa de la boca seca, como si el agua de los tejidos hubiera sido arrojada al exterior con el vómito y la diarrea. La fiebre pasaba de 40; la respiración rápida e irregular; la orina muy escasa; a la agitación del estado pre-tóxico había sucedido la somnolencia, presagio de mayores males. Pero el niño se reanimó notablemente con el tratamiento que le apliqué y se despertó en mí la esperanza de su salvación. Rogué a la madre volviera a la mañana siguiente y, mientras tanto, no diera por la vía bucal más que un suero que llevaba, evitando la leche a todo trance. A la mañana siguiente volvió la madre con el niño y la mejoría era sorprendente. Se conoce que había seguido mi prescripción y le recomendé que continuara con el mismo tratamiento hasta la noche, que volvería con



el enfermito; pero cuál sería mi sorpresa cuando la vi volver al anochecer con el niño muy grave. Hasta el último momento negó la mujer que le hubiera dado leche al niño, pero provocó el vómito, creyendo que mentía, y en efecto, el niño arrojó una cantidad enorme de leche que había tomado durante el día. Entonces confesó la verdad y me dijo que seguiría dándole la leche, porque no le gustaba mi manera de curar y prolongando la dieta de agua se le moriría el niño. No volví más a verla, pero supe que el niño murió dos días después. ¿Cuál fué la causa de su enfermedad? El calor arreciaba en los trópicos, y la mujer pasaba el día vendiendo unas menudencias en el mercado, confiando el cuidado del niño a una vieja sucia que lo hartaba de leche de vaca contaminada y adulterada. Por la noche llegaba la madre y lo tenía colgado de la teta hasta el amanecer. El niño murió víctima de la ignorancia de la madre, víctima a su vez de una miserable organización social.

En los lactantes la pérdida de agua es un factor de gravedad contra el cual hay que luchar rápidamente, si se quiere evitar un desequilibrio humoral irremediable y trastornos nerviosos que ocasionarían la muerte. La cantidad de líquido necesaria cada día a un lactante es aproximadamente un 12 % de su peso, pero cuando la deshidratación es profunda a consecuencia de una diarrea incoercible o de vómitos, ésta debe aumentar del 18 al 20 %, para reconstruir las reservas hídricas y compensar las pérdidas. Al agua hay que añadir algunos electrolitos, como el sodio y sobre todo el potasio, cuya pérdida contribuye al desequilibrio humoral, tratar de corregir la tendencia a la acidosis o a la alcalosis, prevenir la hipoglucemia por la administración de algunos hidratos de carbono y las carencias de prótidos y aminoácidos.

La boca es la principal vía de introducción de los líquidos para realizar la rehidratación del lactante, pero pueden emplearse la vía rectal, la subcutánea, la peritoneal, la intravenosa, la medular. Estos métodos de rehidratación son delicados y exigen muchas precauciones, realizando en los niños verdaderas resurrecciones. Ellos permiten salvar el período peligroso de ciertas diarreas graves y contribuyen con los antibióticos a una disminución notable de mortalidad infantil. Gracias a estos métodos de rehidratación, sobre todo la efectuada por vía venosa, la cirugía de los lactantes se ha transformado por completo y ha permitido las más audaces intervenciones.

\*\*\*

Decía en cierta ocasión, refiriéndome a las enfermedades hipertérmicas, es decir con fiebre muy alta, que si me pusieran el dilema de optar entre el agua para la balneación y las restantes medicinas puestas en uso, me quedaba con el agua.

La balneación metódica, calma el sistema nervioso, tonifica el corazón, estimula la respiración, favorece la diuresis, facilita la eliminación y oxidación de restos orgánicos y toxinas diversas, ejerce sobre el organismo una acción tónica y estimulante y, por fin, un descenso natural de la temperatura. Con razón decía Grasset que la hidroterapia era el mejor de los antipiréticos, y todavía más ventajoso, la mejor de los anti-infecciosos entre los antipiréticos.

Durante algunos años fui testigo de los efectos beneficiosos de la balneación en los febricitantes aplicada en el Hospital de Sevilla. El director de aquella institución, y clínico eminente, doctor Pedro Ruiz, mi entrañable amigo, hizo estudios prácticos sobre la balneación durante treinta años, con resultados sorprendentes, para llegar a las conclusiones más ventajosas. «El esfuerzo que yo he hecho, decía, durante tantos años, lo has aprendido tú en pocos días, recogiendo el fruto de mis trabajos».

Era la tifoidea por entonces endémica en Sevilla, y con frecuencia epidémica, haciendo grandes estragos en una población con una higiene muy defectuosa. Entonces no se conocían antibióticos como el chloromycetin, que ha decapi-

tado la sintomatología, las complicaciones, y abreviado el curso de la temible enfermedad; la medicación era poco eficaz, sino peligrosa dado en exceso, y no había otro recurso eficaz que la balneación, no fría como la recomendaba Brand, con resultados a veces desastrosos, sino templada y con un método que no es el caso de explicar.

La resistencia que encontrábamos a la balneación era enorme, en una ciudad católica y sucia como Sevilla. Recuerdo que con frecuencia me decían que primero dejaban morir a los enfermos que cometer la herejía de meterlos en agua con fiebre; y morían víctimas de la ignorancia reinante más que de la enfermedad. Bien tratados por la balneación, la alimentación adecuada y pocas medicinas, no recuerdo que se me haya muerto ningún enfermo de tifoidea.

Al Hospital de Sevilla llegaban todos los días enfermos de tifoidea en muy grave estado: en seguida que se les daba varios baños se mejoraban como por encanto; bajaba la temperatura, se activaba la circulación, aumentaba la cantidad de orine, se despejaba la inteligencia, la lengua, antes tostada como si la hubieran puesto al fuego, se humedecía y tomaba otro aspecto más alentador. La balneación prolongaba la vida de los enfermos y daba tiempo para una inmunización natural seguida de la curación.

Las persecuciones que he sufrido, me han obligado con frecuencia a cambiar de lugar, sobre todo en la época en que nos conducían a los anarquistas por las carreteras, y en todas partes tuve que luchar para que se bañasen mis enfermos. Estuve deportado en algunos pueblos de la región extremeña, que no tardaron en abrazar mis ideas, pero encontré muchos obstáculos para que admitieran la balneación. Había gente que pedía que curase a los enfermos sin bañarlos, cosa a la que me negué, costándoles a no pocos la vida. Pero ocurrió un episodio inesperado que contribuyó a que se aceptaran los baños, siempre que fuesen necesarios. Cayó enferma y se moría una niña enferma, hija de un sujeto acaudalado de Siruela, por cierto muy mala persona, que había intentado hacerme todo el daño posible. La abuela materna adoraba a la niña, y era una mujer tan religiosa que tenía una capilla en su casa, pero se trataba de una buena persona. Un día los tres médicos que asistían a la enfermita le comunicaron a la abuela que padecía una neumonía central y que no había esperanza de salvación. Entonces la señora despidió a los médicos y le dijo al padre de la niña, que estaba conforme con aquel pronóstico, que hiciera el favor de no intervenir, ya que también la daba por perdida, y añadió: «Tengo la esperanza que me la va a salvar ese médico revolucionario que tanto habéis perseguido y que se conduce como un nuevo Cristo».

Cuando yo entré en la sala de la enfermita, la atmósfera era irrespirable. Las puertas y ventanas estaban cerradas, una estufa en la habitación, y una lamparilla mortecina alumbraba la estancia. Además, la niña estaba envuelta en una espesa capa de algodón y la temperatura rectal llegaba a 41 grados. No había tal neumonía central, sino una fiebre tifoidea mal tratada, como se lo comuniqué a la abuela con grandes voces, porque era más sorda que una tapia. «Haga usted, me dijo, todo lo que crea necesario para salvar a mi nieta, que yo trataré que nadie le ponga obstáculos». Abrí puertas y ventanas, y un torrente de luz y de aire llevó un hálito de vida a la enfermita. Le quité la capa de algodón que envolvía el cuerpecito de la niña, y dispuse una balneación templada cada tres horas, de día y de noche, siempre que la temperatura rectal pasara de 39. Un practicante sevillano que me acompañaba se quedó en permanencia al lado de la enfermita, pues si la abuela era buena, el padre era malo y tonto y miraba con terror la balneación. La gente del pueblo que odiaba a los ricos, decía: «Es menester que la niña se salve para que triunfe el doctor, aunque se muera en otra ocasión». Y la niña se salvó y me dieron el mote de «El Salvador». Desde entonces nadie se opuso a los baños, y bañé a los enfermos en palacios y cabañas.



\* \* \*

Al final de nuestra guerra, cuando aumentaron las dificultades en la campaña, tanto por la escasez en la alimentación como por el agotamiento de los combatientes, hizo su aparición una epidemia de fiebre tifoidea en Barcelona, no muy intensa por cierto, pero de consecuencias dolorosas por el número de víctimas que ocasionó en los jóvenes soldados y las graves complicaciones cardíacas que se presentaron. La muerte o la inutilidad era el dilema que se presentó a estos desgraciados. La mayoría de los atacados fueron internados en el Hospital del Asilo del Parque, de la urbe catalana, que yo visitaba con frecuencia como miembro de un Tribunal médico militar. La fatiga, las marchas prolongadas, el hacinamiento, las emociones nerviosas, la alimentación escasa y desordenada, las aguas y alimentos contaminados, son condiciones todas que la guerra engendra y que favorecen tanto la receptibilidad como el contagio de la terrible enfermedad.

Lo que llamó mi atención, desde luego, era que todos los atacados habían recibido la vacuna preventiva contra la tifoidea, poco empleada antes de la guerra de 1914, pero que luego se aplicó con toda eficacia en los ejércitos que intervinieron en la contienda. A poco de su empleo, la mortalidad y morbilidad disminuyeron de una manera notable en los bandos combatientes. En París mismo se observó después de la guerra una disminución grande de la enfermedad en los hombres que habían sido vacunados casi en su totalidad. ¿Qué había ocurrido en Barcelona para que la vacuna preventiva resultara ineficaz? ¿Fue un defecto en su preparación o fue la consecuencia de un sabotaje? Ignoro los resultados de la investigación que se debió abrir sobre el particular.

Un día, apenado por el estado de los enfermos del Asilo del Parque, como de otro Hospital cuyo nombre no recuerdo, donde se había dado el caso de un enfermo que se arrojó por una ventana, y otro por una escalera, en el delirio de la fiebre, exponía a un grupo de médicos el método que yo acostumbraba a seguir, y al parecer no era comprendido o no se disponían a llevarlo a la práctica por los inconvenientes que presentaba la balneación de tantos enfermos, cuando de improviso se incorporó al grupo un anciano de larga barba que pasaba de los 90 años, muy alto de cuerpo, pero ya muy encorvado por el peso de la edad, sosteniéndose penosamente en un grueso garrote que le servía de ayuda. Era el Dr. Juan Manidaveitia, que a principios del siglo había yo conocido en el Ateneo de Madrid, joven y arrogante de cuerpo, defendiendo con su mente lúcida desde aquella tribuna la sublimidad del ideal anarquista, cuyo triunfo hubiera evitado a los hombres los crímenes y las desgracias que se han ido sucediendo, hasta el final de una falsa civilización. Al estallar la revolución española, el viejo anarquista, casi centenariano, dejó su cómodo retiro de París y vino como un soldado desconocido a ocupar un puesto en la lucha.

Medinaveitia se mostró resueltamente partidario del plan de curación que yo proponía, y como su opinión era por todos respetada, en el acto se dispusieron unas bañeras de metal con ruedas de madera a manera de carro, que se trasladaban con suma facilidad de una a otra cama para bañar a los enfermos, los cuales sintieron en seguida una mejoría manifiesta. Medinaveitia siguió viniendo todos los días al Asilo del Parque, uno de los lugares más bombardeado de Barcelona, pero murió poco después, cumpliendo con su deber, a consecuencia de una enfermedad de la próstata.

Aunque los años pasan, a veces me asalta la visión de aquellos salones atestados de soldados muribundos y al viejo anarquista que con paso trémulo y mirada angustiosa iba de una a otra cama prodigando su amor y su ciencia.

\* \* \*

En la República Dominicana vivía yo, en la frontera de

Haití, al pie del río Masacre, de poca profundidad, pero de agua cristalina, que se deslizaba por un túnel de verduras. Aquella gente era en extremo limpia y se bañaba todos los días; los dominicanos en una orilla y los haitianos en la otra. Estos no tenían otra ropa que un taparrabos y eran negros, hablando un francés corrompido y muy difícil de entender. Unos y otros eran enemigos irreconciliables, sin motivo alguno, sino por rivalidades de sus gobernantes. Por fortuna, aquella gente, que pasaba una parte del día metida en el agua, como las lavanderas, que lavaban dentro del río, con el líquido elemento hasta la cintura, no pusieron obstáculo a la balneación de sus enfermos; antes al contrario, la aceptaban con agrado. Sin embargo, la dieta hídrica en los niños, por falta de costumbre, la miraban con recelo, pero no ponían resistencia como en otras partes.

En México, ya fué otra cosa, y la aversión al agua era muy parecida a la de los españoles, de los que aprendieron bastantes cosas malas. Ejercí algún tiempo mi profesión en un pueblo del golfo de California, que llevaba por nombre La Cruz. No he visto en ninguna parte más borrachos que en aquel lugar que llevaba un nombre tan cristiano.

Mi primer cliente fué un niño de pocos meses de edad, gravemente enfermo con bronconeumonía; expuse a la madre el tratamiento médico a seguir para curar al niño, pero cuando le hablé de la balneación caliente (a 38 grados) alternando con las envolturas empapadas en agua a la temperatura de la habitación, todo metódicamente aplicado, la mujer apretó al niño entre sus brazos y huyó consternada, alborotando todo el pueblo y diciendo que yo estaba loco al querer remojar a un niño enfermito del pecho. Desde aquel momento no apareció nadie más por mi consultorio.

Pero se dió el caso de que a los pocos días fui llamado por la esposa de un fabricante, muy estimado en el pueblo, tanto por su posición social como por sus condiciones morales. Aquella señora era en extremo educada y pasaba largas temporadas en los Estados Unidos. Me llamaba para que le atendiera a su niño pequeño, enfermo de bronconeumonía. Cuando le expuse mi plan de curación me dijo muy complacida: «Exactamente como se cura en los Estados Unidos, y en el acto voy a bañar a mi niño ayudada por usted». Y así se hizo y el niño sanó pronto.

La noticia corrió por todo el pueblo, y no había niño enfermo que no me lo trajeran para bañarlo, además de la medicación del caso, y durante el tiempo que allí estuve, disminuyó casi por completo la mortalidad infantil.

Un día me llamaron para atender a un enfermo muy grave de bronconeumonía, el más borracho del pueblo, y cuidado que allí los había en abundancia. Tendría unos cuarenta años y estaba muy desnutrido y poco firme de la cabeza; bebía mucho y comía poco. Entre otras cosas le dispuse unas envolturas en el pecho de agua fría (de 15 a 20 grados); una envoltura de una hora cada tres horas, siempre a la temperatura de 39 grados, y la encargada de aplicárselas era una vieja india medio salvaje, pero con sentido común. Con frecuencia entraban los vecinos para enterarse de lo que ocurría, que les parecía cosa extraña, y la enfermera se lo explicaba a su manera: «Para rebajar el alcohol no hay otra cosa como el agua, y eso lo saben todos los taberneros; y a este hombre, que tanto bebía, le rebajamos el alcohol que lleva en la sangre con las envolturas de agua fría aplicadas en el pecho».

El enfermo curó, y la enfermera se hacía lenguas con los elogios prodigados a un doctor que rebajaba el alcohol en la sangre y sanaba a los borrachos, cuando antes tantos se morían, con pérdida sensible para el cantinero.

Ante las ventajas de la balneación, los pueblos acababan por aceptarla, pero por lo pronto menudeaban los disgustos para mí, teniendo que sostener una lucha en extremo amarga.

\* \* \*

El agua nos ha prestado los mejores servicios en cirugía. Mi compañera ha empleado siempre la balneación caliente



la Federación, se inmiscuyó en las ideas de los del Jura; pero lo que más tuvo que ofender a éstos fué sin duda alguna que se atribuyera aquélla la facultad de imponer por decreto una resolución que suplía escandalosamente la libre voluntad de los interesados. Además, la Conferencia tomó también una resolución semejante con respecto a su prensa.

Marx creía que estas reformas autoritarias en el seno de la Internacional serían suficientes para destruir el espíritu de «desorganización» y abriría camino a sus opiniones. Pero a pesar de toda su sabiduría y del valor de sus concepciones adolecía de ser demasiado táctico; lo que obtuvo fué que otros círculos de la Internacional se pusieran del lado de los «perturbadores». Por medio de una conferencia amañada y por la elaboración de sendos decretos creyó poder eliminar lo que era una fatalidad orgánica. Había pretendido hacer algo que en el fondo contradecía su propia teoría, y que consideraba la superestructura jurídica o su base principal como consecuencia de unos cimientos orgánicos. Y se equivocaba al creer que Bakunín fuese la causa de aquel espíritu que se manifestaba especialmente entre los del Jura.

Ciertamente, Marx era el gran analítico de la sociedad burguesa, pero no conocía el espíritu de la Internacional, o mejor dicho, conocía solamente una parte de este espíritu y pensaba eliminar la otra, la contraria, anulándola por decreto. Consideraba a ésta una de las causas de dispersión de la Internacional, pero tan profundamente arraigada que nada podían con ella los decretos. Marx no pudo considerar esa crisis como verdadero marxista. En él, al lado del marxista científico se hallaba todavía el rebelde político o jacobino, y este aspecto de Marx era un corrosivo que aceleraba la desorganización muchísimo más que las concepciones de Bakunín, que hubieran podido coexistir en el seno de la Internacional con un poco de habilidad por parte de Marx.

### TRES TIPOS DE LUCHADORES

Si comparamos entre sí a los tres elementos de la polémica: Marx, Bakunín y Guillaume, veremos diferencias muy fundamentales. En virtud de su enorme perspicacia, aplicación y erudición, Marx ha encontrado una verdad distinta. Esta es para él el punto central desde el que lo critica todo y a todos. No hay dudas para él. No puede imaginarse que su verdad sea determinada, también, por factores individuales. Alrededor de esta verdad agrupó en un trabajo de años las apariencias del mundo exterior. Su sistema lo extrae del mundo. Forma su posición, una posición imaginativa que influencia —según el término técnico de los psicólogos— la opinión. Su pensamiento va de la noción a la contemplación. En análisis profundos y cortantes ha demostrado este mismo proceso en otras personas y en la sociedad, indicando que cada proceso psíquico representa una consecuencia de la clase. Pero su fuerte voluntad no le permite idéntico análisis científico del conocimien-

La sublevación parisina del 4 de septiembre, que derrotó al imperio, dejó creer por un momento que el pueblo había ganado la batalla revolucionaria y que este triunfo galvanizaría a toda Francia. Los informes procedentes de París indujeron a los del Jura a la creencia de que se trataba de una verdadera revolución del pueblo. En consecuencia, fiel a su convicción y no menos respetuoso con sus obligaciones, el órgano «Solidaridad», de Neuenburg, publicó un manifiesto que propiciaba la necesidad de armarse rápidamente y ponerse en marcha, pues había llegado la hora del sacrificio de la propia vida por la libertad de la clase obrera. Cuando ya estaba impreso y expedido el manifiesto, se enteraron por los periódicos y por telegramas recibidos de que el movimiento no lo dirigía la Internacional; de que el poder gubernativo estaba en manos de los parlamentarios izquierdistas y del orleanista Trochou.

Utín aprovechó este error de los del Jura, provocado por un falso informe, para desatar sus diatribas, motejando a los primeros de defensores de la república burguesa y antisocialista. Esta campaña fué acometida no sólo desde la propia prensa sino mediante los periódicos burgueses, a base de injurias que no podemos transcribir sin rubor. Al mismo tiempo declaraban Utín y los suyos su neutralidad con respecto a la guerra y frente a la revolución social.

Los del Jura fueron presos de un nerviosismo febril cuando después de los levantamientos de Lyon y Marsella comenzó la revolución en París. Sentíanse impulsados por la ambición de realizar su programa federalista y antiestatal. Enviaron a la capital de Francia a varios emisarios a fin de percartarse de la naturaleza del movimiento. Y con objeto de ayudar a los comuneros recaudaron dinero y proyectaron una concentración de varios miles de hombres, en su mayoría gari-baldinos, que debían partir armados en dirección de Lyon. Todos estos proyectos no dieron resultado. Pero aun a sabiendas de que no se trataba del comienzo de una revolución social, presintieron todo el alcance de los acontecimientos, y vacilando entre la duda y la esperanza, siguieron al día el desarrollo de la «Commune».

### HUNDIMIENTO DE LA «COMMUNE»

El 21 de mayo de 1871, por traición, los de Versalles penetraron en París. Después de luchar durante siete días contra el enemigo a extramuros de la ciudad, comenzaron los combates en las calles, no menos heroicos, pero sin esperanza para los comuneros de la capital. La flor del socialismo europeo y de la revolución fué destruida. El pasado había vencido de nuevo al futuro. Los revolucionarios de toda Europa, al conocer esta noticia, vivían los peores de sus días. No sólo la idea sufría una derrota, sino que sus más próximos y mejores hermanos, los seres más queridos, en gran cantidad, dejaban de existir para siempre. Eran días interminables. Hora a hora llegaban las más terribles noticias. Con las personas moría



la fe en la revolución. La vida parecía perder su sentido. Todo era pena, tristeza y vaciedad infinita. Sólo los que no habían vivido de cerca aquel desastre se atrevían a pronunciar la palabra «Commune». Los supervivientes no se atreverían ya a pronunciarla. Los creyentes hasta entonces en la revolución habían quedado aterrorizados. Toda la vida, todo el sentido humano huyó de ellos. No había ya luz que los iluminara ni calor capaz de tonificarles. Tan apáticos eran ante la vida que la esperanza se extinguió en ellos: unos, petrificados por decenios; otros, muertos en vida. Y lo que ocurría con los individuos ocurría también con el proletariado francés. Pasó mucho tiempo para que despertara éste de nuevo lentamente. Pero desapareció la fe en la proximidad de la salvación en cuanto al proletariado europeo, especialmente cuando empezaron a llegar las noticias de la derrota y se leyeron los telegramas sobre las matanzas que organizaban los de Versalles.

James Guillaume no pudo contenerse y rompió en un desesperado sollozo. Bakunin, considerando menos la tristeza horrible que el heroico valor desplegado, golpeó con su bastón sobre una mesa y exclamó: «¡A fin de cuentas esos son hombres!» Marx, tranquilamente, escribió un folleto corto y bueno, pero un poco abstracto, sobre «La guerra civil en Francia». Del mismo decía Bakunin: «La impresión de la sublevación comunista era tan grande en todos los sitios que hasta los marxistas, cuyas ideas habían sido despreciadas por los rebeldes, se vieron forzados a quitarse el sombrero. Hacían más: en contra de toda lógica y de sus propias creencias hacían suyo el programa de la «Commune». Disfraz raro y violento. Tuvieron que hacerlo pues de lo contrario hubiesen sido abandonados por todos. Tan enorme había sido la pasión que esta revolución provocó en el mundo».

Perron, Guillaume, Schwitzguebel, Janneret y algunos más organizaron la ayuda a los refugiados. Bakunin regresó a Locarno y continuó trabajando en su libro y en su programa. Marx elaboraba la conferencia de Londres y preparaba un gran golpe contra los bakuninistas. Creía que el tiempo trabajaba en su favor y que obtendría la victoria definitiva sobre Bakunin y sus ideales porque «el eje del movimiento obrero se había desplazado de Francia a Alemania». Y en el cuerpo de Alemania no había ni una sola vena por la que circulara sangre de Bakunin.

#### DISOLUCION DE LA ALIANZA EN GINEBRA

Durante la guerra francoprusiana prosiguió la intriga antibakuninista. A propuesta de Utin (13 de agosto de 1870) la sección central de la Internacional ginebrina expulsó a Bakunin y a tres de sus amigos, y el Congreso que la Internacional debía de celebrar en 1870 fué retrasado por Marx que temía que la influencia de Bakunin pudiera conseguir la supremacía, pues el primero sabía que los belgas, españoles e italianos apoyarían a su adversario, inclinándose por el federalismo.

«como simple medio», no teniendo ninguna idea de la importancia especial que Marx y sus fieles dieron a estas palabras».

Pero Marx y Engels habían decidido aprovechar la Conferencia de Londres para dar una interpretación particular a este texto, que significaría sancionar su táctica y la designación de sus adversarios como herejes y falsificadores de los estatutos. Por esto impusieron a la Conferencia una resolución concebida en estos términos: «Considerando que el proletariado, como clase, sólo puede enfrentarse con éxito con la fuerza colectiva de las clases poseedoras cuando se constituye en partido político específico, en oposición a todas las viejas formaciones de partido de las clases poseedoras, entendemos que la constitución del proletariado en partido político es necesaria para asegurar el triunfo de la revolución social y de su fin: la eliminación de las clases. Que la unión de las fuerzas obreras, impelida ya por las luchas económicas, tiene que servir también como palanca para esta clase en la lucha contra la fuerza política de sus explotadores. La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional que en el período de la lucha de clases las actividades políticas y económicas se hallan unidas de forma indisoluble».

Según Guillaume eran los conceptos de Marx y de los blanquistas que se habían unido en la Internacional. Marx quiso estrechar todavía más estos cimientos y constreñir a la Internacional a una doctrina fija con una táctica uniforme: la de la lucha electoral con miras a la conquista del poder político. Al mismo tiempo el Consejo General debía ser alterado, y se le impondría una dirección autoritaria con misión de velar porque la doctrina fuese mantenida en toda su pureza a la que todos los miembros de la Internacional debían supeditar sus acciones.

Entre las resoluciones de la Conferencia, que venían a fortalecer el poder del Consejo General, se hallaba esta: «El Consejo General puede fijar el lugar y fecha del próximo Congreso de la Internacional o de una Conferencia que lo sustituya». Esta resolución, que daba potestad al Consejo General para suprimir los Congresos, agitó, naturalmente, a los adversarios de Marx.

Engreído en su papel de «procurador general», Utin había ido reuniendo desde hacía tiempo abundante material contra Bakunin. Y quisieron entonces atacar a éste resueltamente. Utin recibió la consigna oficial de hacer un resumen del proceso de Netschajef para gobierno del Consejo General. Debía, pues, extraer de este proceso cuanto pudiera emplearse contra Bakunin. Con los del Jura fueron más suaves. Invitaron a los «buenos» a unirse a la federación romana. En caso de que la unión sea posible —decía la resolución— «la Conferencia decreta (!) que la Federación de las secciones del Jura se llame Federación Jurasiana».

Una tal federación con el mismo nombre había sido ya propuesta por el órgano de los del Jura en 1870. Pero la realización había sido retrasada como demasiado prematura. Cuando la Conferencia de Londres «decretó» la formación de



por el motivo de esta omisión, se le contestó: «Que se había evitado el dar a la Internacional la apariencia de un partido político, lo que hubiera servido a la policía imperial de pretexto para suprimir la Asociación». Esta declaración fué estimada suficiente por el Consejo General. En el primer Congreso general (Ginebra, 1866), los estatutos provisionales fueron aceptados definitivamente en tres lenguas por 46 delegados de la Internacional: los cinco delegados del Consejo General (3 ingleses, 1 suizo y 1 alemán votaron según el texto inglés); los 18 delegados de las secciones francesas y los 14 de las de Suiza romana votaron según el texto francés de París; 9 delegados de lengua alemana (Suiza alemana y Alemania) votaron según la traducción alemana, hecha por Marx. En aquel momento nadie vislumbró (aparte de 3 ó 4 expertos del Consejo General) la existencia de una discordancia entre el texto francés (aceptado oficialmente por el Congreso como los otros dos) y el original inglés.

Por otra parte el error subsistía solamente hasta marzo de 1870. Como en aquel tiempo las secciones de París tenían que publicar una nueva edición de los estatutos generales (la primera estaba agotada), Lafargue insinuó a Robin (encargado de hacer las correcciones) que las palabras inglesas «as a means» se tradujeran de la siguiente forma: «comme un simple moyen» (como un simple medio). No concediéndole ninguna importancia al hecho, Robin se apresuró a cumplir la insinuación de Lafargue. Así, en la nueva edición de París, los estatutos adoptaron la forma siguiente: «Que pour cette raison, l'émancipation économique des classes ouvrières est le grand but auquel tout mouvement politique doit être subordonné comme un simple moyen».

En Francia y en la Suiza romana se imprimió en esta forma, desde 1870, el citado párrafo. Bakunín mismo lo citaba así en julio de 1871 en su famosa «Respuesta de un internacionalista a Mazzini». Los del Jura vieron solamente en este texto una declaración sobre la subordinación del movimiento político al económico. Su periódico «Solidaridad» había escrito, comentando este texto (23 de julio de 1870) lo siguiente: «Hemos supeditado el movimiento político de tal manera al económico que hemos resultado no preocuparnos ya más de la política nacional. Lo mismo hacen los belgas, los franceses, los españoles, los italianos, los austriacos y los rusos. En cambio, nos parece que los de Ginebra subordinan el movimiento económico al político, y esto es un quebrantamiento notorio de los estatutos».

James Guillaume escribe en su «La Internacional»: «Estábamos muy lejos de pensar que algún día cualquiera pudiera interpretar las palabras «as a means» de otra manera, afirmando descubrir en ellas que indicaban a los socialistas el deber de hacer política electoral so pena de exclusión. Además, aceptando en 1870-71 la versión del Consejo General sobre el tercer apartado de las deliberaciones, habíamos demostrado suficientemente que no concedíamos ninguna importancia a la presencia o ausencia de las palabras «como medio» o

De una carta de Marx se desprende que ordenó a sus amigos rusos comenzar la lucha contra Bakunín por medio de un folleto virulento.

Sabemos que la sección ginebrina de la Alianza había sido aceptada por el Consejo General en el seno de la Internacional (18 de julio de 1869) y que fué representada por un delegado en el Congreso de Basilea. También es sabido que su petición de ingreso en la federación romana fué la causa o mejor el motivo de la escisión en dicha federación. En aquel momento Utín y los de Ginebra hubieran preferido liquidar también la Sección de la Alianza dentro de la Internacional. Y a pesar de que la Sección de la primera aducía pruebas documentales, negaban que aquella hubiese sido admitida por el Consejo General. Utín y sus consortes afirmaban cínicamente que la carta del secretario del Consejo General, de 26 de julio de 1869, y la del secretario por Suiza, de 25 de agosto del mismo año, eran apócrifas. Esto era un poco fuerte, pero no fué óbice para que el Consejo General adoptara una oposición un poco rara sobre este asunto.

Cuando por mediación de Pablo Robin la sección de la Alianza pidió al Consejo que aclarase la legitimidad de las cartas en que se confirmaba el ingreso, éste primeramente retrasó mucho tiempo la respuesta, dándola después tras fuerte presión.

Pero los miembros de la Alianza creyeron que eliminarían una discrepancia innecesaria disolviendo su sección voluntariamente y sin discusiones. Lo hicieron después de haber recibido del Consejo General la declaración de que habían sido aceptados regularmente en la Internacional. Eso demuestra lo tolerante que era aquella gente. Así desapareció, el 6 de agosto de 1871, la sección de la Alianza.

Desde el Tesino, Bakunín conoció el proyecto de disolución por mediación de una carta. Se enojó mucho y fijó su posición con las siguientes palabras:

«¿Creéis verdaderamente que la Internacional ha llegado a tal punto que no pueda vivirse en ella, respirar y actuar, si uno no se rebaja, no se hace el diplomático, minimiza su valor e intriga? Si fuese así tuvo que ser disuelta hace tiempo como una organización burguesa, carcomida por el espíritu burgués. Pero ne queremos ofenderla de esta manera. No es la Internacional, sino nosotros que hemos sido malos y cobardes. Convencidos de nuestros derechos hemos callado como prudentes y mártires, y sin embargo tuvimos que emplear la argolla. Esta es la política del señor Jesucristo, la política de la paciencia, de la libre degradación, el perdón a las ofensas. ¿Ennoblecen esto a nuestros enemigos? De ninguna manera. Aprovechan la ocasión para ofendernos aun más y calumniarnos. ¿Qué debemos hacer? Sólo nos queda un camino: librar el combate a la luz del día».

Cuando la carta de Bakunín llegó a Ginebra la sección de la Alianza ya estaba disuelta. En su lugar se creó, un mes más tarde, la nueva sección de la Internacional con el nombre de Sección de Propaganda y acción revolucionaria, fundada por



antiguos afiliados de la Alianza y por supervivientes de la «Commune».

### LA CONFERENCIA DE LONDRES

(17-23 de septiembre de 1871)

Violando toda norma, en lugar de convocar a un Congreso General de la Internacional (en septiembre de 1871, en Londres o en alguna otra ciudad, pues no había tenido lugar ningún Congreso desde 1870), el Consejo General convocó a una Conferencia, a puerta cerrada, de delegados muy cuidadosamente elegidos que respondían a unos grupos de la Internacional. Se convocó para el 17 de septiembre en Londres. Su objeto era tomar posición definitiva sobre los conflictos pendientes. Los del Jura no fueron invitados. Supieron que tenía lugar por otro conducto. Y una proposición entre las secciones del Jura para enviar, a pesar de todo, un delegado, obtuvo resultado negativo. Especialmente por razones económicas. En vista de ello, el Comité dirigió una carta a la Conferencia. Reproducimos las fases más importantes:

«(1) Tomar posición contra una Federación sin darle oportunidad para defenderse contradice las reglas más elementales de la justicia.

«(2) Una resolución en el sentido de anular nuestra Federación tendría las peores consecuencias para la existencia de la Internacional en nuestra región.

«(3) Sólo un Congreso de la Internacional, convocado según los estatutos, es lo competente para decidir sobre un asunto de tal importancia como es la expulsión de la federación romana.

«En consecuencia pedimos que la Conferencia declare simplemente que el Consejo General tiene que llevar a cabo una investigación seria sobre el conflicto de la Federación romana para presentarla al próximo Congreso de la Internacional».

La Conferencia de Londres fué un ensayo para hacer de la Internacional propiedad privada de Marx y de sus amigos, y presentar a Bakunin y a todos los que disientían de la ortodoxia marxista como verdaderos ilusos. Bajo esta premisa fué proyectada la Conferencia. Y en previsión de que surgiera en ella alguna voz desentonante se adoptaron resoluciones anticipadamente, y se aseguró el Consejo General una mayoría. Marx contaba con 13 miembros contra diez. De este modo, como dice Jaekkh, la Conferencia pudo trabajar con energía. Al comienzo, un miembro francés del Consejo General defendió a los del Jura; pero su oposición fué acogida con tal hostilidad que no persistió mucho tiempo en su actitud. Más tarde, este delegado fué excluido formalmente del Consejo so pretexto de ofensa a la Conferencia. Después de este incidente la Conferencia pudo proseguir sus tareas con tranquilidad y plegarse a las concepciones de Marx. La redacción de los acuerdos sería obra del Consejo General al que la Conferencia otorgó carta blanca para esa tarea. La Conferencia expondría solamente el sentido de los tales acuerdos.

Para los marxistas tenía mucha importancia que el Consejo General fuese respaldado una vez más y de una manera decisiva. Según Jaekkh, «para oponerse a todas las tendencias disgregadoras Carlos Marx estimaba necesario condensar la organización mediante un centralismo potente y que fuesen precisados al mismo tiempo los poderes del Consejo General, los de los Consejos Federales y de las Secciones. Con esto se atribuiría el Consejo General aun más poderes con vistas a las organizaciones rebeldes, mayores que los otorgados por el Congreso de Basilea, por demanda entonces de Bakunin y sus amigos». «Solamente —concluye— se es traicionado a fondo por los amigos». Lo que el historiador marxista de la Internacional (Jaekkh) dice aquí, podemos verlo confirmado, palabra por palabra, por James Guillaume. Es lo que en la vida regular se llama autoritarismo. Que Bakunin hubiera intercedido en Basilea a favor de Marx no contradice que éste estuviera persuadido de la necesidad de un Consejo General fuerte para reinar sobre los miembros de la Internacional. Y, naturalmente, todo en interés de la «buena causa». Nadie le negará esto. Todos los déspotas iluminados han actuado así. Y, no obstante, sus actos no corresponden a sus propósitos de buena fe.

Marx era partidario acérrimo y convencido de la acción político-parlamentaria, y consideraba como una falta grave, como un error mayúsculo en Bakunin y sus amigos del Jura que se abstuvieran de votar. Por lo demás, los congresos anteriores habían recomendado la acción política. En los estatutos de la Internacional había sido determinado «que la emancipación económica del proletariado es la gran finalidad a la cual toda acción política debe ser subordinada como simple medio».

En la lucha, ambas orientaciones concedían a la interpretación de este punto una gran importancia. Por ello, y aun a riesgo de aburrir al lector, tenemos que repetir la historia detallada de este párrafo.

Los estatutos de la Internacional, reeditados en inglés, en Londres, en octubre de 1864, por el subcomité del que Marx era la principal figura, encerraban la consideración siguiente: «Que la emancipación económica de la clase obrera es la gran finalidad a la cual tiene que estar subordinado todo movimiento político como simple medio (*as a means*). Esto quiere decir que la sujeción del obrero bajo el monopolio de los medios de trabajo es la causa de la esclavitud, de toda la miseria social, de la degradación espiritual, de toda dependencia política.

Cuando en diciembre de 1864 el Comité de París publicó una traducción francesa, omitió la frase inglesa «as a means», y la redacción recibió la forma siguiente: «Que por esta razón, la emancipación económica de los trabajadores es la gran finalidad a la cual todo movimiento político tiene que estar subordinado» («que pour cette raison l'emancipation économique des travailleurs est le grand but auquel doit être subordonné tout mouvement politique»).

Cuando el Consejo General preguntó al Comité de París



en las heridas y úlceras de las extremidades, mal atendidas e infestadas, con aspecto repulsivo y olor nauseabundo. Con un baño caliente de agua hervida simple, mañana y tarde, de media a una hora de duración, el aspecto de la lesión cambia por completo; la mejoría es notable y se pone en vía de curación.

Cuando por vez primera me llamó la atención sobre la mejoría experimentada por estos enfermos que trataba por la balneación caliente, le hice leer un capítulo de las «Leciones clínicas de Cirugía», del Dr. Reclus, que llevaba por título «El agua caliente en Cirugía».

El famoso cirujano, que profesaba nuestras ideas, como todos sus hermanos, exponía con pluma maestra sus experiencias sobre esta materia, que cualquiera puede repetir si se encuentra con uno de estos enfermos.

\* \* \*

La aversión al agua no era sólo en los enfermos, sino en los que gozaban de buena salud. En la católica España, y sobre todo por tierras de Andalucía y Extremadura que recorrimos, donde las casas carecen de sala de baño, muchas gentes ni se bañaban, ni apenas se lavaban el cuerpo que llevaban en extremo sucio. Todavía hoy en México me traen con frecuencia niños enfermos que no se lavaron desde que nacieron. Les receto una untura cualquiera, para que se la apliquen al exterior del cuerpecito, pero les recomiendo al mismo tiempo que antes se les dé un baño tibio jabonoso, para que, una vez limpia la piel, les haga efecto la medicina, que por otra parte no sirve de nada a no ser pretexto

para el baño. Este procedimiento tengo muchas veces que aplicarlo en personas mayores que se presentan muy sucias.

Acerca de la suciedad del cuerpo por falta de lavabos y de baños me contaron una vez este sucedido, en el pueblo de Azuaga, de la provincia de Badajoz:

Un ricachón de aquel pueblo cayó enfermo con unas fiebres que se prolongaban demasiado, y como la familia tenía mucho dinero, hizo venir de Madrid al famoso médico doctor Juan Bravo, hombre de mucha ciencia y desparpajo. Después de un examen detenido del enfermo, preguntó Bravo al médico de cobecera qué creía que padeciera aquel hombre. Le indicó la enfermedad que tenía según él, y el médico madrileño le dijo que estaba equivocado. Citó otras enfermedades y siempre la misma respuesta del Dr. Bravo, hasta dejarlo desconcertado. Entonces dijo don Juan Bravo, con voz reposada: «Este enfermo es un verdadero cerdo que no se ha lavado desde que nació. Hay que darle un baño jabonoso caliente, y con un cepillo levantarle un dedo de costra que tiene. Entonces la piel recobra sus funciones naturales y la fiebre desaparecerá como por encanto».

En el acto se bañó al enfermo, como aconsejaba el doctor Juan Bravo, y al día siguiente desapareció la fiebre que tanto preocupaba a sus familiares y al médico de cabecera.

\* \* \*

¡Cuántos hombres huyen del agua y de la luz, las dos grandes maravillas del universo, y viven sucios de cuerpo y negros de intelectual!

Pedro VALLINA

# LOS ESPERANZADOS

## *Pieza dramática en un acto*

PROEMIO EN TORNO A LA BUSQUEDA DE UN TITULO:

**S**I, «Los Esperanzados». Porque, ¿qué es la vida? A mi entender la gran definición de la esperanza. La Humanidad vive y pugna eternamente en pos de un mejor futuro y es en la esperanza donde encuentra lenitivo e inspiración. Esperanza eterna es el amor, lo son las ideas; todo ello envuelto en el turbión de la pasión. Por eso «Los Esperanzados» son un canto del hombre eterno por lograr un mundo más perfecto. más ideal. ¿Podrá conseguir la meta anhelada? Ese es el gran misterio jamás revelado y quizás lo más maravilloso de la esperanza y lo que hace que el presente, aunque prometedor, sea sólo una antesala del fascinante devenir.

En «Los Esperanzados» el amor triunfa sobre la muerte; el ideal frente a la depresión de la derrota. La vida rompe diques y anuncia lo incontenible, lo vital.

En «Los Esperanzados» está la espera fructuosa, no el recuerdo negativo; está la conciencia hermanándose con el arte. Abramos, pues, el pórtico de la atención, pero sed cautos, en la esperanza está también la tristeza y el dolor que son parte de la vida, revulsivo trágico de una comedia no terminada, pues cuando parece que va a fenecer revive como el ave fénix.

### LOS PERSONAJES:

JORGE VALLADOLID.—REVOLUCIONARIO SENSATO, VALIENTE, ALGO ESCEPTICO.

EDUARDO ALPUENTE.—SU MUNDO SE ENSANCHO CON EL VIAJE.

ROBERTO RUIZ.—EL CAMINO DE LA CONCIENCIA FUE SU RECORRIDO.

ALBERTO CAMPOS.—NO TERMINO DE COMPRENDER.

GEORGETTE MAUROIS.—LA MUCHACHA QUE ODIABA LA MUERTE.

JULES ALBERT.—UN FRANCES UNIVERSAL.

LA PORTERA.—UN PERSONAJE INSIGNIFICANTE.

### EPOCA ACTUAL

#### ACTO UNICO

Una habitación sencilla. En el fondo del escenario—centro—un amplio ventanal desde donde se ve una gran parte

de París. Mobiliario reducido a lo indispensable: cuatro sillas, una mesa... Es de noche; desde la ventana se verán brillar muchas lucecillas y se oteará—a distancia—la Torre Eiffel. Al levantarse el telón, la escena permanecerá a obscu-



ras; una puerta se abrirá en el lateral izquierdo, después de oírse el ruido característico de la llave en la cerradura. Penetrará en escena una señora de edad madura (*es la portera del edificio*) y encenderá la luz...

### ESCENA I

La portera, Jorge, Alberto, Eduardo, Roberto y Jules.

Portera.—Pasen ustedes, señores. (*Penetran Jorge, Alberto, Jules, Eduardo y Roberto.*) Desde luego no es una gran habitación, pero es céntrica y barata. Al fondo tienen ustedes un pequeño cuarto que pueden improvisar como dormitorio. También podrán hacer uso del baño, que es común y está al fondo del pasillo, por el que hemos entrado. Espero que decidan pronto. Ustedes saben lo escasa que está la vivienda en París... (*Todos permanecen en silencio. Jules, apartado del grupo, contempla el panorama que se divisa desde la ventana.*)

Jorge.—¿Es el último precio, madame...?

Portera.—No puedo bajar un franco más. Supongo que no será gravoso para los señores, dado que van a vivir todos aquí...

Jorge.—Eso, señora, es cuenta nuestra. (*Se vuelve hacia sus compañeros que asienten con la cabeza.*) ¿Estais de acuerdo...? Bien, señora; puede usted considerarnos como inquilinos.

Portera.—Espero que les guste vivir aquí. (*Entrega a Jorge una llave.*) La llave... (*Va a retirarse y se vuelve.*) Si los señores desean algo pueden llamarme... (*Se va.*)

Jorge.—Gracias, señora.

### ESCENA II

Jules, Alberto, Jorge, Eduardo y Roberto.

(*Alberto y Eduardo están, con Jules, en la ventana. Roberto se ha sentado en una silla. Jorge ve cómo se retira la portera y vuelve la mirada al grupo que está en la ventana.*)

Jorge.—¿Qué me dices Jules? ¿Te gusta el cuarto?

Jules.—(*Volviéndose.*) Está bien, Jorge (*señalando la ventana*). Por cierto que, desde aquí, se ve una hermosa porción de París. (*Se queda un poco pensativo.*) Poco hace que estáis en él y, naturalmente, no podéis amarlo como lo amo yo, pero sé que os penetrará en la médula. Tiene algo esta ciudad de universal...

Roberto.—Comprendemos, Jules. No en balde la lectura de los románticos, los hechos históricos. Todo parece impregnado de...

Jorge.—(*Lo interrumpe riéndose*) «... de idealismo y... gasolina. El tránsito es inmenso. Por cierto, Jules, ¿el trabajo de que me hablaste?

Jules.—(*Se sienta en una silla.*) Me concretaron una cita; de ella puede ser que logremos algo factible. Tú dominas bien el francés y ello puede serte de ayuda inestimable... También avisaré a los compañeros. Les interesará saber que estáis aquí...

Jorge.—(*Asintiendo.*) Muy bien. Por lo pronto lo mejor será que arreglemos esto. (*Se levanta y pasea por la habitación en tanto que Eduardo se aproxima a la mesa con Alberto.*)

Eduardo.—Estaba pensando en lo que decía Jules de París. En verdad es encantador. Mi tierra es Castilla y de Castilla la de la soledad: Soria. Yo no creía que hubiera más que los altozanos cubierto por la mies y los castillos añosos...

Roberto.—(*Sonriendo.*) Mira, Eduardo, todos nos volvemos poetas si nos dejamos arrastrar por los recuerdos. Ahora que nos hablas de Soria y sus soledades, aquéllas de que nos hablara Machado, pienso que algo ha adelantado la humanidad. Los castillos empleados otrora por los caballeros que siguieron el camino del Cid, se emplean ahora para pedreas entre los mozalbetes que juegan (¡qué pequeños son...!) a la guerra...

Jorge.—(*Sin dejar de pasear.*) Sí, pero ahora existen otros

castillos: las comisarias de policía. ¡Pobre España! De los mandobles medievales a las cachiporras de hule de la policía, a los tormentos más horribles y... ¿en nombre de quién?

Roberto.—Nos estamos poniendo muy dramáticos y creo (*levantándose y dándole una palmadita en el hombro a Eduardo*) que lo mejor será ir por las maletas. (*Salen lateral izquierdo.*)

Jules.—Bueno..., espero que estéis bien aquí. Vendré a veros frecuentemente en vuestro nuevo cuartel general. (*Rien todos.*) Y... te lo digo seriamente, Jorge: París penetrará en vosotros con el tiempo. Eso no quiere decir que olvidaréis España. Tampoco la olvido yo. Es imposible. (*Se retira lateral izquierdo.*) Hasta mañana.

Alberto.—¡Por fin en París!... He anhelado tanto este momento... tenía ganas de salir del ingrato terruño... (*Jorge se le queda mirando en silencio al tiempo que vuelven de la portera, con las maletas, Roberto y Eduardo.*)

### ESCENA III

Alberto, Jorge, Eduardo y Roberto.

(*Después de dejar las maletas, Eduardo se va a sentar junto con Jorge; Roberto queda de pie, fumando, y Alberto se levanta para ir a la ventana, donde se reclinó.*)

Jorge.—Hénos aquí en París. Voy a procurar encontrar trabajo pronto. Confío que saldrá bien el asunto de que hablaba Jules y entonces, salvo algo mejor que encontréis, podremos arreglarnos...

Roberto.—Mañana iremos a la Asociación. Parece que hay reunión. Se sugería por parte de la Comisión, según me dijeron unos compañeros, la necesidad de organizarnos inmediatamente. Los acontecimientos en España pueden surgir de un momento a otro y no pueden tomarnos desprevenidos...

Eduardo.—Todo se andará... todo se andará. Conozcamos el terreno que pisamos...

Alberto.—(*Se vuelve repentinamente y va hacia la mesa radiante.*) Si, Eduardo, todo se andará. Por lo pronto estamos en París y sería agradable explorarlo. Lo sentía por las lecturas y ahora presiento que, pese a todo, será una revelación.

Roberto.—Por lo que a mí atañe, ya sabéis que sólo tengo un deseo... Por favor no me llaméis dogmático; odio esa palabra. ¡Pienso en España! A veces... mi hondo sentido universalista se rebela por expresar de manera tan simple mi concreción, mi objetivo. En otras ocasiones, francamente, me siento bien por pensar así. Es como si desde mi interior recibiera estímulo. Yo creo (*se sonríe*) que es el regusto de la solera que llevamos en nosotros.

Jorge.—(*Pensativo.*) Comprendo, Roberto; (*se vuelve hacia Alberto*) también te comprendo a ti... (*Habla como abstraído.*) No se trata de un sentido abstracto o simplemente estético: es la actitud de un idealista. Y no pienses que tu amor por España (*se fija en Roberto*)—no simple como tú lo llamas—te indecapa para comprender a la Humanidad. Porque, me pregunto ¿qué es España? ¿No es un universo humano más, dentro del grupo inmenso de universos morales y humanos que pueblan la Tierra?...

Alberto.—(*Con cierta impaciencia.*) Es necesario que filosofemos. ¡Buen porvenir se nos espera en París!... Ese «regusto» a la solera a que aludía Roberto no nos va a dar «gusto» al estómago. Por mi parte, caballeros, voy a ver qué nos puede dar la gran ciudad...

Eduardo.—(*Con ironía.*) Alguien tenía que ser materialista en esta pequeña sociedad. Mañana veremos cómo se comporta la ciudad «Luz» con nosotros. Mientras tanto seremos... (*se queda un rato pensando*) seremos «los esperanzados». Unos más en el cortejo de la esperanza por una tierra más comprensiva. Algo positivo en lo inmensamente negativo del destino de nuestras Españas...

Alberto.—¡Bah!... Bueno, vamos a preparar las camas. ¿Vamos, Roberto... vamos, Eduardo?... (*Dirigiéndose a Jorge.*) A ti no te precisamos (*se ríe*); puedes seguir pensando en los



«universos morales». (Los mencionados se levantan y se van los tres por el lateral derecho.)

Jorge.—(Saca unos papeles para escribir y habla consigo mismo.) «En lo inmensamente negativo que es España.» Tiene razón Eduardo. Pero hay algo que nos impele a ser perseverantes... (Se pone a escribir.)

#### ESCENA IV

Georgette Maurois y Jorge.

(Ha pasado un pequeño lapso de tiempo. Jorge escribe. Lllaman en la puerta. Jorge se levanta y abre.)

Jorge.—(Al abrir, lanza una exclamación de asombro.) ¡Georgette!... ¡Mi dulce Georgette!... (La abraza.)

Georgette.—Ah, Jorge... Jorge querido. (Se quedan unos momentos contemplándose.) ¡Cuánto he pensado en tus andanzas... en nosotros; aquellos trágicos días en Barcelona... en Caspe... en Lérida...

Jorge.—¿Cómo supiste mi llegada a París y la dirección de esta casa, si hace apenas una hora que nos instalamos?...

Georgette.—Me encontré con Jules en uno de los boulevares cercanos. Me dió la sorpresa: habías llegado junto con otros compañeros. (Se oyen ruidos de voces en el interior.) ¿Son ellos, verdad?... (Habla lentamente mirando a Jorge.) Y... dime, Jorge... ¿Cómo estás?...

Jorge.—Mi querida Georgette. París se nos ha aparecido hace apenas unas horas y... ¿lo creerás?, tu imagen flotaba por encima de los edificios. Pensaba...

Georgette.—(Interrumpiéndole al tapar la boca en forma cariñosa.) ¿No mientes, querido Jorge? (Avanza hacia la ventana desde donde se ve brillar a lo lejos la Torre Eiffel.) Te he amado desde que nos conocimos, pero en esta ciudad que ahora puedes contemplar (la señala con la mano), se habla mucho de amor, mejor dicho, se menciona mucho la palabra amor. En cierta forma a París la han hecho la musa del amor... Hay que saber distinguir entre lo real y lo falso. (Deja la ventana y avanza amorosa hacia Jorge, que la contemplaba en medio de la habitación. Se abrazan.)

Jorge.—¿Dices que si miento...? ¿Cómo podría hacerlo...? Las mujeres penetráis en lo más recóndito de nuestro ser cuando menos lo esperamos, y...

Georgette.—(Con gracioso abandono recuesta su cabeza en el hombro de aquél. Inquieta sonriente.) ¿Y...? (Hay una pausa que aprovechan para sentarse.)

Jorge.—(Con arrebatado.) ¡Te amo, Georgette, y tú lo sabes!... (Se pone humorístico.) Una vez dije del amor que era una fina red cubierta con polvo de estrellas; es difícil y al mismo tiempo sencillo definir el amor, pero la pasión está en todo. No nos gusta lo neutro. Ya sabes, Georgette, que la historia es masculina y femenina, y la zarabanda del amor creó la historia, las ideas... la llamada «humanidad». (Se quedan un rato en silencio.)

Georgette.—(Cambiando el tema de la conversación.) Jules me habló de vuestras intenciones de reorganizarnos y aun cuando no me dió pormenores, deduzco, conociéndolos como os conozco, que pronto empezareis el ajetreo. ¿Significa esto, querido Jorge, una nueva etapa de sacrificios, de penalidades, de sangre...?

Jorge.—Significa, Georgette, que tenemos una deuda contraída. La gente, en España, murió, muere y morirá y a su vez luchará por algo que llamamos Justicia Social. No podemos—por el simple hecho de estar fuera—dejarlos solos...

Georgette.—¿Sabes que no quiero perderte! (Se pone seria.) No me agradaría que te sucediera nada...

Jorge.—¿Sería digno de tí, si no fuera digno de mí mismo? Las cosas como las gentes, no pueden cambiarse porque sí. Y menos las gentes con ideas... y, querida Georgette, no abundan las gentes con ideas... con ideas que tengan sentido revolucionario, tú lo sabes...

Georgette.—(Con vehemencia.) Sólo sé que te amo...

Jorge.—Yo también. Pero aun estando en París te acordarás que me conociste en Barcelona (se aproxima y la abra-

za), y Barcelona sufre... No sólo Barcelona, sino toda España. Las cárceles llenas de hombría de bien, de espíritus sangrantes que significan la Iberia irredenta... En fin, Georgette, en mi corazón está hacer algo positivo... aunque sea un poco.

#### ESCENA V

Dichos, más Roberto, Eduardo y Alberto.

Jorge.—(Al ver que entran sus amigos se levanta de la silla y Georgette hace lo propio.) Compañeros, os presento a Georgette Maurois, mi novia... (Todos le dan la mano. Tras saludarse, todos los personajes se diseminan por la escena: unos, en la ventana, o hablarán, entre sí, o cuando les toque, desde donde se encuentren.)

Roberto.—(Sonriendo.) Jorge, tienes suerte. París te recibió en forma de mujer. Ya tienes tu musa parisién...

Eduardo.—(Efusivo.) Mademoiselle, desearía tener un guía tan encantador como usted para conocer la ciudad... (Todos rien.)

Alberto.—(Cortés.) He leído mucho sobre esta ciudad. ¿Quién no ha leído de París? Usted supondrá, pues, mademoiselle Maurois, nuestra emoción al estar aquí... Por mi parte no quisiera irme nunca. Porque he conocido nuevos horizontes y estoy cansado de sufrir penalidades. (Ante el asombro del grupo, Alberto sigue hablando.) ¿Sabía usted, mademoiselle, que el pueblo es muy egoísta? No bien han enterrado a sus propios muertos, ya están haciendo carantoñas al que se los ha matado, y en orden a lo convencional, que es la ley instituida, aun cuando sea por la fuerza, se quedan callados, muy callados... No merecen nada los pueblos... nada...

Jorge.—(En tono áspero.) No debes hablar así... (Mira a todos irritado.) Hablas... como si la historia tuviera que atender tus intereses particulares. Y a la historia, Alberto, (su tono se hace sarcástico) sólo le interesas por lo que puedas dar de sí al bien común... Es inútil esconderse en un caparazón de razonamientos. Eso es propio de la tortuga, del avestruz..., pero nosotros, Alberto, nosotros somos hombres, y los hombres no buscan solamente la conveniencia propia instinto primario de las bestias—Hacen algo más... pueden hasta morir y matar por una idea...

Georgette.—(Interviene rápida en la conversación.) ¡Morir... morir!... ¡Matar!... No hables así, Jorge; sólo piensas en la muerte... Tienes obsesión de ella como si ahí estuviera lo concreto de tu vivir... ¿No deseas una vida mejor? Vive, Jorge, vive en buena hora...

Jorge.—(Se adelantará hacia el centro del escenario.) Sí, he hablado de morir y matar. Feas palabras, según como se miren. Algunos estetas las desprecian o, como les tienen miedo, las soslayan. (Se dirige a Georgette.) Yo quiero vivir, Georgette; vivo en tí, en tu amor y no me gusta pronunciar esas palabras. Entiéndelo bien. No me gusta pronunciarlas, pero no las soslayo. (Va hacia una de las laterales y desde ese lugar les habla a todos.) Hace unos días leía un libro en el que se relataba el asesinato del zar Alejandro a manos de Perwskaya y sus amigos—hace tiempo que el hecho sucedió—. Dicen que no todo el mundo aprobó el atentado, pero lo comprendió, pues ellos habían conquistado el derecho a matar, porque los victimarios del oligarca no iban a erigirse en dictadores; eran simplemente instrumentos de la vindicta pública... Y a Perwskaya la historia no lo recoge como asesino. Sin embargo, qué decir de los que llevaron al cadalso a los mártires de Chicago, a Sacco y Vanzetti, a los que están ejecutando sumariamente a nuestros compañeros en España y en otros países... que la injusticia no es patrimonio exclusivo de nuestra tierra. (Llaman a la puerta. Todos se quedan silenciosos.)

#### ESCENA VI

Dichos y Jules.

(Abre la puerta Eduardo y entra Jules con aire sombrío.)



Roberto.—(Inquire.) ¿Qué ocurre Jules? ¿Malas noticias?

Jules.—(Lentamente.) Georgette, compañeros...

Jorge.—¿Qué ha sucedido?

Jules.—(Se apoya en el quicio de la ventana.) ¿Os acordáis de Alfredo, aquel compañero alto?...

Jorge.—(Recordando y creyendo adivinar.) Sí, del Sindicato de la Metalurgia.

Jules.—El mismo... Recuerdo que una noche cerca de Teruel, al amor de unos troncos chisporroteantes, nos recitó una poesía de Unamuno...

Jorge.—(Yendo hacia él y tomándolo de los brazos.) ¿Qué ha sucedido?

Jules.—(Sombrio.) Acaban de informarme que ha sido asesinado en España junto con cinco compañeros. Fueron ejecutados sin formación de causa... ¡Los agarrotaron como cerdos!...

Eduardo.—(Con cólera reconcentrada.) ¡Miserables!...

Roberto.—¿Se ha pensado algo?

Jules.—Tan pronto haya reunión os avisaré. Empieza a gestarse un firme movimiento de resistencia... (Se quedan todos silenciosos. En la ventana empieza a alborear el nuevo día. Jules se pasea por la estancia; el resto, unos de pie, otros sentados.)

Jules.—(Recuerda lentamente.) Unamuno—me dijo Alfredo aquella noche terolense, en Albarracín—lanzó un grito que por ser muy español es universal y nos recitó un pequeño poema. (Recita con voz lenta y solemne.)

¡No serviré!, gritó no bien naciera  
una conciencia de sí misma, lumbre  
de las tinieblas del no ser: la cumbre  
del cielo tenebroso ardió en la hoguera...!

Eduardo.—(Recordando.) Es el «Non Serviam» de D. Miguel. Recuerdo que termina así:

... y esclavos los mortales desde entonces  
cantan, puesta la vista al infinito  
sombra de libertad, las libertades.

Jorge.—(Repitiendo.) «Sombra de libertad, las libertades...» (Se vuelve hacia Georgette y le dice): ¿Comprendes ahora, querida...?

Georgette.—Comprendo y... ¡no quiero comprender...!

Alberto.—(Contempla la creciente luz solar.) Ved... ya amanece. El Sol cubrirá pronto París... el Trocadero, el Louvre, el Eliseo, la Opera... todo luz. Ciudad de poesía, de epopeya...

Jorge.—Y ahora será ciudad de esperanza. En ella se ha gestado la redención de muchos pueblos. París es faro y musa de libertad, y los esperanzados lámparas votivas que se tornarán antorchas purificadoras. Procura no olvidarlo, Alberto...

Jules.—(Hablando con sus pensamientos.) Aquella noche en Teruel comprendí lo que fué la lucha en España. ¡No serviré!, gritó no bien naciera... (Se cubre el rostro.) (En París la luz es completa.)

(Alberto en la ventana. Jorge y Georgette se contemplan. Eduardo y Roberto sentados con aire pensativo. Jules, de pie, con una lágrima pugnando por escapar...)

CAE EL TELON LENTAMENTE

Adolfo HERNANDEZ

Guadalajara, 1953.

## APOYO MUTUO Y EVOLUCION SOCIAL <sup>(1)</sup>

1



CUANDO Kropotkin volvió a Francia después de su primera visita a Inglaterra en 1883, fué acusado inmediatamente de pertenecer a la Asociación Internacional de Trabajadores (la Primera Internacional) y de estar mezclado en las demostraciones revolucionarias de Lyon. Mientras estaba en la cárcel de Clairvaux, un número de hombres de ciencia y de las letras de los más eminentes de Inglaterra, firmaron un memorándum para el Gobierno francés en un intento de conseguir mejores condiciones para el preso y el derecho a poder ver a su esposa. Pero, bajo ningún concepto, no todos los colegas de Kropotkin en el mundo de la ciencia expresaron esta misma simpatía. El más eminente de los partidarios de Darwin, Thomas Henry Huxley, por ejemplo, rechazó rotundamente firmar este memorándum y declaró que, en su opinión, Kropotkin estaba muy requetebién donde estaba. Es una cuestión a dilucidar si Kropotkin supo alguna vez de esta actitud de Huxley, de tipo personal; pero en años posteriores, cuando los dos hombres cruzaron armas sobre la cuestión del apoyo mutuo, Kropotkin nunca mostró el menor signo de rencor. Al contrario, siempre alabó los méritos científi-

cos de Huxley, y a éste, especialmente, como defensor del darwinismo contra los ataques clericales. Esta posición divergente en los dos hombres tiene cierto significado cuando es examinada a la luz de las concepciones sociales; pues la opinión de Huxley de que el mecanismo de la evolución era una continua lucha mutua, fué inmediatamente adoptada por los filósofos del capitalismo.

Al comienzo, los trabajos de Darwin dieron a los principios teológicos de la creación tal golpe mortal, y se atrajeron tal encarnizada hostilidad de los círculos de la Iglesia, que sus más importantes deducciones sociales quedaron eclipsadas. No obstante, la controversia que se desarrolló durante la segunda mitad del siglo XIX entre los evolucionistas y la Iglesia, terminó hace muchos años con victoria decisiva para los hombres de ciencia, y la «cuestión darwiniana» es considerada a veces como enteramente admitida. Sin embargo, la contienda sobre la forma exacta en que ha de ser interpretada la teoría darwiniana en selección natural continúa aún aunque con menos calor, a pesar de su más fundamental carácter.

Carlos Marx, por ejemplo, cuando publicó su «Crítica de la Economía Política», en 1859, consideró una suerte extrema el que «El origen de las especies» hubiese aparecido en el mismo año. «Esta obra maravillosa—escribió—hace la mía absolutamente inexpugnable. Darwin acaso no lo sepa, pero pertenece



a la revolución social». Al mismo tiempo, empero, los capitalistas liberales y sus filósofos políticos, la escuela de economistas de *laissez-faire*, de Manchester, aclamaron también la obra de Darwin en favor de sus teorías. De acuerdo con ellos, la competencia ilimitada de uno contra todos era el mejor método de asegurar el progreso económico y la prosperidad, y era ésta aparentemente continua competencia lo más importante para ellos en la obra de Darwin. Como bien apuntó Kropotkin más tarde, Darwin mismo no tuvo tal estrecha opinión de la «lucha por la existencia», aunque llegó a ser la base de la interpretación de la selección natural de su discípulo Huxley.

La lucha de la Religión contra la Ciencia llevó a fondo la controversia sobre las deducciones de la obra de Darwin. Pero parece también haber arrojado sobre la discusión el manto del obscurantismo eclesiástico, pues corrientemente encontramos que se ha hecho caso omiso de la investigación de los hechos en favor de una afirmación dogmática o ciega suposición. El prejuicio del capital y del gobierno han usurpado el puesto de la mitología clerical, oscureciendo el problema. La gran obra de Kropotkin, «El Apoyo Mutuo» vino a dar solución a la cuestión para siempre y las investigaciones más recientes no han hecho más que confirmar las opiniones expuestas por él. Pero antes de pasar a su estudio sería interesante considerar el fondo histórico de una cuestión palpitante. Veremos entonces que esta cuestión ha sido de las debatidas por los sociólogos desde los tiempos de la revolución francesa.

#### MALTHUS Y LA IDEOLOGIA CAPITALISTA

Por cierta coincidencia, tanto Darwin como Alfred Russell Wallace, quienes llegaron casi simultáneamente a la conclusión de que la evolución tiene lugar a través de la selección natural, empezaron las investigaciones en este sentido partiendo del mismo estímulo inicial. En su «Naturalist's Voyage Around the World», Darwin relata cómo las ideas de Malthus les pusieron en la pista de la selección natural:

«... En octubre de 1838, es decir, quince meses después de haber empezado mis investigaciones sistemáticas, se me ocurrió leer por distracción «Essay on Population», y estando bien preparado para darme cuenta de la lucha por la existencia que se desarrolla en todas partes, dado mis continuas observaciones de las características y costumbres en plantas y animales, se me ocurrió inmediatamente que bajo estas circunstancias los cambios favorables tenderían a ser preservados y los desfavorables a ser destruidos. El resultado de esto sería la formación de nuevas especies.»

Similarmente, Wallace describe que encontrándose en cama con fiebre, en febrero de 1858, veinte años más tarde que Darwin, discurría sobre las «restricciones positivas»—guerra, hambre y epidemias—descritas por Malthus en su «Essay on Population». Wallace presintió que estas «restricciones positivas» deben actuar de una forma mucho más fuerte sobre los animales que sobre los hombre, debido a su mayor proporción en la multiplicación. Así, ambos empezaron a especular sobre la selección natural después de haber leído el libro de Malthus.

El «Essay on Population» llegó a ser casi un libro de texto de la ideología capitalista. Era muy cómodo pensar que la pobreza era debida a una tendencia «inevitable», por ser siempre mayor la población que los medios disponibles de alimentación, de forma que eran los pobres sobre quienes las «restricciones positivas» estaban operando. Tal creencia libró bonitamente al sistema económica y social de cualquier reproche por la reinante miseria humana. Pero incluso en la última mitad del siglo XIX se estaba viendo claramente que las posibilidades de producción aventajaban al real consumo de la clase trabajadora que formaba la vasta mayoría de la población humana. No era lo limitado de los recursos del mundo lo que hacía inevi-

table la pobreza, sino la limitación del poder de compra impuesta sobre la masa del género humano por el sistema del salario. La historia de los veinte últimos años ha arrojado, al montón de una forma más decisiva, las ideas de Malthus; pues hemos sido forzados a presenciar el espectáculo de la vasta mayoría de los seres humanos llevando una vida de miserable pobreza en pleno mundo de abundancia. Durante muchos años, mientras ha habido verdaderas plagas de hambre, grandes cantidades de alimentos han sido hundidos en el mar, quemados por locomotoras y rociados como estiércol en los campos. Alimentos que se necesitaban para aliviar el hambre fueron a alimentar a los animales porque resultaba más barato, más «económico», hacer esto. Tal espectáculo convierte en contrasentido la idea de Malthus de que el mundo se halla siempre sobrepoblado, con un resultado de escasez que hace la pobreza y el hambre inevitables, y al mismo tiempo limita el crecimiento de la población. No obstante, apologistas del presente sistema de sociedad aún sostienen sus explotadas opiniones.

Ahora bien, Malthus mismo escribió su libro con la intención de refutar las ideas expuestas en 1793 por el anarquista William Godwin, en su gran libro «An Enquiry into the Nature of Political Justice». Así toda la controversia podemos decir que se originó de la obra del «padre del anarquismo».

#### EL DARWINISMO Y LA IDEOLOGIA CAPITALISTA

Huxley desarrolló las opiniones de Darwin al punto extremo de representar la «lucha mutua» como una ley natural. Y así llevó las ideas de Malthus a una conclusión lógica. Fué esta concepción la que Kropotkin atacó en «El Apoyo Mutuo». Este entró en la lid como partidario de las ideas expuestas por Godwin casi un siglo antes; y las razones aducidas por él son tan convincentes en sus efectos acumulativos que, para aquellos que han leído «El Apoyo Mutuo» y comprendido sus deducciones sociales, la controversia aparecerá más que terminada.

Hemos visto que la teoría de Darwin fué aplaudida por los políticos economistas de la Escuela de Manchester. Y que estos economistas burgueses habían fomentado las ideas de Malthus en apoyo de sus teorías. La imagen característica de la economía capitalista—pobreza general en medio de la posible e incluso verdadera abundancia—ha liquidado el caso Malthus. Además de esto, la antropología ha demostrado y confirmado las impugnaciones de Kropotkin a las concepciones de Huxley. Y ha mostrado que la idea de competencia individual como «ley de la naturaleza» no está apoyada por los hechos. No obstante, a pesar de todo esto, las ideas de Kropotkin no son de ninguna forma las que prevalecen hoy, aunque la bancarrota de la ideología que él demolió está haciéndose más clara todavía.

La razón no hemos de ir a buscarla muy lejos. Aunque la competencia entre individuos miembros de la misma sociedad no es una «ley de la naturaleza», si es ciertamente una ley del capitalismo, y en verdad de toda sociedad dividida en clases. Por más que estén reñidas con los hechos de la naturaleza, las ideas de Malthus y de Huxley se adaptan muy bien a la criminal sociedad existente hoy en todos los países. Bajo condiciones de adversidad aparentemente inevitable, es natural hacer una virtud de la necesidad. Y los trabajadores oprimidos, no menos que sus explotadores capitalistas, tienden a consolarse con la reflexión de que los males de la sociedad son parte del orden natural de cosas. «Siempre ha habido pobreza y opresión y siempre la habrá. Es la ley de la naturaleza humana». ¡Cuántas veces ha oído uno decir eso! El gran valor de la obra de Kropotkin, para los tiempos presentes, está en su demostración de que tal filosofía está muy lejos de ser un verdadero reflejo de los fenómenos reales, tal como se observan en la naturaleza, pues no encuentra confirmación



en los hechos. La «ley» de la lucha mutua, en vez de ser la regla, es más bien la excepción en la larga historia de la sociedad humana. Al contrario, es la característica especial de las sociedades divididas en clases, esa organización social en que los más están gobernados por los menos. Pobreza y lucha, guerras y escasez, se encuentran universalmente en las sociedades gubernamentales; ellas no se ven en las que practican la igualdad y la libertad. En tales sociedades, como la evolución generalmente, la ley de apoyo mutuo inherente en todos los grupos sociales permite libre desarrollo y es el requisito previo del progreso.

### LA GUERRA MUTUA

La cuestión debe ser considerada ahora más detalladamente.

Thomas Henry Huxley había pintado el darwinismo como una desenfrenada competencia de lucha mutua que tendía a eliminar a todos los individuos salvo a aquellos «mejor preparados para sobrevivir»:

«... desde el punto de vista del moralista, el mundo animal se encuentra casi al mismo nivel que un espectáculo de gladiadores. Estos son tratados bastante bien con vistas a la lucha; por lo cual el más fuerte, el más rápido y más astuto sobrevive para luchar de nuevo otro día. Los espectadores no tienen necesidad de inclinar el pulgar hacia abajo, ya que no se da cuartel alguno...»

Y más adelante, en el mismo escrito, declara que lo que prevalece entre los animales, prevalecía también en el hombre primitivo. Bastante expresivo a este respecto, se refiere al filósofo inglés Hobbes, cuyo libro «Leviathan», que es la defensa del gran Estado centralizado, fué escrito a mitad del siglo XVII, en los años en que la clase capitalista inglesa luchó por la supremacía política que había arrebatado a la aristocracia latifundista y a la monarquía en la revolución de 1642:

«... Los más débiles y más estúpidos fueron contra la pared, mientras que los más fuertes y más astutos, aquellos que estaban mejor equipados para sobreponerse a las circunstancias, pero no mejores en otro sentido, sobrevivieron. La vida era una lucha libre continua; y más allá de las limitadas y temporales relaciones de la familia, la lucha mutua hobbesiana era el estado normal de existencia».

Para demostrar que estas concepciones estaban muy lejos de corresponder a los hechos de la Naturaleza, en lo que conocemos, tanto en la vida humana como animal, escribió Kropotkin los consabidos artículos para la revista «The Nineteenth Century», los cuales recogió más tarde en el libro «El Apoyo Mutuo».

Las ideas huxleyanas, que los capitalistas se apropiaron para sí, estaban en contraposición con las enseñanzas del anarquismo. No obstante, Kropotkin no escribió «El Apoyo Mutuo» para reivindicar solamente las ideas anarquistas en un mero sentido de controversia. Este no permitió nunca llevar su anarquismo a una selección parcial de los hechos para justificar un «caso». En su introducción al «Apoyo Mutuo», describe las observaciones realizadas con Poliakoff durante sus exploraciones en Siberia:

«Ambos estábamos bajo la reciente impresión del «Origen de las Especies». Pero buscamos en vano la tenaz competencia entre animales de la misma especie que la lectura de la obra de Darwin nos hacía esperar, aun teniendo en cuenta las observaciones del tercer capítulo».

Kropotkin hizo remarcar que bajo ningún concepto los dientes más largos y las garras más afiladas aseguran la supervivencia de una especie entre los animales. Al contrario, las especies más prósperas son aquellas en que los individuos, en vez de competir entre ellos, eliminan esta competencia completamente, y se ponen de acuerdo para procurarse alimentos y defenderse contra sus enemigos o para salvaguardar a sus proles durante el período de cría. Señala también que muchas especies, incluso de animales

de presa, tales como las águilas, se juntaban con objeto de cazar para comer. Por otro lado, otros animales, cuyos miembros están individualmente mal equipados para el ataque o la defensa, derrotan a sus más poderosos enemigos reuniéndose en grupos. Esta tendencia a formar grupos con fines sociales la llamaba él *apoyo mutuo*, y demostró que la puesta en práctica de este principio era mucho más eficaz para asegurarse la supervivencia que la lucha mutua. El libro de Kropotkin es realmente un desarrollo y ampliación de las ideas expuestas por el biólogo ruso Kessler, a quien cita en su sección primera:

«Yo, desde luego, no niego la lucha por la existencia; pero mantengo que el desarrollo progresivo del reino animal y especialmente del género humano se favorece mucho más por la protección mutua que por la lucha mutua.

Todos los seres orgánicos poseen dos necesidades esenciales: la de la nutrición y la de la propagación de la especie. La primera les lleva a la lucha mutua y a la exterminación mutua, mientras que la necesidad del mantenimiento de la especie les lleva a aproximarse los unos a los otros y a protegerse mutuamente. Pero estoy inclinado a creer que en la evolución del mundo orgánico—en la modificación progresiva de este mundo—la protección mutua entre los individuos juega un papel mucho más importante que su lucha mutua.»

Un escritor moderno (V. Gordon Childe: «Man makes himself») ha señalado el mismo principio referente a la verdadera historia de la sociedad humana:

«Los primitivos miembros de la familia humana... los fósiles «hominids», catalogados a menudo como paleontólogos, no fueron nuestros ascendientes evolutivos; en la genealogía del Homo Sapiens representan la rama lateral del vástago principal. Y sin embargo, sus cuerpos estaban mejor equipados que los nuestros para ciertas funciones físicas tales como la lucha. Los dientes caninos Eoantropos, o del Hombre de Piltown, por ejemplo, eran armas formidables.»

¿Cómo, entonces, se las arregló el Homo Sapiens para sobrevivir mientras que el oso de la caverna y el tigre de caninos curvos desaparecieron? Estos animales estaban bastante bien equipados para la «guerra mutua»; pero ellos no podían confiar en nadie más que en sí mismos. Los hombres vivían en sociedades y practicaban la protección mutua. Usaban de la defensa mutua y aprendieron a reforzar su habilitación física individual por medio de herramientas. Como dice el profesor Gordon Childe: «En un sentido, la posibilidad de crear substitutos artificiales para la defensa corporal es una deducción de su ausencia.»

### APOYO MUTUO QUIERE DECIR VIDA SOCIAL

Está claro que el apoyo mutuo es un factor poderoso para la seguridad de la supervivencia evolutiva. Y significa que los hombres han vivido siempre en sociedades, porque si hubiesen vivido solitarios no hubieran podido desenvolverse nunca bajo condiciones que extinguieron a los animales que estaban mucho mejor equipados. Para poder sobrevivir han debido ser siempre criaturas sociales. Kropotkin dedica una parte considerable de su libro a demostrar que la vida en sociedad está difundida entre los animales y que en forma alguna es privilegio exclusivo del ser humano. La obra de Lewis Morgan (mejor conocido hoy día a través del libro de Frederick Engels, «El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado», basado éste en el libro de Morgan «La Sociedad Antigua», había demostrado ya que la asociación entre tribus puede ser hallada universalmente como precediendo a sociedades en las que las familias son los grupos predominantes. Entre otros cuyas investigaciones establecieron este predominio de las tribus sobre las familias, está Elías Reclus («La raza primitiva»), hermano del geógrafo Eliseo Reclus. Fueron sus in-



vestigaciones científicas en antropología las que le condujeron a sus convicciones anarquistas.

Esta cuestión de la tribu y de la familia es importante porque es corriente creer que en los tiempos primitivos los hombres peregrinaron en pequeños grupos mutuamente hostiles o unidos nada más que por los «lazos de familia». A los niños se les enseña todavía, por nuestros ignorantes, que los hombres han «progresado» desde un estado de salvajismo primitivo, en que la lucha sanguiñaria era la ley, a un estado de sociedad-nación en la que la «paz» (!) es el bienaventurado estado de la raza humana. No hace falta decir lo útil que es esta concepción a la filosofía del capitalismo y también a los reformadores gradualistas. Pero tal enseñanza no está de acuerdo con los hechos de la observación y de la investigación. Y habría hecho imposible la supervivencia del hombre si hubiera sido esta lucha el verdadero estado de los hombres primitivos. No obstante, esta enseñanza se mantiene en pie. Para aceptar la sociedad capitalista es necesario considerar la naturaleza como la consideró Huxley, como una «guerra mutua hobbesiana», y ésta como la «condición normal de la existencia».

La divulgación de esta falsa teoría, políticamente errónea, es debida en no pequeña escala a ciertos escritores científicos populares que se han echado encima la responsabilidad de proveer a la filosofía capitalista con un cierto barniz «científico». Así, H. G. Wells, en su popular y bastante leída «Short History of the World» declara que los hombres *verdaderos* (Cro-Magnon) «se sobrepusieron al hombre de Neanderthal por la competencia fructuosa sobre el mismo alimento». Y que «hicieron probablemente la guerra a sus terribles predecesores y los exterminaron».

En este corto párrafo, Wells enuncia tres problemas para los cuales no existen pruebas de ninguna clase: primero, que los verdaderos hombres se sobrepusieron a los hombres de Neanderthal por la competencia fructuosa sobre la adquisición del mismo alimento, lo cual es, una vez más, la idea de Malthus; segundo, que los verdaderos hombres hicieron la guerra a los hombres de Neanderthal; tercero, que los hombres de Neanderthal eran «terribles», es decir, al parecer salvajes y adictos a horribles costumbres. Ac-

tualmente no existen las menores pruebas que apoyen cualquiera de estas vagas suposiciones. En todas ellas yace implícita la idea de la lucha interna, para la cual las observaciones no proveen vestigio de pruebas. Claro está, es evidente que la suposición de que los hombres lucharon entre sí constituye la base para el cuadro de Wells sobre la vida humana prehistórica. Esta concepción aparece más tarde cuando declara:

«Probablemente las primitivas sociedades, en las primeras etapas de la verdadera historia humana, fueron pequeños grupos de familia. Como que las manadas y rebaños de los primitivos mamíferos se formaron de las familias que habían permanecido juntas y se habían multiplicado; así pasó con las primeras tribus. Pero antes que pasara esto había que establecer ciertas limitaciones sobre la primitiva egolatría.»

Hemos visto que esto va contra los hechos tocantes al desarrollo social de las tribus y de las familias. El último párrafo de Wells es significativo porque este argumento se ha convertido en la justificación del gubernamentalismo y de la autoridad coercitiva. Kropotkin deshizo este punto de vista en su libro y más adelante serán citados sus razonamientos.

Wells continúa hablando del miedo, de los celos y del respeto inspirado por el «viejo» jefe de familia de acuerdo con estas infundadas suposiciones. Una opinión similar sobre la primitiva sociedad fué expuesta por Sigmund Freud en su libro «Totem and Taboo», en el cual habla también de la «primera horda» dominada por un «viejo», como si hubiera pruebas fundadas para tal afirmación. Este libro, uno de los más leídos de todas sus obras, ha sido atacado vigorosamente por los antropólogos.

Morgan, entre otros muchos, había señalado ya, en el tiempo que Kropotkin escribió, que la familia monógama se desarrolló gradualmente de grupos mezclados, entre los que existía la promiscuidad sexual. La organización de la familia fué así un desenvolvimiento posterior más que anterior de la vida social del hombre.

John HEWETSON

(Trad. de J. Ruiz.)

## CADENAS DE NUESTRO SIGLO



El miedo a la libertad desembocó en el cataclismo que envuelve al hombre y hace trizas su conciencia. Los problemas que a diario presenta la sociología moderna son superiores a su capacidad intelectual, sintiéndose empujados frente al instinto de conservación de otras especies de su reino. Su discernimiento le induce a olvidarse de sí mismo y de su función. Por ello abjura del esfuerzo que exige el razonamiento metódico, impuesto por la lógica y opta por abandonarse sin lucha para entregarse en brazos del destino, sin preocuparse por hallar una solución adecuada a las circunstancias. Aplastado por el peso de estas preocupaciones, termina por olvidarse de sí mismo y delegar al arbitrio de su vecino, confiando en que resolverá sus dificultades. Esta pesadumbre que oscurece las páginas de la historia contemporánea encierran un grave peligro, no sólo en cuanto atañe

a su persona, sino a las nuevas generaciones, que llevan en sus células el estigma abominable de una triste herencia.

Educadas en un ambiente regimentado, obedeciendo al autoritarismo de la masa informe que devora la iniciativa y corta el vuelo a la imaginación, para reducir a materia las inquietudes del espíritu, nuevas legiones de individuos en formación quedan aplastados contra la superficie rasa, para ser pisoteados por los cascos de la bestialidad vencedora. Y cuando el dolor físico agota el respiro, cuando la sangre ya no circula por las arterias, ya es tarde para llorar, que es la explosión del sentimiento redentor. Pero entonces, ya de nada sirven los lamentos, porque su condición de esclavos ya no responde a la prueba del fuego. El renunciamento a la acción intensa y persistente, que reconstituye y vigoriza el estado físico y moral del individuo, supone una muerte irremisible con todas las consecuencias que encierra. La tierra y el cielo son nuestro mundo del futuro. Dentro de este ámbito



es preciso que el hombre encuentre un lugar adecuado a su permanencia definitiva como entidad social. Y la solución a sus propios males, por complicados que resulten, ha de hallarla aquí y en este momento, en este paso concreto y seguro hacia la eternidad.

La responsabilidad del hombre de nuestro siglo es infinitamente superior a la de otras generaciones que no exigían, en la vida ordinaria, una identificación directa y activa en los problemas universales. Entonces, por su sistema de organización, podía entregarse en los brazos del ascetismo y confiarse a él, o realizar una acción determinada manual o intelectual, despreocupado por los sinsabores de otras comunidades lejanas. Dentro de ese círculo reducido de su mundo hasta podía considerarse feliz, en tanto el sol doblaba la curva del cielo. La física moderna le impone otras obligaciones morales y obligale de modo imperativo a solidarizarse con sus semejantes. Eliminadas las distancias por apartados que se encuentren los puntos opuestos, es preciso azuzar el instinto de adivinación para precaverse de la tormenta antes de que los nubarrones asomen por el horizonte. Y más aún, como condición de vida o muerte, le exige terminantemente oponer sin demora a la avalancha los recursos del ingenio para evitar su acción destructora. Cualquier accidente imprevisto tendrá consecuencias fatales.

Es así que el hombre de hoy tiene que tomar partido por toda causa colectiva, midiendo, no sólo el área de su desenvolvimiento, sino dominando la perspectiva del mundo. Simultáneamente ha de inclinar su acción a un fin de tolerancia contemplativa, poniendo en movimiento todos sus recursos intelectuales que podrán conducirnos a la victoria. El universo social requiere de cada elemento una contracción decidida, firmemente dispuesta al triunfo aun por la causa más difícil, y una férrea voluntad de vencer pese a todo inconveniente para rendir homenaje a la fe y a la libertad. Dos caminos se bifurcan en nuestra ruta y no es posible seguirlos con los ojos cerrados, sino conscientemente, con la seguridad indubitable que impone la determinación de ir adelante. Nuestros hermanos los hombres, que viven penando, luchan denodadamente por un ideal de alto contenido humano y ardiente convicción por el que ofenden su vida, reclaman que cada uno de nosotros cumpla con su deber de ser libre y de propender a la liberación de sus semejantes.

La tarea no resulta fácil considerada la medida del esfuerzo exigido, que puede ser egoísmo en unos, temerosos de expirar antes de iniciarse la batalla, cual si la vida tuviera precio cuando se defienden principios de humanidad, y satisfacción personal íntima en otros que obedecen a la simple consigna de responder al llamado de la conciencia y reaccionar instintivamente ante cualquier amago de injusticia. Tal la diferenciación y alcance de las acciones que tienen un denominador emotivo, al que no puede negar su concurso el hombre del presente, sin renunciar a su propia sensibilidad.

Envueltos en esta maraña de complicaciones, sólo queda en pie el dilema de renunciar a cuanto fuimos en el pasado y cuanto somos en el presente, dejando el camino abierto para que otros asuman la responsabilidad de mantener en alto el pabellón del individuo, que representa el genio creador de las civili-

zaciones, o abocarnos de lleno a la tarea de la resurrección. Los ineptos, producto de la mediocridad ambulante, no pueden obstaculizar la buena predisposición y sacrificio de los capaces, ni tienen derecho a usurpar el desempeño de una función de tanta responsabilidad como comporta el destino humano. El manejo de los bienes públicos requiere una condición leal a toda prueba y una rectitud sin mancha, pues sus actos son juzgados por cada miembro de la colectividad, que se convierte en guardián de sus intereses. De ahí que nadie pueda eludir el aporte que la vida humana exige a cada individuo, porque su acción está encadenada al proceso general, y nadie puede asumir la responsabilidad de sus propios males cuando él mismo no se preocupa por eliminarlos.

La complicada vida de relación de nuestro siglo, nos impone tales responsabilidades frente al mundo entero que el mismo infortunio de nuestros enemigos puede acarrear nuestra propia desgracia. En otras épocas, los vencidos en una guerra eran reducidos a la condición de esclavos, en la que sucumbían generalmente, pero mientras tanto aportaban riquezas al patrimonio de los vencedores por cuanto eran ellos quienes realizaban los trabajos más duros. En la edad contemporánea, el bando victorioso tiene que tratar al enemigo como un elemento víctima de su suerte y velar por su bienestar. El triunfo o la derrota no son más que accidentes de resultados hipotéticos más que reales cuando entran en juego principios indefinidos que se acercan cuando no se complementan. Bajo ese imperativo, tórnase incuestionable aprovechar su capacidad en beneficio común, que es a donde conducen los resultados de toda contienda en la sociedad moderna. Las luchas de nuestros días tienen una finalidad social. Y cuando se apartan de ese fin no tienen objeto ni significación. Pese a las desavenencias surgidas, un ideal suplanta a otro con relativa frecuencia, cuando no hay discrepancias fundamentales que menoscaben la libertad individual. Sin embargo, cuando el libre albedrío está en peligro, por fuerzas retrógradas que pretenden volver nuestro grado de civilización a los resabios ancestrales de la esclavitud, entonces el deber de cada miembro de la comunidad se torna irrenunciable. Ante esta situación no caben titubeos y es preciso que el hombre responda al llamado de la historia en defensa del trozo de tierra que ocupa, del porvenir de sus hijos, de la conducta moral creada al calor del hogar. La paz, sí, ahora y siempre cuando no se trate de reducirnos al vasallaje, de cargarnos de cadenas, de arrebatar nuestra fórmula moral y económica, de obligarnos a renunciar a lo que somos y representamos como individuos dentro del concierto humano. Paz, también, es la que exigimos del adversario y conducta de trato equiparada a la nuestra, de amplio contenido moral.

Con estos ideales tendremos que levantar los cimientos de una nueva cultura, que destierre para siempre el miedo de vivir entre los hombres y conducirse como tales. Sin menoscabar la libertad ajena, hemos de encontrar la nuestra en el libre desenvolvimiento de las acciones a desarrollar. El hombre ha de conducirse con toda responsabilidad ante los hechos para con sus semejantes, sin avergonzarse de confesar sus propios errores, con conciencia de planta arraigada al suelo que quiere libre y desbrozado para sí. Este denominador tendrá que inclinarlo el hombre al ser-



vicio de la humanidad y poner en su desempeño toda la pasión y emotividad. Habrá de remodelarse hasta en los sentimientos más caros, sugestionándose con las armonías de la naturaleza y observarla con ojos distintos a la realidad viviente. De igual modo que no podemos, por nuestra cultura y condición de elementos civilizados, despellejarnos, arrebatándonos aquello que imprescindiblemente necesitamos para vivir, en igual condición que otras especies animales, es preciso que nos constituyamos en defensores del patrimonio individual, no arrojándolo a las fauces de la muchedumbre que tritura avarienta toda acción descolante en el propósito de uniformarlo, de masificarlo.

La derrota espiritual del mundo de hoy reside en la falta de confianza, de entereza, de persistencia y determinación de afrontar los peligros. En ningún otro reino, excepto el animal, se producen estos altibajos de situaciones difíciles porque carecen de conciencia y uso de razón. Pero aun algunas especies primitivas de sangre caliente, aceptan a ojos cerrados la defensa de sus derechos no bien han sido vulnerados. El renunciamento a luchar por lo que constituye nuestra fortuna en la vida, ha provocado la atonía porque atraviesa el mundo moral, estado de ataraxia cataléptica en que deliberada e inevitablemente sucumbe la época presente. La reacción vigorosa, superior a la guerra misma, que nos haga despertar, abrir los ojos a la realidad, para activar la

acción redentora que nos inspira. Y el tiempo, que no tiene medida de ámbitos, ni ojos para la contemplación pasiva de su curso invariable, del mismo modo que nos está haciendo cambiar de postura, impondrá su ley inflexible de hacernos cambiar de nombre, con sacrificios cruentos de energías humanas. Mas habrá de afrontarse esa situación si pretendemos hacer nuestro el lugar que se nos tiene reservado. Habremos de conquistar ese palmo de espacio sin renunciar al beneficio que la vida nos dió para elogio de la belleza.

Hoy nos encontramos, de uno a otro extremo de la tierra, perdidos y desarticulados, entre las redes de un destino cruel afanoso de ultimarnos. Presurosos en la búsqueda de nosotros mismos, al final de un período histórico, que por sus matices resulta el más importante desde el nacimiento del hombre sobre la tierra, hemos de depositar aquí, en nuestro siglo convulsionado, cuanto valor y fortuna poseemos. Si hasta hoy este pequeño ciclo evolutivo de la humanidad acusa un saldo de valores edificante en el orden del entendimiento entre los pueblos, es preciso despojarnos de máscaras y sofisticaciones para enfrentar la lucha abierta que se nos presenta, para reconquistar la ciudadanía del mundo, por obra de razón, bajo los más puros predicados, en el afán de construir nuestra propia historia.

CAMPIO CARPIO

## Entuerto "STANDARD"



A fuerza bruta está presente — ¡lástima que no lo esté de cuerpo ídem! — y con cargo presidencial o de primer Mandatario por lo común, en la matriz de meretriz de las instituciones jurídicas más sagradas y recondensadas de nuestro tiempo. Temis, que tiene nombre de beoda, no suele hacer en gestaciones y nacimientos de la ciudadanía tradicional, más que un papel de tercería vil, teniéndoles celestinescamente la vela a los «violones» o follones de oficio, ninguno de los cuales ha superado al hijo de la gran chiva, salvador de la fe y del robo latifurario en España.

En el Derecho romano, prerromano y postromano, no se encuentra casi nunca vigente otra cargada, que la ofensa al pudor cívico y el ultraje a la decencia equitativa, sistemáticos, generalmente procesionando a coro y encuadrados en falange «melitones» y paisanos. Agoretas, areopagitas y locos de Foro, desconocedores de la vergüenza hasta por el forro, hacen fatalmente ahí de machacantes de tráqueas o ayudantes de tíos Gregorios del hacha y el garrote burgaleses. Matan por tabla cuando no logran colocación de **Premiers** en el tablado.

En los Estados o Imperios de que hablan análicos Anales, aparecen el pirala fluvial chino, que controla en su provecho la pesca en el Yang-Tzé, así como el cultivo del arroz en la inmensísima chocolatera de

sus pantanos. Asoma contemporáneamente el abigeo o cuatrero mongol, robavacas inverecundo, que somete a diezmo y primicia la innumerable cabaña del Obi. Y les secunda eficazmente el asaltante de caravanas árabe o sirio, que ejerce como un prelado el derecho de pernada sobre el comercio trashumante a lomo de camelopardal de doble jiba. El contrato extorsivo, la usura desalmada y la prostitución como negocio, practicada incluso por las Faraonas más opulentas, nacen en los templos con la carbonaria buena fe de los cargueros que llevaron a cuestras los pesados cubos de las Pirámides. La propia Isis anda al tetortero con la levantisca marinoni de Levante en los rincones de los sepulcros.

La propiedad y la riqueza tienen por padre y por madre putativos a las presas de ave de rapiña de los mareantes ilegales y a los negrescos de Coromandel. Pandilleros armados con tomahwaks, forman por sus pistolas reservaciones prediales, guardándose para sí la caza de la venadilla y del venado, del francolín y la francolina; la leña de quemar y con que asarle las costillas al prójimo; y la madera de construir y sacar chispas de indignación a un eje de carro.

El mitayo y el macegual de América, ni enmontañándose consiguen librarse de los carlancos que se les azuza. Cimarrón quiere decir encimado en un risco, como la aguja de un campanone. En el Canadá y por abajo, ni en la copa de un sequoia gigante



están seguras las hijas de algonquines y sioux. Una iguana, con una boca como una estación del Metro de París, engulle menos tasajo bautismal, que un evangélico de las colonias. Jesús no era apóstol de la verdad predicando y con el mazo dando, como han sido siempre a toda vela nuestros mesías sin pretensiones de milagrosos de la C.N.T.

A golpe de trica y encadenados se hace bajar en el Perú al aimara a las minas. El México virreinal tapaba a los presos en las tinajas de Ulúa; y ahí los dejaba pudrirse o macerarse como el escabeche de perdiz. En las plantaciones de azúcar de Jamaica, se trabajaba hace poco, marcando a fuego y con sortijas en los tobillos. No se dirá que la esquila burguesa no es penal servidumbre; y atraillamiento **presque** milico, ser prófugo del cual, se paga con la vida.

A los 1.700 años de las tres mil voces de Cristo, en Gambia se compraban mujeres para el harém sin duda; pero, más cierto aún, para la cría y recrio vacunos, para el aguaje, para el ponedor y el jaulón de trailebús; y para engancharlas a la rulota o al arado en compañía de Jesús con una mula. Las flechas de Cupido paganas rescatándose a Eva la redención con un yugo, matrimonial a veces, de **bos vobis** y de **sic vos non vobis**.

En la trata negrera cubana, se contaban los panchitos por cabezas. Tantas cabezas, tantas onzas. El remate al topón era aún más ominoso. Se le miraba a la mercancía los dientes, como hace el chalán de Maranchón en la feria de Medina. No se curaba en buques y haciendas, ni enfermos, ni heridos: se les daba sencillamente la píldora y ¡a morir! Recluíanlos de noche en bodegas y establos, en el que el rancho fungía de pienso, sin tantas vitaminas. El patrón y

el capataz, que se había desanalfabetizado leyendo marcas de ron, no iban a analfabetizar en un Liceo a sus peones.

En el papel, algunas de estas fuerzas, tropelías y abusos, aparentemente, y no por leninificación, se han lenificado, con marrullerías de caridad, democracia, «filosofoantropía» y sociedad sin clases, pero con knul y 14 especies de desollarlo a uno vivo. En Siberia, seguimos las almas muertas hediendo a cochino y comiendo polvo de sayón disciplinario y concentracionario. Doquier el puntero del dómene parece una lanceta de caponador o apendectomólogo. Nos imbuen una moral de cetrería, **ex cáthedra**.

En el fondo, la pena de trabajos forzados por el desacato de Adán, vamos cumpliéndola en usinas y en fábricas, en que arde como en el infierno. El salario no da ni para roer altramuces. El vestido de celofán del pobre, ni a disfraz jubilado de carnaval llega; por delante y por detrás, sus calzones hacen verso de este consonante con lo que asoma por sus rotos. La vivienda humilde, cuando no se reduce a un jacal, huele que atufa a galpón jifero. El nervio, el músculo y el sudor del proletario son bienes mostrencos en toda la cristiandad, siempre materia de usucapion imperecible. La familia de los desheredados quisieran los señoritos constituirla sacramentalmente con segundos platos de sus mesas de **night club**. La justicia y el guardia de la porra no ladran al ladrón, sino al andrajo. La tinta de leyes, protocolos y ediciones es sangre de víctimas, que se pone negra de instrumentar tanta indignidad y patraña; de verdad trocada en clíster, embuchado y costal de iniquidades sin nombre y sin número.

Angel SAMBLANCAT

## KRONSTADT

### III

#### LA CAMPAÑA BOLCHEVIQUE CONTRA KRONSTADT

Reinaba en Petrogrado gran tensión nerviosa. Estallaban nuevas huelgas y se difundían persistentes rumores sobre tumultos obreros ocurridos en Moscú y de rebeliones agrarias surgidas en el este y en Siberia.

La falta de prensa en la que se hubiera podido confiar hacía que la población prestase oído a los rumores más exagerados y más transparentemente falsos. Todas las miradas se había vuelto hacia Kronstadt, en espera de importantes sucesos.

Los bolcheviques no perdieron un instante en organizar su ataque a Kronstadt. Ya el 2 de marzo, el gobierno había publicado una orden, firmada por Lenin y Trotzky, denunciando el movimiento de Kronstadt como un motín, una rebelión contra las autoridades comunistas. En ese documento, los marinos fueron acusados de ser «instrumentos de antiguos generales zaristas que, junto con los socialrevolucionarios traidores, han preparado una conspiración contrarrevolucionaria contra la república proletaria».

El movimiento de Kronstadt fué calificado por Lenin y

Trotzky como «obra de los intervencionistas de la Entente y de espías franceses». «El 28 de febrero, dice la orden, los marinos del «Petropavlovsk» han aprobado resoluciones que exaltan el espíritu de la reacción más negra. Después apareció en escena el grupo del antiguo general Kozlovsky. El y tres de sus oficiales, cuyos nombres nos son todavía desconocidos, han asumido abiertamente la dirección de la revuelta. La explicación de los últimos acontecimientos, por tanto, se hace coincidente. Detrás de los socialistas revolucionarios se encuentra de nuevo un general zarista. Tomando todo esto en consideración, el Consejo del Trabajo y de la Defensa ordena: 1) declarar al antiguo general Kozlovsky y a sus partidarios fuera de la ley; 2) promulgar el estado de guerra en la ciudad y en la provincia de Petrogrado; 3) poner el poder supremo de todo el distrito de Petrogrado en manos del Comité de defensa de Petrogrado».

Había, en efecto, en Kronstadt, un ex general Kozlovsky. Fué Trotzky el que lo estableció allí como especialista artillero. No desempeñó, en absoluto, ningún papel en los acontecimientos de Kronstadt; pero los bolcheviques explotaron con habilidad su nombre para denunciar a los marinos como enemigos de la república soviética, y su movi-



miento, como contrarrevolucionario. La prensa oficial bolchevique comenzó entonces su campaña de calumnias y de difamación contra Kronstadt como «el nido de la conspiración blanca dirigida por el general Kozlovzky»; los agitadores comunistas fueron enviados a los obreros de las fábricas y de los talleres de Petrogrado y de Moscú a fin de llamar al proletariado a «asociarse al soporte y a la defensa del gobierno de los obreros y campesinos contra la rebelión contrarrevolucionaria de Kronstadt».

Lejos de tener el menor contacto con generales y contrarrevolucionarios, los marinos de Kronstadt rehusaron la ayuda del propio partido socialista revolucionario. El jefe del partido, Víctor Chernov, que estaba entonces en Reval, intentó inclinar a los marinos en favor de su partido y de sus reivindicaciones, pero no recibió ningún aliento del Comité revolucionario provisional. Chernov transmitió a Kronstadt el radiograma siguiente: (1)

«El presidente de la Asamblea Constituyente, Víctor Chernov, envía sus saludos fraternales a los camaradas marinos heroicos, a los soldados rojos y a los obreros que, por tercera vez después de 1905, rompen el yugo de la tiranía. Les ofrece su ayuda para el envío de refuerzos y de aprovisionamientos a Kronstadt por intermedio de las cooperativas rusas en el extranjero. Informados de lo que os hace falta y de la cantidad necesaria. Estoy dispuesto a ir en persona a poner mis energías y mi autoridad al servicio de la revolución del pueblo. Tengo fe en la victoria final de las masas laboriosas... ¡Honor a los que son los primeros en levantar la bandera de la liberación del pueblo! ¡Abajo el despotismo de la izquierda y de la derecha!»

El partido socialista revolucionario envió, al mismo tiempo, el siguiente mensaje a Kronstadt.

«La delegación socialista revolucionaria en el extranjero... ahora que la copa del pueblo encolerizado desborda, ofrece ayudaros por todos los medios a su disposición en la lucha por la libertad y por el gobierno popular. Informados de la ayuda que necesitáis. ¡Viva la revolución del pueblo! ¡Vivan los Soviets libres y la Asamblea Constituyente!»

El Comité revolucionario de Kronstadt declinó el ofrecimiento de los socialistas revolucionarios. Envío la siguiente respuesta a Víctor Chernov:

«El Comité revolucionario de Kronstadt expresa a todos sus hermanos del extranjero su profunda gratitud por su simpatía. El Comité revolucionario provisional agradece al camarada Chernov su ofrecimiento, pero se abstiene de aceptar por el momento, es decir, hasta que los próximos acontecimientos aclaren más la situación. En tanto todo será tomado en consideración.—PETRICHENKO, presidente del Comité provisional revolucionario».

La campaña de insinuaciones continuó, no obstante, en Moscú, cuya estación T.S.F. envió el 3 de marzo el siguiente mensaje al mundo (algunos pasajes son indescifrables a causa de la intervención de otra estación): «La revuelta armada del ex general Kozlovzky ha sido organizada por los espías de la Entente, como sucedió en numerosos complots precedentes, se hace evidente por el periódico burgués francés *Le Matin*, que, dos semanas antes de la revuelta, publicó el siguiente telegrama de Helsingfors: «Como resultado de la reciente rebelión de Kronstadt, las autoridades militares bolcheviques han tomado medidas a fin de aislar a Kronstadt e impedir que los soldados y marinos de Kronstadt se acerquen a Petrogrado». «Es evidente que el motín de Kronstadt ha sido preparado en París y organizado por el servicio secreto francés. Los socialistas revolucionarios, controlados y dirigidos también desde

París, tramaron estas rebeliones contra el gobierno sovieta, y apenas sus preparativos fueron completados, el verdadero amo—el general zarista—hizo su aparición».

El carácter de las otras numerosas informaciones enviadas por Moscú puede ser juzgado por el siguiente radiograma:

«Petrogrado está tranquilo y en calma, y aun las fábricas en que habían sido últimamente lanzadas acusaciones contra el gobierno sovieta comprenden ahora que todo era obra de provocadores. Comprenden a dónde les llevaron los agentes de la Entente y de la contrarrevolución».

»Justamente en el momento en que en América asume de nuevo las riendas del gobierno el partido republicano y se muestra inclinado a reanudar las relaciones comerciales con la Rusia sovieta, la difusión de falsos rumores y la organización de desórdenes en Kronstadt tienen por único objeto impresionar al nuevo presidente americano para que no cambie su táctica hacia Rusia. La Conferencia de Londres se celebró en este mismo período y la diseminación de semejantes rumores influyó en la delegación turca y la hizo más apta para ceder a las exigencias de la Entente. La revuelta de la tripulación del «Petrovavlovsk» es, sin duda alguna, un punto de la gran conspiración para crear dificultades en el interior de la Rusia soviética y para desacreditar nuestra situación internacional. Este plan es puesto en ejecución en la Rusia misma por el general zarista y por ex oficiales, y sus actividades reciben el apoyo de los mencheviques y de los socialrevolucionarios».

El Comité de defensa de Petrogrado, dirigido por su presidente, Zinoviev, asumió el control completo de la ciudad y de la provincia de Petrogrado. Todo el distrito norte fué declarado en estado de guerra y todas las reuniones quedaron prohibidas. Se tomaron precauciones extraordinarias para proteger las instituciones gubernamentales y se colocaron ametralladoras en el hotel Astoria, ocupado por Zinoviev y otros altos funcionarios bolcheviques. Proclamas fueron pegadas en los muros y ordenaban la vuelta inmediata de los huelguistas a sus fábricas, prohibiendo la suspensión del trabajo y previniendo a la población para que no se reuniese en las calles. «En casos semejantes—se decía en el ukase—, los soldados recurrirán a las armas. En caso de resistencia, la orden es fusilar sumariamente».

El Comité de defensa tomó medidas sistemáticas «para limpiar la ciudad». Numerosos obreros, soldados y marinos en los que se sospechaban simpatías por Kronstadt, fueron encarcelados. Todos los marinos de Petrogrado y varios regimientos del ejército, considerados «políticamente sospechosos», fueron enviados a puntos lejanos, en tanto que las familias de los marinos de Kronstadt, que vivían en Petrogrado, fueron detenidas en calidad de rehenes. El Comité de defensa notificó a Kronstadt su decisión por medio de una proclamación difundida en la ciudad el 4 de marzo por un aeroplano y en la cual se decía: «El Comité de defensa declara que los encarcelados son retenidos como rehenes por el comisario de la flota del Báltico, N. N. Kuzmin, por el presidente del Soviet de Kronstadt, T. Vasiliev, y otros comunistas. Al menor daño que sufran nuestros camaradas arrestados, los rehenes pagarán con su vida».

«No queremos efusión de sangre. Ni un solo comunista ha sido fusilado por nosotros», fué la respuesta de Kronstadt.

#### IV

#### LAS ASPIRACIONES DE KRONSTADT

Una nueva vida reanimó a Kronstadt. El entusiasmo revolucionario igualaba al de las jornadas de octubre, cuando el heroísmo y la decisión de los marinos jugaron un papel decisivo. Por primera vez, después de haber tomado el

(1) Publicado en «*Revolionnaya Rosia*» (órgano para el extranjero), núm. 8, marzo de 1921. Ver también «*Izvestia*», de Moscú (órgano comunista, núm. 154, 13 de junio de 1922).



partido comunista en sus manos el control exclusivo de la revolución y de los destinos de Rusia, Kronstadt se sentía libre. Un nuevo espíritu de solidaridad y fraternidad había reunido a los marinos, a los soldados de la guarnición, a los obreros de las fábricas y a los elementos destacados que no pertenecían a ningún partido, en un esfuerzo común por la causa de todos. Hasta los mismos comunistas se contagiaron de la fraternidad de toda la ciudad y participaron en los preparativos para las elecciones del Soviet de Kronstadt.

Entre las primeras medidas tomadas por el Comité revolucionario provisional, hay que mencionar las referentes a la conservación del orden revolucionario en Kronstadt y la que hacer aparecer un órgano oficial del Comité, «Izvestia», cotidiano. Su primer llamamiento al pueblo de Kronstadt (núm. 1, marzo 3 de 1921), caracterizaba completamente la actitud y el espíritu de los marinos: «El Comité revolucionario, se dice allí, se preocupa sobre todo de que no haya efusión de sangre. Ha dedicado todos sus esfuerzos a mantener el orden revolucionario en la ciudad, en la fortaleza y en los fuertes. ¡Camaradas y ciudadanos, no detengáis el trabajo! ¡Marinos y soldados, no abandonéis vuestros puestos! Todos los empleados, todas las instituciones soviéticas deben continuar su trabajo. El Comité revolucionario provisional os exhorta, camaradas y ciudadanos, a prestarle ayuda. Su misión es organizar, en cooperación fraternal con vosotros, las condiciones necesarias para las elecciones justas y honestas del nuevo Soviet.»

Las páginas del «Izvestia» traían pruebas abundantes de la profunda fe del Comité revolucionario en el pueblo de Kronstadt y en sus aspiraciones hacia los Soviets libres como el verdadero camino de la emancipación del yugo opresivo de la burocracia comunista. En su diario y en los radiogramas, el Comité revolucionario tomaba en serio, con indignación, la campaña de calumnias, y se dirigió nuevamente al proletariado de Rusia y del mundo en demanda de su simpatía y de su ayuda. El radiograma del 6 de marzo daba la idea fundamental del llamado de Kronstadt:

«Nuestra causa es justa. Estamos por el poder de los Soviets y no de los partidos. Estamos por la elección libre de las masas laboriosas. Los sucedáneos de los Soviets, manipulados por el partido comunista, fueron siempre sordos a nuestras necesidades y a nuestras peticiones; la única respuesta que hemos recibido siempre fué la bala asesina. ¡Camaradas! No sólo os engañan; desnaturalizan deliberadamente la verdad y se rebajan hasta la difamación más vil. En Kronstadt todo el poder está exclusivamente en manos de los marinos, y no en las de los contrarrevolucionarios dirigidos por un Kozlovsky, como trata de haceros creer el radio embustero de Moscú. ¡No tardéis, camaradas! Uníos a nosotros, entrad en contacto con nosotros; exigid la admisión de vuestros delegados en Kronstadt. Ellos solos podrán deciros toda la verdad, y desenmascararán la calumnia cruel sobre el plan finlandés y los ofrecimientos de la Entente.

»¡Viva el proletariado revolucionario de la ciudad y de los campos!

»¡Viva el poder de los Soviets libremente elegidos!»

El Comité revolucionario provisional tenía al principio su sede a bordo del barco insigna, el «Petropalovsk»; pero después de algunos días se trasladó a la Casa del Pueblo, en el centro de Kronstadt, de modo que estuviera, como escribía el «Izvestia», «en contacto más continuo con la población y fuera más fácil el acceso al Comité que cuando estaba a bordo del navío». A pesar de que la demencia virulenta continuaba en la prensa comunista contra Kronstadt, calificada de «rebelión contrarrevolucionaria del general Kozlovsky», la verdad es que el Comité revolucionario era exclusivamente proletario, estando compuesto, en su mayor parte, de obreros de un pasado revolucionario. El Comité estaba compuesto de los quince miembros siguientes:

1. Petrichenko, primer escribiente, pabellón Petropavlovsk.
2. Yakovenko, telefonista, distrito de Kronstadt.
3. Ososov, mecánico del «Sebastopol».
4. Arjipof, mecánico.
5. Perepelkin, mecánico del «Sebastopol».
6. Petruchev, jefe mecánico del «Petropavlovsk».
7. Kupolov, primer ayudante mecánico.
8. Verchinin, marinero del «Sebastopol».
9. Tiukin, electricista.
10. Romanenko, guarda de los docks de aviación.
11. Orechin, administrador de la Tercera Escuela Técnica.
12. Valk, carpintero.
13. Pavlov, obrero de las minas marinas.
14. Baikov, carretero.
15. Kilgast, marinero.

«Izvestia», de Kronstadt, comentó como sigue esta lista: «He aquí nuestros generales, señores Trotzky y Zinoviev, en tanto que los Brusilov, los Kamenev, los Tujachevsky y otras celebridades del régimen zarista están en vuestras filas».

El Comité revolucionario provisional gozaba de la confianza de toda la población de Kronstadt. Se conquistó el respeto general estableciendo el principio de «derechos iguales para todos, privilegios para nadie», y manteniéndolo rigurosamente. La ración de víveres (*paio*) fué nivelada. Los marinos, que, bajo el régimen bolchevique, recibían raciones mucho más elevadas que las establecidas para los obreros, decidieron no aceptar más de lo que se daba al ciudadano o al obrero. Las raciones especiales y las mejores se distribuyeron solamente en los hospitales y entre los niños.

La actitud generosa y equitativa del Comité revolucionario hacia los miembros del partido comunista en Kronstadt —sólo algunos de ellos fueron arrestados, a pesar de las represiones bolcheviques y de la detención de las familias de los marinos como rehenes—, ganó el respeto de los comunistas mismos. Las páginas del «Izvestia» contienen comunicaciones numerosas de agrupaciones y organizaciones comunistas de Kronstadt, que condenan la actitud del gobierno central y apoyan la línea de conducta y las medidas tomadas por el Comité revolucionario provisional. Gran número de comunistas de Kronstadt habían anunciado públicamente su salida del partido en señal de protesta contra su despotismo y su corrupción burocrática. En diversos números del «Izvestia» se publicaron centenares de nombres de comunistas a quienes su conciencia hacía imposible «la permanencia en el partido del verdugo Trotzky», como se expresaban algunos. Las dimisiones del partido comunista fueron pronto tan numerosas, que daban la impresión de un éxodo general (1). Las cartas siguientes, tomadas al azar de entre un montón, dan una característica suficiente del sentimiento de los comunistas de Kronstadt:

a)

«He comprendido al fin que la política del partido comunista llevó al país a un abismo. El partido se ha hecho burocrático. No aprendió nada y nada quiere aprender. Rehúsa escuchar la voz de 115 millones de campesinos, y no quiere comprender que únicamente la libertad de la palabra y la posibilidad de participar en la reconstrucción del país por medio de métodos diferentes de elecciones pueden despertar a la nación de su letargo.

»Rehuso de aquí en adelante considerarme miembro del partido comunista ruso. Apruebo completamente la resolución adoptada en la reunión de toda la población el 1.º de

(1) El Comité central del partido comunista consideró su sección de Kronstadt de tal modo «democratizada» que, después de la derrota de Kronstadt, ordenó un nuevo registro completo de todos los comunistas de esa ciudad.



marzo y pongo, por consiguiente, mis energías y mis aptitudes a disposición del Comité revolucionario provisional.

»Herman Kanev, oficial del ejército rojo.

»Hijo de un desterrado del proceso de los 193 (2).»  
(«Izvestia», núm. 3, marzo 5 de 1921.)

b)

»A mis alumnos de las Escuelas industrial, militar y naval:  
»¡Camaradas!

»He vivido casi treinta años con el amor profundo al pueblo y he llevado la luz y la ciencia, en la medida de mis fuerzas, a todos los que estaban ávidos de ellas, y esto hasta el último momento.

»La revolución de 1917 dió más ímpetu a mi trabajo, aumentando mi actividad, y me dediqué más que nunca a servir a mi ideal.

»La consigna comunista «todo para el pueblo» me inspiró con su nobleza y su belleza, y en febrero del año 1920 fui candidato al partido comunista. Pero el primer tiro de fusil disparado contra un pueblo pacífico, sobre mis hijos queridos, cuyo número asciende a siete mil en Kronstadt, me llenó de horror al poder ser considerada como cómplice de la responsabilidad en la efusión de sangre de estos inocentes. Siento que no puedo creer ya ni propagar la idea que ha caído en desgracia por un acto criminal. Así, pues, desde el primer disparo de fusil ceso de considerarme miembro del partido comunista.

»Maria Nicolaevna Schatel, maestra.»

(«Izvestia», núm. 6, 8 de marzo de 1921.)

Declaraciones semejantes aparecen casi en cada número del «Izvestia». La declaración más interesante fué la del Bureau provisional de la sección de Kronstadt del partido comunista; su manifiesto a los miembros de la sección fué publicado en el «Izvestia» (núm. 2, del 4 de marzo):

»Que cada camarada de nuestro partido esté a la altura de la importancia del momento.

»No deis ningún crédito a los falsos rumores de que han sido fusilados comunistas y de que los comunistas de Kronstadt tienen la intención de rebelarse con las armas en la mano. Esos rumores son difundidos con el propósito de provocar la efusión de sangre.

»Declaramos que nuestro partido ha defendido siempre las conquistas de la clase obrera contra todos los enemigos conocidos y desconocidos del poder de los Soviets obreros y campesinos y continuará defendiéndolos.

»El Bureau provisional del partido comunista de Kronstadt reconoce la necesidad de las nuevas elecciones del Soviet y pide a los miembros del partido comunista que participen en ellas.

»El Bureau provisional ordena a los miembros del partido que permanezcan en sus puestos y no impidan ni obstaculicen las medidas del Comité revolucionario provisional.

»¡Viva el poder de los Soviets!

»¡Viva la unión internacional de los trabajadores!

»Bureau provisional de la sección de Kronstadt del partido comunista ruso,  
F. Pervuchin, I. Ilin, A. Kabanov.»

Otras diversas secciones civiles y militares expresaron en términos análogos su oposición al régimen de Moscú y su asentimiento a las peticiones de los marinos de Kronstadt. Un gran número de resoluciones en ese sentido fueron también adoptadas por los regimientos del ejército rojo de guarnición en Kronstadt. La siguiente resolución da una idea del espíritu y de la tendencia que reinaba en todas partes:

(2) El proceso célebre de los 193 en el primer período del movimiento revolucionario ruso. Comenzó hacia fines de 1877 y acabó en los primeros meses de 1878.

»Nosotros, soldados del ejército rojo del fuerte de Krasnoarmeets, estamos en cuerpo y alma con el Comité revolucionario provisional y defenderemos hasta el último momento al Comité revolucionario, a los obreros y a los campesinos.

»Que nadie crea en las mentiras de las proclamas comunistas diseminadas por los aeroplanos. No tenemos aquí ni generales ni oficiales zaristas. Kronstadt fué siempre la ciudad de los obreros y de los campesinos, y lo seguirá siendo. Los generales están al servicio de los comunistas.

»En el momento actual, cuando la suerte del país está en la balanza, nosotros, que hemos tomado el poder en nuestras manos, y que hemos entregado el mando supremo al Comité revolucionario, declaramos a la guarnición entera y a todos los trabajadores que estamos dispuestos a morir por la libertad de las clases laboriosas.

»Libertados del yugo comunista de estos tres años y del terror; preferimos morir antes que retroceder un solo paso.  
¡Viva la Rusia libre del pueblo obrero!

»El destacamento del fuerte de Krasnoarmeets.»

(«Izvestia», núm. 5, 7 de marzo de 1921.)

Kronstadt fué inspirado por el amor apasionado hacia la Rusia libre y por la fe ilimitada en los Soviets verdaderos. Era seguro ganar la ayuda de toda Rusia, de Petrogrado sobre todo, realizando así la liberación completa del país. El «Izvestia» de Kronstadt vuelve siempre sobre esta esperanza y esta actitud, y en numerosos artículos y manifiestos trata de hacer lícita su posición ante los bolcheviques y sus aspiraciones hacia la fundación de una nueva vida libre para Kronstadt, para el resto de Rusia. Este gran ideal, la pureza de los motivos y la esperanza ferviente de la liberación próxima, son puestas de relieve de un modo notable en las páginas del órgano oficial del Comité revolucionario provisional de Kronstadt, y expresan integralmente el espíritu de los soldados, de los marinos y de los obreros. A los ataques feroces de la prensa bolchevique, a las mentiras infames sembradas por la radio de Moscú que acusaba a Kronstadt de contrarrevolucionario y de conspirador blanco, el Comité revolucionario respondía con dignidad. Reproducía a menudo en su órgano las proclamas de Moscú, de modo que la población de Kronstadt se diera cuenta de en qué bajezas eran capaces de caer los bolcheviques. De tanto en tanto, los métodos comunistas eran expuestos y caracterizados por el «Izvestia» con una indignación legítima. Así leemos en el número 6, del 8 de marzo, bajo el título «Nosotros y ellos»:

»No sabiendo cómo retener el poder que se les va de las manos, los comunistas emplean las más villanas provocaciones. La prensa despreciable ha movilizado todas las fuerzas para incitar a las masas y para hacer aparecer el movimiento de Kronstadt como una conspiración de los guardias blancos. En este momento, una camarilla de bellacos desvergonzados envió al mundo la infame noticia de que Kronstadt se había vendido a Finlandia. Sus periódicos vomitan fuego y veneno; habiendo fracasado en la tarea de persuadir al proletariado de que Kronstadt está en manos de los contrarrevolucionarios, tratan ahora de apelar a los sentimientos nacionalistas.

»Todos los países saben ya, por nuestros radiogramas, por qué luchan la guarnición de Kronstadt y los obreros. Pero los comunistas tratan de desnaturalizar la importancia de los acontecimientos, esperando de este modo inducir a error a nuestros hermanos de Petrogrado.

»Petrogrado está cercado por las bayonetas de los *kursanty* y de los «guardias» del partido, y Maliuta Schuratov—Trotzky—no permite a los delegados de los obreros y de los soldados independientes venir a Kronstadt. Teme que averigüen toda la verdad, y que la verdad barra inmediatamente la posibilidad de tomar el poder en sus manos callosas.

»Esta es la razón por la cual el Soviet de Petrogrado no



respondió a nuestro radio en que pedíamos fuesen enviados a Kronstadt camaradas verdaderamente imparciales.

«Asustados por su propio miedo, los jefes comunistas estrangulan la verdad y defienden la mentira de que los guardias blancos actúan en Kronstadt, de que el proletariado de Kronstadt se ha vendido a Finlandia y a los espías franceses, de que los finlandeses han organizado ya su ejército para atacar a Petrogrado con la ayuda de los rebeldes de Kronstadt, y así sucesivamente.

«A todo esto no tenemos más que una sola cosa que responder: ¡Todo el poder a los Soviets! ¡Quitad vuestras manos de ellos, esas manos rojas con la sangre de los mártires de la libertad, que murieron luchando contra los guardias blancos, contra los propietarios y contra la burguesía!»

En un lenguaje sencillo y franco, Kronstadt trataba de expresar la voluntad del pueblo, que aspiraba a la libertad y a la posibilidad de determinar su propio destino. Sentía que era la vanguardia, por decirlo así, del proletariado de Rusia, dispuesto a levantarse para defender el gran ideal por el cual el pueblo había luchado y sufrido en la revolución de octubre. La fe de Kronstadt en el sistema de los Soviets era profunda y persistente; su consigna universal: ¡Todo el poder a los Soviets y no a los partidos!, era su programa; no había tiempo de desarrollarlo ni de ocuparse en teorías. Los esfuerzos convergían hacia la emancipación del pueblo del yugo comunista. Este yugo, ya insoportable, hizo necesaria una nueva, una *tercera* revolución. La ruta hacia la libertad y la paz pasaba por los Soviets libremente elegidos; ésta era la «piedra fundamental de la nueva revolución». Las páginas del «Izvestia» testimonian ampliamente la rectitud incorruptible y la abnegación sin límites de los obreros y de los marinos de Kronstadt, la fe conmovedora que tenían en su misión de iniciadores de la tercera revolución. Estas aspiraciones y estas esperanzas están claramente expuestas en el número 6 del «Izvestia» del 9 de marzo, en el artículo de fondo titulado «Por qué finalidad combatimos»:

«Por la revolución de octubre había esperado alcanzar su emancipación. Pero una esclavitud todavía más grande de la individualidad humana resultó de ella.

«El poder de la monarquía policiaca cayó en manos de los usurpadores—los comunistas—, que, en lugar de dar al pueblo la libertad, le han inspirado solamente un miedo terrible a la checa, la cual, por sus horrores, supera al régimen policiaco zarista... Pero lo que es peor y más criminal es la cábala espiritual de los comunistas: han puesto también su mano sobre el mundo interior de las masas laboriosas, obligando a cada uno a pensar según la fórmula comunista.

«La Rusia de los trabajadores, la primera que levantó la bandera roja de la emancipación del trabajo, está anegada en la sangre de los martirizados para mayor gloria de la dominación comunista. Los comunistas ahogan en ese mar de sangre todas las bellas promesas y posibilidades de la revolución proletaria. Es evidente, en la actualidad, que el partido comunista ruso no es el defensor de las masas obreras, como lo pretende. Los intereses de la clase obrera son extraños. Una vez obtenido el poder, no tiene más que un solo temor, el de perderle. Considera, por tanto, aplica-

bles todos los medios: difamación, violencia, decepción, asesinato y venganza sobre las familias de los rebeldes.

«Pero el fin de esta paciencia de mártir está próximo; el país está iluminado aquí y allá por el incendio de la rebelión en la lucha contra la opresión y la violencia. Las huelgas de obreros se multiplican, pero el régimen policiaco de los bolcheviques ha tomado todas sus precauciones contra la conflagración de la inevitable *tercera* revolución.

«Pero, pese a todo esto, ha llegado y es realizada por las masas obreras. Los generales del comunismo saben bien que es el pueblo el que se ha levantado, que es el pueblo el que se ha convencido de la traición de los comunistas a las ideas del socialismo. Temiendo por su piel y sabiendo que no podrán ocultarse en ninguna parte para escapar a la cólera de los trabajadores, los comunistas tratan aún de aterrorizar a los rebeldes con la prisión, con la ejecución y con otras barbaridades... Pero la vida bajo la dictadura comunista es peor que la muerte...

«No existe un camino intermedio. ¡Es preciso vencer o morir! El ejemplo lo ha dado Kronstadt, el terror de la contrarrevolución de la derecha como de la izquierda. Es aquí donde el gran acto revolucionario fué realizado. Es aquí donde fué enarbolada la bandera de la rebelión contra la tiranía de estos tres años y contra la opresión de la autocracia comunista que hicieron palidecer el despotismo monárquico de los últimos tres años. Es aquí, en Kronstadt, donde se colocó la piedra fundamental de la tercera revolución que romperá las últimas cadenas del trabajador y le abrirá la nueva y amplia ruta de la edificación socialista.

«Esta nueva revolución sublevará las grandes masas del Oriente y Occidente y servirá de ejemplo al nuevo socialismo constructor, en oposición a la «construcción» comunista mecánica y gubernamental. Las masas obreras sabrán que todo lo que ha sido hecho hasta aquí en nombre de los obreros y campesinos, no era el socialismo.

«El primer paso se ha dado sin un solo disparo de fusil, sin la efusión de una sola gota de sangre. No la verterán más que en caso de defensa. Los obreros y campesinos avanzan: dejan tras sí a la Constituyente con su régimen burgués y la dictadura del partido comunista con su checa y su capitalismo de Estado que han estrechado el nudo en torno al cuello de los trabajadores y amenazan estrangularlos.

«El cambio que acaba de tener lugar ofrece a las masas laboriosas la posibilidad de asegurarse, por fin, los Soviets libremente elegidos y que podrán ser perfeccionados sin temor al látigo del partido; pueden reorganizarse ahora los sindicatos estatizados en asociaciones voluntarias de obreros, de campesinos y de trabajadores intelectuales. La máquina policiaca de la autocracia, por fin, ha sido quebrantada.»

Así estaba concebido el programa; éstas fueron las peticiones inmediatas en respuesta de las cuales el gobierno bolchevique comenzó el ataque a Kronstadt el 7 de marzo de 1921, a las 6'45 de la tarde.

Alejandro BERKMAN

(Concluirá.)



# POETAS

## *de Ayer y de Hoy*



### RECORDANDO A GARCIA LORCA

Se despojó la noche  
de sus opocas galas  
que fué, parsimoniosa,  
colgando en lontananzas;  
y en las escuetas cimas  
de las negras montañas,  
cayeron a torrentes  
los diamantes del alba.

Los cimbreantes chopos,  
entre danzas de plata,  
trazaban en el aire  
secretos anagramas,  
mientras que allá, a lo lejos,  
y entre tinieblas glaucas,  
el alma del poeta  
batió sus grandes alas.

Un alma que se iba  
pletórica de savia,  
como se van las flores  
que el huracán arrastra.  
¡Qué hermosa que se iba!  
¡qué bella se elevaba  
por entre los espacios  
sin nombre de la fama  
que arrebatarle ansiaron  
ambiciones sin tasa,  
despechos insensatos,  
pretensiones ingratas!...

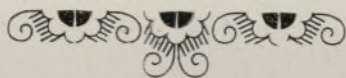
¡Qué horror el de los hombres  
cuando en matar se afanan  
por mezquinas pasiones  
lo que jamás se mata!

Allí quedó... la sombra...  
mejor dicho... la caja  
en que del noble vate  
había vivido el alma.  
Nada cambió de rumbo,  
por más que se intentara:  
Lorca ya había triunfado  
como triunfaba el alba.  
Y un cadáver, por tierra,  
que crimen acusaba,  
fueron todos los lauros  
que consiguió Granada.

Hay muchos que aseguran  
que al romper la mañana,  
al lado del poeta  
lloraban dos gitanas  
que, con grandes pañuelos,  
le tapaban la cara  
y cubrían de claveles  
las huellas de las balas

Juan M. CABRILLANA

Poesía del libro inédito: «Mi alma al descubierto».





# HA SALIDO EL III TOMO DE "La C. N. T. en la Revolución española"

por José PEIRATS

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C. N. T. en la Revolución Española», libro escrito con profunda objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el II tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, ya puesto a la venta.

Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incautación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — Los libertarios en la guerra.

Capítulo XXXV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXVI. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVII. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVIII. — El último baluarte.

Capítulo XXXIX. — ¡Ay del vencido!

Precio del volumen: 750 francos. Diez por ciento de descuento a partir del pedido de 5 ejemplares.

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

